

# Trabajo e identidad

ante la invasión globalizadora



Ricardo Cámara, Mabel Cardello, Jorge Carrizo, Adolfo Colombres, Carmelo Cortese, Lucila Edelman, Diana Kordon, Rubén Laufer, María del Carmen Llano, Cristina Mateu, Ana P. de Quiroga, Josefina Racedo, Sergio Salvatore, Claudio Spiguel, Irma Antognazzi, Guillermo Volkind. **Compilación:** Cristina Mateu.

**TRABAJO  
E IDENTIDAD  
ANTE LA INVASIÓN  
GLOBALIZADORA**

**EDICIONES CINCO / LA MAREA**

Ilustración de tapa:  
*Sin pan y sin trabajo*, 1894 (detalle)  
de Ernesto de la Cárcova,  
Museo Nacional de Bellas Artes

Diseño de tapa:  
*Jorge Brega*

I.S.B.N. 950-9693-59-6

© 2000 by EDICIONES CINCO  
24 de Noviembre 997 - Tel. 4931-6197  
1224 Buenos Aires - República Argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723  
Impreso en la Argentina. Printed in Argentina  
Prohibida la reproducción total o parcial  
por cualquier medio visual, gráfico o sonoro

## PRESENTACIÓN

Los trabajos aquí reunidos fueron publicados originalmente entre 1996 y 1999 por la revista *La Marea*, publicación argentina de cultura, arte e ideas. La vigencia de la perspectiva temática de estos ensayos y la certeza de los análisis de sus autores —que la situación actual no hace más que confirmar— motiva su recopilación en este volumen, coeditado con Ediciones Cinco.

A principios de los años 90, con la unificación de los mercados producida con posterioridad a la restauración capitalista en la URSS y en China, florecieron teorías apologéticas que proclamaban el triunfo final del capitalismo y el inicio de una era de prosperidad mundial. La invasión globalizadora —así titulamos el N° 7 de *La Marea* en 1996— se presentaba como novedosa y como el único mundo posible. Francis Fukuyama, Alvin Toffler, Jeremy Rifkin y otros intelectuales de los centros de poder mundial anunciaban el fin de la historia, de las ideologías, de las naciones, del trabajo, del arte y de las diferencias culturales y sociales.

Las tesis que vaticinaron que la globalización nos conduciría a un crecimiento continuo, a más igualdad, mayor participación, consumo irrestricto y a la abolición de todo tipo de fronteras nacionales, ideológicas o sociales, encontraron su refutación en la realidad misma. Varios hechos las contradijeron. Entre ellos la Guerra del Golfo en 1991, la rebelión popular y destrucción de las instituciones gubernamentales en Santiago del Estero en diciembre de 1993, el alzamiento zapatista en enero de 1994, las luchas contra la desocupación en Francia en ese mismo año, etcétera.

En el momento en que aquellos mensajes de prosperidad eran lanzados desde ámbitos académicos y medios de comunicación, nuestro esfuerzo y el de nuestros colaboradores estuvo puesto en desentrañar la naturaleza de los nuevos fenómenos y en analizar los aspectos que esos teóricos triunfalistas no tenían en cuenta. Nuestra crítica resultó verificable, puesto que las consecuencias de la globalización son irrefutables: hambre, desocupación y profundización de la crisis, cuyos cimbronazos se hicieron sentir en México, el Sudeste Asiático, Brasil, Ecuador y en nuestro país. La agudización de la rapiña y disputa interimperialista impulsó las intervenciones bélicas en Yugoslavia, Chechenia, Corea del Norte, África y la amenaza sobre Colombia. Recrudescieron las discriminaciones religiosas y étnicas. Se profundizó la ruina de las economías nacionales y la consecuente desindustrialización en los países oprimidos y dependientes. Por todo ello, crecen incesantemente las luchas sociales contra este orden mundial con diversidad de modalidades: cortes de ruta, puebladas, ocupaciones de fábrica, manifestaciones mundiales contra el FMI y el Banco Mundial, etcétera.

No alcanza, entonces, con verificar y describir los *síntomas* de este desastre globalizador. Está en debate si "el mundo podría moverse de otro modo". Algunos intelectuales sostienen que hay que buscar los sujetos y los espacios de transformación dentro de la actual estructura "globalizada", otros apelan a la "conciencia humanista de los poderosos globalizadores" para atemperar la catástrofe, y acusan de "insensatos" a quienes consideran que existe "otro modo"<sup>1</sup>. "Modo" que surge de los nuevos signos de resistencia en todo el mundo, que recogen y renuevan las viejas y probadas formas de lucha y organización social. Después de todo, por qué exigirle a las mayorías oprimidas respuestas origi-

---

<sup>1</sup> Néstor García Canclini en su libro *La globalización imaginada*, para pensar cómo hacer arte y cultura "en esta etapa", hace una lectura de la realidad en la que cualquier cambio es insensato. ¿Quién puede hacer arte y cultura sin perspectivas de movilidad y cambio? ¿Qué tipo de arte y cultura se pueden promocionar maniatados en una estructura rígida y que deja sin posibilidad de expresarse a millones?

nales cuando la reacción y el liberalismo imponen su vieja receta, hecha a base de ajuste y represión.

Justamente, para saber si existe "otro modo", es necesario desentrañar la naturaleza del actual "modo" asumido por la crisis económica y social, la concentración monopolista, la expansión y disputa imperialistas, la privatización de las economías nacionales por los grandes monopolios.

Desde esta perspectiva, consideramos que *Trabajo e identidad ante la invasión globalizadora* se propone contribuir desde análisis múltiples al debate y a la comprensión de esta realidad, abordando sus núcleos centrales: la crisis, la desocupación, la identidad, la cultura, la relación entre países opresores y naciones oprimidas, el rol de los sujetos en este contexto y las teorías que ocultan o desvirtúan la esencia de tales fenómenos.

Los artículos han sido ordenados de acuerdo a tres áreas temáticas: **Identidad y subjetividad** reúne aquellos que abordan los efectos en la subjetividad producidos por la desocupación y la flexibilización laboral. En **Trabajo y "globalización"** se incluyen los textos que indagan la esencia y características de la "globalización" y de las teorías que la sustentan. **Cultura e identidad** agrupa aquellos que buscan en la identidad cultural, la historia social y nacional de nuestro pueblo, los gérmenes y reservas del cambio necesario. En todos los casos respetamos la versión presentada por cada autor al momento de su publicación original, cuya fecha indicamos al fin de cada texto. Algunos autores actualizaron datos y apreciaciones en relación a nuevos hechos; en estos casos, anexamos la actualización a continuación del artículo correspondiente, indicando la fecha de la misma.

En el primer capítulo, **Subjetividad e identidad**, Ricardo Cámara encuentra las conexiones entre la obra de los maestros de la ciencia ficción, como Philip K. Dick, con los fetiches tecnológicos que promueven un mundo enteramente virtual o computarizado y la presencia "anómala" del morocho subrepticio. Ana P. de Quiroga analiza las nuevas modalidades de alienación y los mensajes adaptacionistas de las teorías del fin del trabajo, que representan un horizonte de amenaza para el sujeto, y las respuestas que éste encuentra en el trabajo y en el protagonismo

social. Lucila Edelman y Diana Kordon sostienen que el discurso dominante intenta imponer un sujeto pasivo, dominado por el miedo y la ansiedad, y describen las respuestas colectivas que, como contrapartida, le otorgan al yo la posibilidad de comprender el contexto social y transformar la impotencia en potencia.

En Trabajo y "globalización" están aquellas perspectivas críticas que, desde distintas disciplinas y modulaciones, cuestionan las teorías de Rifkin, Toffler y Viviane Forrester, entre otros. El equipo de investigadores de la Universidad de Mendoza (Cardello, Llano y Cortese) realizan una crítica a la teoría del "fin del trabajo" a partir de un estudio de la realidad económico-social de su provincia. Ana P. de Quiroga, desde la perspectiva de la psicología social, analiza críticamente la propuesta de Rifkin sobre el tercer sector, que bajo un supuesto desarrollo comunitario encubre un mensaje adaptacionista. Guillermo Volkind vincula las necesidades productivas con las propuestas educativas oficiales y analiza sus contradicciones. Irma Antognazzi sostiene que las teorías sobre la "globalización" son ejes propagandísticos del capital financiero y propone a los intelectuales reflexionar sobre ello para no caer en complicidad de nuevos genocidios. Rubén Laufer encuentra que la teoría de la "globalización" constituye para las relaciones internacionales una versión actualizada de los argumentos expansionistas de las grandes potencias del siglo XX. En tanto, Sergio Salvatore muestra cómo las viejas ideas ricardianas responsabilizan de la creciente desocupación a la evolución de la población obrera, y no a la forma de acumulación capitalista. En mi trabajo sobre *El horror económico* de Forrester, cuestiono el objetivo y destino de sus denuncias, que resultan impotentes para encontrar una explicación y menos aún una solución, cuando el análisis que ensaya está centrado en apelar a las conciencias de los buenos burgueses.

En el último bloque, **Cultura e identidad**, incluimos los trabajos vinculados a la identidad cultural. Aquí Adolfo Colombres sostiene que la apología de la globalización confunde el mestizaje cultural con hibridación cultural e impone una cultura única sustentada en el *homo consumens*, que supone un regreso a la barbarie. Josefina Racedo caracteriza nuestra iden-

tividad, "lo argentino", como un proceso de resistencia y lucha de nuestro pueblo contra el dominio oligárquico que forzó una autoimagen desvalorizada de lo nativo, renegó de lo criollo y despreció lo inmigrante, imponiendo una identidad dependiente en cuyo seno laten y luchan los rasgos viejos y nuevos de la verdadera identidad. Jorge Carrizo, desde la dialéctica cultura hegemónica-cultura contrahegemónica revisa los hitos históricos y discursos dominantes que forjaron nuestra identidad y su resignificación en los tiempos actuales. Claudio Spiguel postula que la "globalización cultural" intenta imponer una cultura hegemónica y que algunas concepciones pretendidamente críticas colocan a la cultura como un refugio en el que se depositan las esperanzas de mayor autonomía nacional, negando sus dimensiones económico-sociales, nacionales e históricas. Luego, Spiguel y Laufer realizan una investigación sobre la historia y tradición de las revueltas populares argentinas. En las nuevas prácticas y modos organizativos de las puebladas argentinas, surgidas en el contexto de la movilización popular latinoamericana y de los efectos de las políticas reaccionarias impuestas por la "globalización", estos dos autores encuentran "una creciente disposición popular a convertir en posible aquello que es imperiosamente necesario".

Creemos que los trabajos aquí publicados abordan tópicos indispensables del debate acerca de la cuestión planteada: ¿es éste el único mundo posible, o acaso no sólo podría, sino que debería necesariamente ser de otro modo?

El equipo de *La Marea* agradece a cada uno de los autores por los excelentes aportes con los que han contribuido a prestigiar la revista y que permiten hoy concretar esta publicación.

CRISTINA MATEU

Buenos Aires, octubre de 2000.



## ***Identidad y subjetividad***

## LA GLOBALIZACIÓN COLOR DE ROSA Y EL MOROCHO SUBREPTICIO

RICARDO CÁMARA

En las novelas de intriga clásicas, en los policiales preglobales, solía ocurrir que los detectives revisaran tachos de basura en busca de rastros culpables o rutinas delatorias. El advenimiento de la creencia global cambió ese destino mezquino por otro de índole filantrópica. En la ciudad mundial, los tachos de residuos se ofrecen sin cargo al cirujero cuentapropista, en esas horas inciertas del crepúsculo que preceden al rugido de las flotas de Manliba, el gran buhonero de Metrópolis. Y es la tarjeta de crédito, ícono de la globalización, la que ahora desnuda las intimidades del hombre solo en su travesía por el pantano tecnocrónico. La tarjeta es su pasaporte de buena conducta o la prueba de su ignominia. No existe posibilidad alguna de eludirla. Conectada a los tableros de control planetarios, obediente a las consolas binarias, la tarjeta es el nuevo tacho de basura ofrecido a la inquisición informática, el depósito de detritus cibernético al servicio del Estado omnímodo. Los nuevos césares de la generación post —postindustrial, postmoderna, postcomunista, postguerra fría, postcapitalista, postideológica, postpolítica, postnacional— suben o bajan el pulgar pulsando *enter* cuando la tarjeta atraviesa la garganta y emite su sentencia. El condenado no se salva: la tarjeta-basura inexorablemente titila en cualquier rincón del globo y aúlla como las alarmas antirrobo o las sirenas policiales, esa música funcional del fin de siglo.

La crónica roja registra algunas peripecias ejemplares. El

hombre solo está en su casa e intenta abrir la puerta de su heladera para buscar leche.

—Diez centavos. Cinco centavos por abrirme y cinco por la leche —dice la puerta.

El hombre implora, promete, pero la puerta es vigía de la ley. El hombre solo decide entonces irse de su casa y manotea el picaporte de la correspondiente puerta. Una voz melodiosa repite lo que presentimos:

—Cinco centavos, por favor.

El hombre se hunde cada vez más y se torna patético.

—No tengo que pagarte nada —protesta sin esperanzas.

—No soy de su opinión —responde la puerta—. Eche un vistazo al contrato que firmó al tomar este departamento.

Desde luego, la puerta tiene razón. Con un cuchillo de acero inoxidable, el hombre solo comienza a destornillar la cerradura.

—Lo denunciaré —dice la puerta cuando cae el primer tornillo.

El hombre solo suspira.

—Nunca me ha denunciado una puerta, pero creo que llegado el caso podré resistirlo.

Podré resistirlo, supone el hombre solo, quien sin embargo sabe que la ley está de parte de la puerta, adminículo metamorfoseado por la magia de la globalización no sólo en una mercancía entre tantas, sino en ídolo dotado de facultades éticas, en acervo moral del Estado. La misión de la puerta ya no es estar disponible para el uso, sino la de girar como ejecutor disciplinario, como memoria de última instancia del orden estatal privatizado. El hombre cree que podrá resistirlo. Y en ese mismo instante comienza una intriga espeluznante.

El hombre solo de la crónica roja se llama Joe Chip y es el personaje central de la novela *Ubik*, de Philip K. Dick, de la cual entresacamos una versión de la escena de las puertas.<sup>1</sup> Chip, creado por Dick antes de que naciera el chip de la microelectrónica, inventado en la literatura antes de que Daniel Bell

---

<sup>1</sup> Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1976.

publicara *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, y no casualmente apellidado Chip por Dick mucho antes de que prorrumpieran Alvin Toffler y sus precursores, ha sido enviado al cadalso electrónico por la Agencia de Análisis y Censura de Créditos Ferris & Brockman. El ente homeostático del edificio donde vive Chip fue informado de que el pobre hombre cayó “de una situación crediticia G-triple a una situación G-cuádruple”, razón por la cual todo ha sido programado “para no extender servicios ni crédito a sujetos tan patéticamente anómalos como usted, señor”, según el propio ente informa al desgraciado a través del videófono. Con sujetos como Chip, medita el robot en voz alta, sólo es posible transar mediante dinero en efectivo. “De hecho, es posible que tenga que pasar el resto de sus días en este subnivel crediticio”, profetiza el ente, antes de que Chip cuelgue el videófono e intente sin éxito usar la canilla, barrer el piso, orinar en el inodoro, dormir en la cama, abrir la heladera o escaparse por la puerta, todas metas inalcanzables para individuos de su especie, sin antes echar veinte centavos en la ranura.

### **El tecno-dios salvífico**

Si la tecnología se ha convertido en un fetiche al que se le echa incienso diariamente y del que se presuponen propiedades salvíficas, como cambiar de raíz sociedades enteras y crear una “nueva civilización” sólo por su mera presencia, no puede extrañarnos que las puertas y los inodoros sean el reservorio de moral en el mundo de un novelista que, como todos los grandes maestros de la ciencia ficción, escribe sobre el presente. Fredric Jameson dijo hace poco que “la ciencia ficción está colonizando la literatura ‘alta’ porque es difícil imaginar el presente sin un futuro amenazante que se aproxima”.<sup>2</sup>

Dick anticipó y narró como pocos las recientes expansiones del

---

<sup>2</sup> *Clarín*, 18/7/96.

orden económico actual, una de cuyas versiones ganó fama en los últimos dos o tres años con el nombre de globalización. El mundo actual es mucho más *dickiano* que en las décadas del 60 y 70. Nacido en Chicago en 1928 (murió en 1982, a los 54 años), fue un autodidacta voraz, inclinado al estudio de la filosofía, un escritor maníaco que en ocasiones terminaba hasta 60 páginas diarias (en total, se han publicado cuarenta y dos novelas suyas y cinco gruesos volúmenes de cuentos), una personalidad complicada, que pasó por las drogas, los brotes psicóticos y fecundas alucinaciones que él mismo luego trabajó. Las preguntas sobre el poder y la verdadera naturaleza de lo humano, las formas modernas de manipulación, acoso y paranoia, la explotación del trabajo, los gigantescos tentáculos de las grandes corporaciones que sustituyen al Estado (o se encarnan en el Estado, modelándolo a su imagen y necesidades) fueron algunos de los temas que Dick exploró, además de fuertes dilemas místicos en torno a la muerte, la existencia de Dios, el tiempo. La fama literaria lo alcanzó con *El hombre en el castillo*, novela publicada en 1962, en la que imaginaba un mundo globalizado, regido por los nazis y los militares japoneses, victoriosos en la Segunda Guerra y socios-rivales en el gobierno del planeta, después de ejecutar la "solución final del problema africano", esterilizar a los eslavos y enviarlos fuera de Europa, extirpar de la corteza terrestre a la Unión Soviética, secar el Mediterráneo para convertirlo en una gigantesca granja, fragmentar a EE.UU. en tres partes. Pero otros textos que recorren la novela —otras historias dentro de la historia, algunas sugeridas por el *I Ching*— proponen que nada es lo que parece... *Uno de mis temas favoritos es el siguiente: nada es lo que parece*, escribió alguna vez, inspirado en Heráclito, acerca de su propia obra. *El hombre en el castillo* es uno de los textos clave de la ficción política escrita en el siglo XX.<sup>3</sup> En cierto

---

<sup>3</sup> Minotauro, Buenos Aires, 1974. En estos apuntes se ha privilegiado una lectura política de la obra de Dick. En función de tal enfoque, que organiza en términos políticos tres de los grandes asuntos dickianos (las grandes empresas, el terror estatal, las apariencias de lo real) se eluden otras derivaciones, algunas de ellas emanadas de la filosofía idealista, el dualismo y la religión, que recorren intensamente la vida y la literatura de Dick.

momento, los japoneses estudian a los posibles sucesores de Martin Bormann, quien ha ocupado el gobierno en Alemania (Hitler es el Enfermo: el poder deja saber que está vivo e internado). Analizan uno por uno a los candidatos, y cuando llega el turno de Heydrich lo describen así: [Tiene] *un desinterés casi científico como el que se encuentra a veces en ciertos círculos tecnológicos. No interviene en las disputas ideológicas... Puede atribuírsele una mentalidad muy moderna, del tipo postiluminista, capaz de prescindir de las llamadas ilusiones necesarias, como la creencia en Dios, etc. Los especialistas en ciencias sociales en Tokio no han podido descubrir el significado de esta mentalidad, que algunos llaman realista.* La novela abunda en pasajes como éste, no sólo sugerentes por su actualidad: es la clásica prosapia del *realismo* político que hoy se postula como "global", la que parece estar inventariando un japonés de ficción, creado por un escritor hace 35 años.

Su obra más popular no fue un libro, sino el film *Blade Runner*, rodado en 1982 por el cineasta Ridley Scott, adaptación muy libre de un relato de Dick titulado *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* El film alcanzó sugestivas cimas de popularidad (narra, entre otros temas, la angustia de androides fabricados para el trabajo que rehúsan aceptar su destino y la muerte a plazo fijo dictada por su creador, un financista "global" propietario de una gigantesca corporación). Una atropellada versión de otra trama suya (*We can dream it for you wholesale*, que podría traducirse como *Podemos soñarlo para usted al por mayor*) fue la película *El vengador del futuro*, filmada por Paul Verhoven para el lucimiento del tecno-actor Arnold Schwarzenegger. Pero quienes la hayan visto recordarán algunos destellos del mundo dickiano en los cargamentos de mineros esclavos enviados a Marte y en la máquina de realidad virtual que vende sueños y los implanta en la memoria de los clientes (en *Blade Runner* el financista "global" injerta memoria falsa en el cerebro de los androides).

Casi toda la obra de Dick está recorrida por un multifacético entrecruzamiento del tema del sometimiento del hombre a portentosos conglomerados de poder (claramente inspirados en

las megaempresas que el escritor conoció) y su desconfianza ante la realidad, o más bien ante las apariencias y simulacros con que la realidad se corporiza o huye, trastabilla o es manipulada en mundos inestables y mutaciones constantes. De ese vértigo filosófico Dick extrajo, como a veces Borges, ficciones que hacen de la perplejidad una intriga voraz y de las cavilaciones acerca de la realidad potentes máquinas narrativas que (léase *Ubik* o, entre otras, *Los tres estigmas de Palmer Eldrich* y *Dr. Blood-money*, que estudió Jameson en un ensayo) derivan casi obsesivamente al mismo punto de partida: la manipulación de lo real o la construcción de realidades como herramienta del poder para disciplinar a quienes están destinados a generar beneficios para la megaempresa y gloria para el Estado.

### La tarjeta-peaje del terror estatal

Los pasajes de *Ubik* aquí recordados refieren sólo una pizca de una novela de registro mucho más amplio, en la que varios temas se despliegan como parte de una historia de guerra entre corporaciones que obtienen sus ganancias del tiempo, por cuya posesión luchan, y de la dialéctica entre la vida y la muerte, entre el pasado y el futuro. El recorte efectuado aquí selecciona una anécdota —las puertas que nunca se abrirán para quien está sumergido en el abominable “subnivel crediticio”— porque procura subrayar su ensamble con ciertos íconos de la creencia global de estos tiempos. El peaje, en este caso. El peaje como emblema del progreso y, a la vez, como sumario policial. La tarjeta-peaje como administrador de justicia y como agente de inteligencia del Estado y de la Megaempresa, señoreando en la domesticidad de un pobre tipo. El peaje como antesala del peine informático, de la razzia cibernética, del terror estatal.

El sistema televisivo del *pay per view* (pagar para ver) ¿no borrona acaso el reino del peaje metido en el living del hombre común? En el futuro la oferta será amplia y quizá variada e incluso desde el modem será posible que cada uno programe su propio canal a la hora que más le conviene. Pero la característica

económica central de estos cambios será el peaje electrónico, pagado con la tarjeta de crédito y el débito automático. Cada partido de fútbol (esto último ya sucede en el interior de la Argentina), cualquier cosa que alguien quiera ver en su casa, será descontada, una por una, del "nivel crediticio" que haya demostrado tener ante la policía aduanera del ciberespacio. Quienes como Chip vegeten en su ciénaga "patéticamente anómala", disfrutarán su ocio doméstico con las delicias sobrantes destinadas al *target* de quienes no consumen. En el Apocalipsis, Juan profetizó para el fin de los tiempos: *"Y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre"*. El más joven de los apóstoles, el preferido de Jesús, el compañero de María en el vía crucis y la crucifixión, no conocía las tarjetas de crédito pero sí a Satanás, y en su visión estaba ya *"el número de su nombre"*.

En esa atmósfera de vísperas admirablemente contadas por Juan hace 2000 años, ¿por qué no seguir el razonamiento hasta el final y deducir las debidas conclusiones? El reduccionismo tecnológico, como el reduccionismo economicista, practica la misma gimnasia repetitiva que todos los determinismos positivistas y sus parientes pobres, los materialismos de cátedra y salón: pretende suprimir la política, o más bien la primacía de la política, con lo cual, mediante una voltereta mágica, elimina al hombre de los asuntos de este mundo. Pues bien, si el primer dogma de la nueva metafísica pontifica, en beneficio del "realismo", que debe aceptarse lo inevitable, esto es, el mandamiento tecnológico y sus derivaciones, entre ellas la globalización, nada impide imaginar, siguiendo la huella de Dick, la futura desaparición del dinero bajo la forma de papel anónimo y su reemplazo por una tarjeta personal *de uso obligatorio* para realizar cualquier transacción por mínima que sea.

La tarjeta, debidamente codificada, personal e irrepetible, navegará por el ciberespacio cada vez que su dueño camine veinte pasos hasta la esquina para comprar pan y dictaminará sobre la viabilidad de la operación según fuera el crédito del individuo. Una persona, un voto, decían los ciudadanos sublevados contra las democracias censatarias, que hacían depender el



derecho al sufragio del censo de propiedades. Una persona, una tarjeta, diría ahora el becerro tecnológico mundializado, que desde su *server* financiero tendría, en realidad, el control sobre todos los habitantes del planeta.

En verdad, no hay a la vista, ni siquiera en el largo plazo, desarrollo tecnológico alguno que permita pensar como algo posible la pesadilla del plástico cibernético omnipresente. Pero la telaraña de tarjetas interconectadas en la que Chip está atrapado no es fruto de un delirio paranoico. En algunos países, Estados Unidos entre ellos, la tarjeta de crédito es casi obligatoria y se supone que pronto será completamente obligatoria. No se trata de una obligación determinada por ley, desde luego: es otra de las opciones libres de la economía de mercado libre. Federal Express, megaempresa emblemática de la globalización, no acepta dinero en efectivo, ni siquiera los diez centavos en la ranura para ver la vida color de rosa. Tampoco lo hacen muchas de las grandes tiendas y aun otros comercios más pequeños. Los cajeros casi nunca tienen cambio para entregar vueltos. Puede pasar un día entero sin que un billete de 100 dólares contante y sonante pase por la caja de cualquier comercio. Y cuando aparece es sometido a un escrutinio persecutorio que no sólo delata el pánico ante la moneda falsa, sino que anuncia síntomas menos explícitos pero más perturbadores: el horror ante quien se atreve a pagar con un papel anónimo que no deja huellas digitales, que no sintetiza información alguna acerca de su portador, que no memoriza sus hábitos, que no ofrece pistas sobre su pasado ni sobre su pensamiento.

## **El espía impalpable**

La imposición de la tarjeta (y eventualmente del dinero electrónico) en un mundo entramado por redes informáticas capaces de enviar alertas instantáneas a cualquier punto del planeta no sólo ejemplifica el fabuloso poderío del capital financiero en la economía actual. La tarjeta es más que eso: la tarjeta también habla. En primer término, habla cuando no está, puesto que su

ausencia denuncia al marginal y presunto delincuente. Y en segundo término habla cuando está: es el altavoz silencioso, el espía impalpable, el delator impersonal al servicio de los bancos, el marketing, las agencias de publicidad y, finalmente, los organismos de seguridad privados y públicos. Si el dinero fuera un fetiche, ahora lo sería bajo la forma completamente inmaterial —pero paradójicamente mucho más identificable e ineludible— de un asiento electrónico.

Desde luego, detrás de esa gigantesca telaraña reinan las megafinanzas y el Estado omnímodo. El becerro tecnológico conduce a la computadora Central, el Estado, del mismo modo que “la Compañía” es el Estado administrando el azar y el destino en *La lotería en Babilonia*, una de las ficciones directamente políticas de Jorge Luis Borges. En lugar de esfumarse y descentralizarse, como imaginan las utopías de la globalización, el Estado incrementa exponencialmente su capacidad de control. Las tarjetas de crédito sintetizan información que, analizada en centros especializados, descubren los hábitos de consumo del ciudadano, degradado (¿o ascendido?) a cliente. Pero ése es sólo el comienzo. Con las tarjetas se puede hacer lo mismo que imaginó Arthur Conan Doyle para su personaje Sherlock Holmes. En el relato *El carbunco azul*, Holmes devela el enigma de un crimen sin moverse de su casa y escrutando minuciosamente “un sombrero común, redondo, vulgar, compacto y muy usado”. Inspirados en esa tradición, Borges y Adolfo Bioy Casares compusieron a un criollo, Isidro Parodi, quien descubre culpables a partir de pistas que le llevan a su encierro en una celda policial. Los estados mayores ultrainformatizados y puestos “on line” por un Centro que succionará de la red de redes la información delatada por la tarjeta, tendrán cientos de Holmes e Isidro Parodi hurgando en el detritus cibernético. Desde luego, no se limitarán al mezquino mercadeo, sino que intentarán bucear en territorios más ardientes: las remotas anfractuosidades del alma del ciudadano-cliente, sus ideas, sus inclinaciones y fobias, su pensamiento, sus vacilaciones, sus puntos débiles.

Los defensores de la creencia global suponen que la información de la tarjeta de crédito, permanentemente actualizada, es

una herramienta para perfeccionar el mercado y segmentar la oferta de bienes según los gustos de millones de clientes distribuidos en la aldea del mundo, que encargan sus compras con el modem y las reciben en su casa mediante Federal Express. Los escépticos de la nueva creencia, en cambio, postulan que la tarjeta es el soplón de la película, el instrumento de los acreedores para perseguir —globalmente, desde luego— a los deudores y un arma letal en manos de los aparatos de seguridad del Estado, que así multiplicaría su poderío sin límite alguno. *Se sientan cadáveres al banquete / a petición de usura*, escribió Ezra Pound en su célebre canto XLV. En suma, los escépticos se psicopatean imaginando que la tarjeta es la forma que tienen las heladeras de negar leche al hombre solo, que acosado hasta en la intimidad de su casa no tiene más remedio que disciplinarse.

En cualquier caso, lo cierto es que las tarjetas de crédito hablan —están hablando ahora mismo con el gerente del banco, con la superconsultora marketinera, con el inspector impositivo, con la policía— y lo cierto es también que en el futuro cercano hablará todavía más el invisible dinero electrónico. Por un lado, la completa inmaterialidad del dinero sería una forma aun más inasible y casi perfecta del camuflaje sobre el origen del valor de las cosas que se producen en este mundo cruel. Por el otro, ¿no es la tarjeta una paradigmática representación de las glorias del capital financiero y las miserias de la economía real, ahogada en evanescentes asientos informáticos chupados en el vértigo del ciberespacio?

El presidente francés Jacques Chirac, que descrea de ciertos instrumentos de la globalización, especialmente de aquellos que no benefician a las megaempresas de su país (como algunas leyes con pretensión de extraterritorialidad originadas en EE.UU.), dijo que los flujos financieros fuera de control son como el sida en estos tiempos de infecciones desconocidas. A mediados de 1995, la economía financiera era en números 40 veces más grande que la real, según el periodista especializado Carlos Scavo.<sup>4</sup> Se trata,

---

<sup>4</sup> *Clarín*, 5/7/95. Después que fueran escritas estas líneas, apareció un libro de Scavo, *Globalización y megatimba*, Buenos Aires, Editorial Letra Buena.

dijo, de "deuda futura convertida en activos electrónicos presentes". Conviene retener esas palabras: *deuda futura convertida en activos electrónicos presentes*. Ya ni siquiera estamos ante papel pintado, billetes emitidos sin respaldo en la producción real, pero al menos tangibles y palpables: siendo 40 veces más voluminosa que la economía productiva, la economía financiera emplea la red ciberespacial para emitir o desemitir a un ritmo de 700 millones de dólares por hora sin parar, dice Scavo.

En esa burbuja, en esa pura escenografía etérea y a la vez intimidatoria, digna de los rascacielos inspirados en las pirámides mayas de *Blade Runner*, los dioses del peaje tienen atrapados a los Joe Chip dentro de sus casas, los humillan ante las heladeras, los arreean hacia encerronas sin remedio y los atan de pies y manos en laberintos cuya única salida es el tributo y el trabajo no remunerado, en cualquiera de sus formas. La puerta parlante de la novela de Dick funciona como ejecutor disciplinario y acervo de moral, tal como lo hicieron los reyes de Inglaterra hace cuatro siglos, cuando en nombre del Estado dictaron leyes especiales sobre pordioseros y vagabundos, los Joe Chip de la novela *Príncipe y mendigo*, de Mark Twain.

Así como Chip está encerrado en su casa, inhabilitado hasta para tomar leche porque no puede cumplimentar la ética estatal arrojando monedas en las fauces del peaje, en los siglos XV y XVI los campesinos ingleses fueron expropiados por la naciente economía de mercado libre, que de ese modo los obligó a emigrar a las ciudades para conchabarse como asalariados. Las fábricas eran aún escasas, pero el imperativo moral de la época, el mandato de orden, estipulaba penas severas para quienes no aceptaran o no pudieran ser absorbidos por los nacientes talleres y prefirieran el vagabundeo.

Enrique VIII ordenó en 1530 que los mendigos fueran sometidos a flagelación y que la mitad de sus orejas fueran rebanadas; más tarde perfeccionó su mandato ético disponiendo la pena de ahorcamiento para los reincidentes. Diecisiete años después, en 1547, Eduardo VI consideró justo que alguien emigrado del campo, donde le habían birlado su tierra, fuera entregado como esclavo a la persona que lo denunciara por su condi-

ción de "patéticamente anómalo", es decir, por rehusar convertirse en asalariado y elegir la mendicidad. Cualquier inglés emprendedor y creativo —un *entrepreneur* de la época— tenía el derecho de apropiarse de los hijos de los vagabundos y de retenerlos como aprendices, hasta los 24 años si eran varones y hasta los 20 si, por desgracia, se trataba de niñas.

Twain contó y hasta cierto punto glorificó (en *Un yanqui en la corte del rey Arturo*) aquel parto, que fue el parto del capitalismo, de la economía de mercado libre. Dick, especialista en paranoias y falsificaciones, relató cien años después situaciones sin salida como las que agobian a Chip, tan parecidas a las de aquellos campesinos ingleses que uno no resiste la tentación de pecar en anacronismos comparativos. En el Virreynato del Río de la Plata y en la República Argentina, el gaucho perseguido por carecer de papeleta de conchabo y obligado a "desgraciarse" en el crimen o a estaquearse como soldado o peón sin destino, fue como aquellos campesinos ingleses o, si se quiere, como los mensúes atrapados por deudas y obligados a trabajar de por vida en los obrajes del Litoral.

En el campesino inglés, en el gaucho, en el mensú, está Joe Chip, hombre de este fin de siglo. La acción de *Ubik*, novela escrita en 1969, se ubica en 1992, de modo que hoy, en 1996, ya hace cuatro años que Chip anda por la vida subsumido en estado de G-cuádruple, con sus tarjetas de crédito exhaustas delatando su carácter "patéticamente anómalo". La anomalía de Chip, como la de sus antecesores, ha sido y será uno de los asuntos centrales de todos los tiempos, aun cuando alguna de las sectas de la creencia global imagine la extinción de la historia o postule un mundo de armonía y progreso eterno, lineal, sin conflictos, angélicamente gobernado por los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU y por la Organización Mundial de Comercio (la ex ronda Uruguay del Gatt) que presuntamente suprimirá las aduanas para siempre.

La índole notoriamente utópica, pero no desinteresada, de esta imaginaria, realza el dictamen literario sobre la anomalía de los Chip escrito por un novelista genial en la década del 60, que viene a ser —leído hoy, treinta años después— un interesante ángulo

para escrutar en el tecno-corazón fantástico de la globalización: el Mundo Feliz, la Aldea Global paradisíaca, parece ser, aun contra su voluntad, un generador incesante de millones de seres “perfectamente anómalos” y sin esperanza alguna, destinados a la patética subcondición crediticia, al huroneo estructural: no merecen siquiera el derecho al picaporte, ni califican para el uso de las puertas, ni tienen curriculum ni papeles para que ante ellos las heladeras se abran o los hospitales atiendan su salud.

### **Un muro global contra el Morocho Subreptico**

Dick no lo imaginó, pero en 1995 el gobernador del Estado norteamericano de California, Pete Wilson, hizo aprobar una ley que niega educación y atención sanitaria a los hijos de cualquier inmigrante ilegal, es decir, a cualquier bebé recién nacido “patéticamente anómalo”, hispano sin papeles o morocho subreptico.

El señor Wilson labró su carrera política alardeando, precisamente, su devoción por esa clase emblemática de instrumento jurídico característico de la ética global: el mundo es chico, es uno solo, no tiene fronteras, es libre, salvo para ti, querido amigo, que no tienes papeles. Las aduanas caen, el mercado mundial se unifica, la producción se trasnacionaliza, el dinero, ahora completamente inmaterial, florece y se multiplica en el ciberespacio. Entre tanto, el señor Wilson, hombre de su tiempo, medita su próximo envión, esta vez hacia la Casa Blanca, haciéndose portaestandarte de la construcción de un nuevo Muro de Berlín, trasmutado ahora en una suerte de Muro contra el Morocho Subreptico a edificarse en la frontera con México, para impedir que los anómalos desarraigados se cuelen en su jardín.

La ley antimorochos de California —la última frontera del capitalismo en el siglo XIX, el soleado asiento de Silicon Valley, paridera de las nuevas tecnologías, y la tierra donde Dick escribió su obra— tiene muchos equivalentes argentinos. Lavalle fusiló a Dorrego en 1828 acusándolo de haber convertido al país en una “merienda de negros”; había que salvarlo de ese oprobio coro-

nando cierta lechosa dinastía francesa, una de las tantas recetas globalizadoras de aquellos tiempos. Bernardino Rivadavia, de quien se dijo que fue “el más grande hombre de la historia argentina” y a quien idolatraron historiadores de izquierda, creyendo ver en él al continuador de la “línea de Mayo”, prohibió los “tangos de bayle” que retumbaban en el Barrio del Mondongo (Montserrat) y otros arrabales afroargentinos de la ciudad de Buenos Aires. El gobernador Wilson cree que el Muro debe construirse en California porque sobra mano de obra. Hace trescientos cincuenta años, en Buenos Aires, la mano de obra debía reunirse y disciplinarse, como ya vimos que sucedió en Inglaterra. En 1745, la ciudad perfeccionó la legislación contra los “vagos y malentretidos”, casi todos impuros mestizos de piel tiznada, prohibiendo los bailes y juegos de naipes “en las tiendas, tendejones y pulperías”. El gobernador Joseph de Ando-naegui dispuso una sugerente jerarquía de castigos sobre quienes violaran su edicto: para los españoles, un mes de cárcel la primera vez y un año de destierro la segunda; para las “gentes viles” —el morocho subrepticio de la época, el mancebo hijo de la tierra— 100 azotes la primera vez, dos años de destierro en presidio la segunda.<sup>5</sup>

Casi cuatro siglos después, en la misma ciudad de Buenos Aires, las nuevas y apolíneas estaciones de servicio con minimercado y bar que las grandes petroleras han universalizado —Shell y Esso son los pulperos globales de la época: han desplazado, incluso, a los anteriores propietarios individuales de las nafterías— desechan a los empleados oscuros y con crenchas: los prefieren rubios, sonrientes, dispuestos a jornadas de 12 horas y con minifalda, si fueran niñas. Las agencias de empleos (temporarios, desde luego) colocan allí, lo mismo que en los shoppings y otros sitios simbólicos de la postmodernidad planetaria, sólo postulantes de piel completamente blanca o morochos light, lustrosos, lacios y con estudios secundarios.

Los requisitos de la “buena presencia”, ahora bestialmente

---

<sup>5</sup> Jorge Bossio, *Historia de las pulpertas*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1972, pág. 78.

amplificados, implantan el código estético de la moral globalizada que, en su indetenible expansión, elimina no solamente a los anómalos como Chip, detectados por la tarjeta-vigilante, sino también a los cuarterones de piel oscura y pelos como alambres, prohibidos incluso en los empleos subalternos que el destino les reservaba en tiempos del paganismo preglobal. Así, el código estético global devino en código genético particular: el morocho subrepticio padece la sanción ética que se merece dado su empeño en la portación de genes "patéticamente anómalos".

La selección natural, la ley-muralla de California, el código estético de la globalización, funcionan como el detective lombrosiano con aspecto de patovica escrutando la pertinencia de los cuerpos en la puerta de una discoteca. Prohibida la entrada a los anómalos que desajustan la armonía de la "gente linda", dice el pato. El aparato de seguridad privado, la policía personal reclutada en los gimnasios y las camas solares donde se cuece la osatura de los patovicas, procede directamente sobre los cuerpos, sin necesidad de ningún artilugio telemático, como el empleado contra Joe Chip. El pato, cuando es vica, se constituye en guardián de la belleza. En el patovica se condensa a la vez el pretoriano privado al servicio de la Megaempresa y el crítico de arte que refina los criterios estéticos del Estado. De modo que la postmodernidad ultratecnológica y recontraglobalizada se contorsiona en una inesperada pirueta temporal: retrocede uno, dos, tres siglos. En la aldea global no hay fronteras, pero sí guardias fronterizos: las chicas y chicos que transgreden la norma estética de la publicidad de Gancia son arrojados a la bulimia y la anorexia por los vistas de aduana de la belleza. Y para curarlos se hace necesario apelar a los chalecos de fuerza y a los espejos velados: como hace cien años, la visión del propio cuerpo se torna pecaminosa, y en casa de los bulímicos deben esconderse los espejos para que el enfermo ni siquiera incurra en el vértigo suicida de contemplar su propia imagen horripilante, porque si lo hiciera se arrojaría otra vez al silicio y al vómito y a la muerte nauseosa que la estética global reserva para los "seres patéticamente anómalos como usted, señor".

No hay patovicas, sin embargo, en los portones de las bailan-



tas cuarteleras, que abren los jueves, día de sirvientas, además de los fines de semana. Las bailantas son, por definición, galpones para la juerga de los anómalos, el sitio donde el morocho se saca el traje de subrepticio y se le permite la pachanga y la cumbia, creadas para su diversión por el reverso de la misma estética que la publicidad de Gancia, sólo que, en este caso, con destino al cabecita *kitsch* y por lo tanto, distinta en su semejanza (a la de Gancia) y calcada en su diferencia. No hay patovicas allí, pero sí policías y pesados encargados ya no de la crítica de arte, sino de las patadas en los riñones. En la bailanta, morochos y morochas tienen derecho al libre tránsito y al consumo de cerveza de segunda mano, reciclada con los sobrantes de otras botellas y vasos (los de la mesa vecina, los de la noche anterior) porque aquí los precios deben acomodarse al subnivel crediticio de la anómala clientela. El debate sobre las rentas y hábitos de la bailanta no ha llegado a la televisión, como sí ocurrió con las discos. Y la nueva Panamericana parece ahora servir —destino no premeditado, pero simbólico— para que la veda horaria de las discos bonaerenses pueda sortearse en los bolidos importados capaces de llegar en diez minutos al territorio libre de la Ciudad Autónoma, posibilidad negada al morocho subrepticio, condenado a carrmatos como el 86 o el Expreso San Miguel.

### **La compra-venta de la ley**

Los mundos de Dick se distinguen de 1984, la novela de George Orwell, o de *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, en la llamativa circunstancia de que estas dos últimas se inspiraron en el Estado soviético para imaginar sus pesadillas. Para escribir las suyas, en cambio, Dick y otros como él (J. G. Ballard, William Gibson, Ursula K. Le Guin, entre varios) tuvieron a la vista el orden político creado para las megaempresas en los países capitalistas avanzados. Desde ese mirador, hicieron algo notable: vislumbraron el futuro inmediato mejor que muchos de los hombres sabios de izquierda, anestesiados ante el "inminente fin" del capitalismo y el despliegue victorioso del "socialismo real".

De paso, anticiparon una nueva vida para los textos de Orwell y Huxley, que leídos ahora ganan colores insospechados, especialmente si se los contrasta con la "era del vacío" y miseria absoluta de la generación post, las delicias de las tarjetas-basura y las heladeras que jamás se abrirán.

David Friedman, hijo de Milton Friedman, el economista liberal, líder de la Escuela de Chicago y premio Nobel de Economía, también es devoto de la ciencia ficción. David leyó la novela *The Moon is a Harsh Mistress*, de Robert Heinin, que imagina la vida en una colonia lunar sin gobierno alguno ni sistema legal. El muchacho se inspiró y a su vez redactó dos trabajos: *The Machinery of Freedom. Guide to a Radical Capitalism* (La maquinaria de la libertad. Guía para un capitalismo radical) y luego, *La ley como bien privado*.

En sus escritos (que no son de ciencia ficción) el hijo de Friedman postula una sociedad en la que los individuos compran la ley y la seguridad para sí mismos más o menos como ahora se compra un seguro. Si al hijo de Friedman le sustrajeran el auto, no llamaría a la policía pública, estatal, sino a su agencia de protección privada, que rápidamente —porque es eficaz y debe competir— identificaría al ladrón. Pero éste también tendría un contrato con otra agencia de protección. ¿Se desencadenaría entonces una miniguerra privada entre ambas? No, contesta el hijo de Friedman. La guerra, dice, es cara e ineficiente. Solución: ambas agencias ya habrían acordado de antemano (antes de que le robaran el auto al hijo de Friedman) que, en caso de litigio, recurrirían a una tercera agencia, especializada en arbitrajes independientes; en otros términos, a una justicia privada. En esas circunstancias, el hijo de Friedman asegura que tanto el cumplimiento de la ley como la ley en sí misma *son bienes privados producidos en un mercado privado*. "El cumplimiento de la ley es producido por agencias de cumplimiento de la ley y vendido directamente a sus clientes —agrega el hijo de Friedman—. La ley es producida por agencias de arbitraje y vendida a las agencias de protección, que las revenden a sus clientes".<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> *Financial Times*, reproducido por *El Cronista*, 19/6/95.

La ley, pues, es objeto de venta y reventa, lo mismo que su cumplimiento. Es decir, la ley es una mercancía más entre otras, lo mismo que los huesos de los santos, el trabajo humano, el honor de las personas. Dick, que no estudió en Chicago, imaginó en *Los tres estigmas de Palmer Eldrich* un mundo cuya principal mercancía era la droga, regido por un supragobierno de las Naciones Unidas, exasperación globalizante que en el novelista no era un confortable comodín, sino todo lo contrario. En *Palmer Eldrich*,<sup>7</sup> las megacorporaciones guerrean para producir miniaturas y drogas destinadas a colonos obligados a emigrar a otros planetas. Las miniaturas escenifican la antigua vida en la Tierra y los colonos pueden implantarlas algunas horas en su cerebro ingiriendo drogas de venta "ilegal", pero en realidad regulada por las Naciones Unidas. La combinación miniaturas-droga permite a los colonos vivir como si fueran reales las escenas preparadas en la Tierra por ejecutivos de marketing, que por otra parte están en contacto permanente con psicoanalistas portátiles. Como se ve, el Estado también llega aquí, como siempre en Dick, a su esplendor: el control y manipulación de la subjetividad.<sup>8</sup>

## El Estado enigmático

En el film *Jurassic Park*, en cambio, nunca aparece el Estado, lo cual no deja de ser interesante en una película para chicos que trata de huevos de dinosaurios. Steven Spielberg podría estar en línea con la familia Friedman, que al imaginar la compra-venta de la ley postula la desaparición del gobierno. El matrimonio Alvin y Heidi Toffler amplifica el argumento y en páginas tan

---

<sup>7</sup> Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1979.

<sup>8</sup> Sobre la cuestión del control de la subjetividad, Ricardo Piglia escribió que "la metáfora borgueana de la memoria ajena... está en el centro de la narrativa contemporánea. En la obra de Burroughs, de Pynchon, de Gibson, de Philip Dick, asistimos... a la sustitución de la memoria propia. (...) La función de lo que suele llamarse la inteligencia del Estado es la de inventar y construir una memoria incierta y una experiencia impersonal". *Clarín*, 13/6/96.

serias como el *New York Times* propone, sencillamente, la fusión de países.

Para empezar con discreción, el matrimonio Toffler propone ensamblar al Japón con los Estados Unidos, como si ambos países fueran la General Motors y la Mitsubishi.<sup>9</sup> Imposible lucubrar tesis más globalista, más utópica —esto sí que es *la utopía*— y, sobre todo, menos desinteresada, especialmente si recordamos que los Toffler integran el gabinete de Newt Gingrich, presidente de la Cámara de Representantes de EE.UU. y uno de los principales jefes del conservadorismo norteamericano. Lo mismo que el hijo de Friedman, el matrimonio Toffler meditó su idea luego de una ingesta literaria, que consistió en la lectura de *Sol Naciente*, de Michael Crichton (hay versión cinematográfica homónima) y *Deuda de honor*, de Tom Clancy, novelas best-sellers sobre “anacrónicos” conflictos y guerras entre Tokio y Washington.

Gramsci decía que hacer un pronóstico implica postular un programa. El matrimonio Toffler fantasea con la anexión de Japón, pero como a la vez cree que las “nuevas realidades” no pueden pensarse con “las categorías de las viejas realidades”, estruja neohablas a la carta (otra vez la literatura: Orwell, en 1984, creyó lo mismo de Stalin) que eliminan la palabra *anexión* (reemplazada por *fusión*) y en la que el término *globalización* esfuma anacronismos simbólicos del paganismo preglobal, como *expansionismo* o *imperialismo*, y sobre todo, adquiere categoría de dogma, de canon que ya está en la *realidad* y que por eso nadie debe discutir; es, otra vez, el *realismo* que encantaba a Edmund Burke, uno de los primeros que sistematizó el pensamiento político conservador, a fines del siglo XVIII, en sus *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*.

En el caso de Dick, los mundos que vislumbró no eran un programa, como decía Gramsci, pero tal vez tampoco un deliberado antiprograma. El pesimismo radical de algunos autores que han sido comparados con Dick, como J. G. Ballard, explícita, sin embargo, un programa, o más bien una “denuncia”, y

---

\* *The New York Times* reproducido por *Clarín*, 2/9/95.

abiertamente pretende lanzar un "mensaje", categoría devaluada como tal gracias a la impostación "realista", y sin embargo conscientemente activa en ciertos escritores. En un prólogo a *Crash*, novela que tematiza los choques de autos y los retuerce hasta mostrarlos como ideal de vida del sistema de poder que ha entronizado el fetiche tecnológico, Ballard dice que la "función última" de su relato "es admonitoria, una advertencia contra ese dominio de fulgores estridentes, erótico y brutal, que nos hace señas llamándonos cada vez con mayor persuasión desde las orillas del paisaje tecnológico". Ballard exhibe sin ambages su repugnancia "por la política conducida como una rama de la publicidad" —otro de los temas de Dick— y asegura que *Crash* no trata sobre catástrofes imaginarias, sino que nos habla de "un cataclismo pandémico institucionalizado en todas las sociedades industriales".<sup>10</sup>

### El no-lugar, lo innombrable, ¿el no-poder?

Para Ballard, que tiene una aguda percepción del desastre puesto que lo vivió en carne propia cuando siendo un niño nacido y criado en el gueto inglés de Shanghai, se perdió completamente en la ciudad en el momento mismo de la ocupación japonesa,<sup>11</sup> el amasijo de hierros retorcidos en los diarios holocaustos automovilísticos, es una "metáfora total de la sociedad contemporánea" y cree que la sensualidad asociada al delirio tecnológico se transforma en pornografía, la cual "en cierto modo es la forma narrativa más interesante políticamente, pues muestra cómo nos manipulamos y explotamos los unos a los otros de la manera más despiadada". Ballard cree que "mostrar" es uno de sus cometidos. "Mostrar los dudosos encantos de la existencia en este glauco paraíso se ha convertido cada vez más en una función propia de la ciencia ficción", escribió. Hace poco se editó una selección de

---

<sup>10</sup> Minotauro, Buenos Aires, 1984.

<sup>11</sup> Ballard contó esta historia en su novela autobiográfica *El imperio del sol* (Minotauro, 1985), llevada al cine con el mismo título.

cuentos de Ballard bajo el título *Aparato de vuelo rasante*. Uno de los relatos, *La ciudad última*, narra el agónico intento de poner en pie una ciudad colapsada por la saturación y el atragantamiento orgiástico con cicuta tecnocrónica.

En el caso de Ballard, un tecnófobo fundamentalista, el proyecto de "mostrar" se traduce a veces en técnicas narrativas clásicas (no en *La exhibición de atrocidades*, que trabaja episodios como "novelas condensadas", a la manera de los relatos que Piglia hace circular en *La ciudad ausente*, o los "novelatos" de Marcelo Cohen en *El fin de lo mismo*). En otros narradores, especialmente en el William Burroughs de *Expreso Nova*, la prosa se disloca en un collage que también "muestra". La proclama que inicia la novela dice: *El propósito de todo cuanto escribo es denunciar y detener a los Criminales de Nova. Faltan minutos*. William Gibson, a su vez, exhibió su perspectiva de la globalización en la novela *Neuromante*, en la que sólo existen megacorporaciones en perpetuo combate con la competencia. La benéfica competitividad de los economistas y la idea de que la información es la nueva fuente de poder (véase Toffler, *El cambio de poder*, libro por otro lado muy interesante y agudo) es en *Neuromante* equivalente a guerra total. La mitad del territorio norteamericano está ocupado por una única y desorbitada ciudad; Europa entera hiede: es un monumental vaciadero atómico. En ese escenario, las megacorporaciones batallan para esconder y a la vez robar información usando terroristas y *hackers*, que directamente "enchufan" su sistema nervioso y sus neuronas al ciberespacio, llevando hasta el fin la idea dickiana (también trabajada por Orwell) de la realidad virtual como instrumento político y herramienta para la lucha por el poder.

En última instancia, de eso se trata. La idea del poder parece diluirse en la ciudad mundial, que empieza en ninguna parte y no termina jamás, y donde se han atrofiado las veredas por ausencia de barrios y peatones, sacrificados a las autopistas. Bajo la divisa *realista* de la globalización, la política desaparece en lo impalpable, lo inmaterial y monótono, lo homogéneo y eternamente igual. Estamos en el reino planetario y privado del no-lugar. El no-lugar, como se lee, no tiene nombre, si no es por

referencia a su antítesis, y debemos su descubrimiento a uno de los observadores de la llamada postmodernidad, Marc Augé, que vio en los shoppings el ágora de la época, el único territorio de la sociabilidad actual. “¿Qué decir de esos suburbios interminables de los que sólo cabe huir? —se pregunta Gilles Lipovestky—. Lo real, climatizado, sobresaturado de informaciones, se vuelve irrespirable y condena cíclicamente al viaje: ir a cualquier parte, pero moverse, traduce esa indiferencia que afecta actualmente a lo real. Todo nuestro entorno urbano y tecnológico (parking subterráneo, galerías comerciales, autopistas, rascacielos, desaparición de las plazas públicas, aviones) está dispuesto para acelerar la circulación de los individuos, impedir el enraizamiento y en consecuencia pulverizar la sociabilidad”.<sup>12</sup>

Es cierto, pero ¿qué decir entonces de las megalópolis de la pobreza? Lo “real” allí se traduce en algunos datos. “La pobreza urbana se convertirá en el problema político más explosivo del próximo siglo”, pronosticó el Banco Mundial en 1991 (parece que los estudiosos de ese instituto hubieran leído a Dick, o al menos vislumbrado el paisaje urbano de *Blade Runner*). En los próximos 30 años las grandes urbes del Tercer Mundo alojarán 51 millones de personas más por año, sigue diciendo el Banco Mundial. En el año 2000, las megalópolis harapientas serán 17, y entre ellas se destacarán México y San Pablo, con más de 25 millones de habitantes cada una, cifra equivalente a la población de todas las ciudades del mundo en 1750.<sup>13</sup> En cuanto a las ciudades de los países desarrollados, baste con decir que en Washington una comisión especial aconsejó a la población hervir el agua antes de consumirla y que según el semanario *U.S. News and World Report* la penuria económica hizo colapsar el sistema médico público (“trabajamos como los hospitales del Tercer Mundo”, aseguraron los médicos a la revista).<sup>14</sup>

En cualquier caso, en el no-lugar el Estado no es visible y entonces se supone su inexistencia o su repliegue. Hemos visto

---

<sup>12</sup> *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona, pág. 74.

<sup>13</sup> *La Nación*, 1/6/91.

<sup>14</sup> Citado por *Página 12*, 24/7/96.

que, en realidad, puede ser al revés. El no-lugar es también el páramo industrial que algunos pensadores como Heidegger creyeron inevitable como consecuencia de la muerte de Dios, el predominio de los tecnólogos y el aparente desierto de sentido. Pero Heidegger, que había simpatizado con el nazismo, pensó sus últimos escritos cuando el capitalismo aún exhibía la fuerte impronta keynesiana y productivista que, sobre la base de la locomotora bélica y el petróleo regalado, implantó el sistema conocido como Estado del Bienestar.

Las premisas de ese mundo no se desplomaron ahora, como suele decirse, por los cambios tecnológicos, sino hace más de un cuarto de siglo, cuando se esfumó la convertibilidad oro-dólar y la crisis petrolera anegó al mundo con billetes sin destino productivo. Se expandió entonces el parque de diversiones tecnotrónico, por el que comenzó a circular la autorreproducción de la economía financiera. "Goza de interés sobre todo / el dinero que él, el banco, crea de la nada" dice una línea de Pound en el canto XLVI. Esa voracidad, que desde entonces hizo más pobres a los pobres y a los países pobres que siempre habitaron pobres,<sup>16</sup> abatió sobre el mundo una suerte de *spleen* combinado con burbujas insasibles, que se traduce en riqueza instantánea y cada vez más concentrada y, a la vez, en inestabilidad laboral perpetua, inestabilidad existencial y productividad incrementada con desocupación y baja de salarios.<sup>16</sup> El mayor empleador de los Estados Unidos, el país capitalista avanzado con menor tasa de desocupación después de Japón, es una agencia de empleo temporario.<sup>17</sup>

Los cambios tecnológicos aceleraron y dotaron de poderosas herramientas a un proceso que, en lo fundamental, ya había comenzado. La tecnología y la ciencia de sir Alexander Fleming no desencadenaron conflicto bélico alguno, pero Fleming descu-

---

<sup>16</sup> James Speth, del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, dice que "el mundo ha venido polarizándose económicamente entre los países, pero también dentro de los mismos países". Agregó que unos 1600 millones de personas viven ahora peor que hace 10 años. *Clarín*, 18/7/96.

<sup>16</sup> *The Wall Street Journal* en *La Nación*, 8/9/95.

<sup>17</sup> *Ámbito Financiero*, 17/8/95, entrevista a Winnifred Downes.



brió la penicilina gracias a la Segunda Guerra Mundial —un acontecimiento político, desde luego, y no tecnológico, aunque suene redundante aclararlo— que a su vez traccionó al intervencionismo estatal de Roosevelt-Keynes hasta concluir con la crisis que la economía capitalista padecía desde 1929. Y ahora, finalizado el ciclo keynesiano, el mundo encara el siglo XXI casi bajo las mismas premisas económicas (y hasta cierto punto, también geopolíticas) de 1910, pero con cambios tecnológicos aptos para bajar costos (en especial, los salariales), con océanos de *deuda futura* acumulándose en el ciberespacio y con millones de anómalos incapaces de consumir la enorme oferta de bienes que la nueva productividad puede generar.

En semejante mundo, determinadas “representaciones” filosóficas y estéticas (no precisamente las de los escritores que se mencionan en esta nota) se tornaron intangibles, huidizas, inmateriales: se divulga el tiempo del post, de lo que aún no existe, de lo que, en una de sus caras, pretende “transgredir” inutilidades —véase esa trivialidad anémica de ciertos pintores *posmos* que se instalan a sí mismos como “globales”— y en la otra cara desenfunda la Magnum 44 para forzar la homogeneidad universal mediante las mayores coaliciones bélicas que recuerde la historia humana. ¿Se trata de un cósmico choque de “civilizaciones”, según la tesis del ensayista estadounidense Samuel Huntington? ¿O más bien estamos frente a una mera implantación militar en las zonas estratégicas del planeta, entre ellas las petroleras? Juan Goytisolo recordó hace poco que en la tecnoguerra limpia y “quirúrgica” del Golfo murieron 200 mil personas.

Lipovetsky, ensayista francés con quien no hace falta estar de acuerdo para citar algunos de sus apuntes (como por otra parte ocurre con cualquiera de los autores citados aquí), observó que “el deambular apático [del hombre actual] debe achacarse a la *atomización* programada [Lipovetsky no dice por quién] que rige el funcionamiento de nuestras sociedades: de los mass media a la producción, de los transportes al consumo, ninguna ‘institución’ escapa ya a esa estrategia (¡) de la separación [L. no nos dice quién es el estratega] experimentada científicamente

[¿dónde?; ¿por quiénes?] y destinada a tener un progreso considerable con el progreso telemático".<sup>18</sup>

## El reloj de arena

El mundo que anota Lipovetsky se asemeja, en una de sus caras, al de los relatos de la llamada literatura minimalista. Hasta cierto punto, la ciudad que describe podría ser Los Ángeles, contada por Robert Altman en la adaptación de nueve historias y un poema de Raymond Carver que dio por resultado el film *Ciudad de ángeles*. En realidad, la novela *Generación X* (también hay versión cinematográfica) se acopla más al esquema de Lipovetsky. Pero hay otras visiones de Los Ángeles, incluso cinematográficas, como el film *Vigilantes de la calle*, de Dennis Hooper (está en los videoclubs), que no narran el desencanto y la indiferencia fruto de ambientes climatizados y saturación informativa, sino que se empeñan en una feroz cabalgata por los clásicos horrores de la pobreza alucinante, la droga y la violencia en los gigantescos guetos hispánicos y negros que inquietan al gobernador Wilson. En los mundos de Dick, Burroughs, Ballard, Gibson, en toda la filmografía de Spike Lee (*Fiebre de amor y locura* y *Clockers* por ejemplo), Quentin Tarantino (*Tiempos violentos*), Abel Ferrara (*Maldito policía*) o Martin Scorsese (especialmente *Después de hora*, adaptación del relato *Bright lights, big city*, de Jay McInerney) no hay lugar para el aburrimiento y la indiferencia, sino para el terror.

La ideología post exhibe la rara cualidad de no tener nombre, de no llamarse. En el siglo XIX, el capitalismo tomó su denominación de sus enemigos socialistas, que bautizaron lo que aborrecían y se proponían eliminar. El prefijo "post", abusado hasta el hartazgo por los teólogos de la creencia global delata, por vía del lenguaje, que el edificio macizo conocido por algunos como *nueva civilización* es apenas una sombra en estado prelarval, sólo

---

<sup>18</sup> *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona, pág. 42.

una hilacha de lo innombrable y, por eso mismo, de lo desconocido. La constante apelación a la muletilla "post" refiere invariablemente al pasado en lugar de proponer el porvenir, y lo hace en una escala tal que adquiere identidad sólo en relación al pasado. ¿La combinación de letras "post" alude a lo que viene "después de" o menta lo postergado, lo póstumo, lo postrero, lo posterior en el sentido de lo que está detrás? Los imperios del post, que tienen la modesta pretensión de fundar nuevas eternidades, sólo parecen constituir un espectro travestido del pasado al que rinden tributo desde el lenguaje, la melancolía y la vacía tristeza del páramo, su repetido, inenarrable e innombrable paisaje.

En el último capítulo de *Ubik*, Dick escribió para su enigma, que a lo largo de la novela ha sido sucesivamente café instantáneo, cerveza, acondicionador capilar, somnífero, maíz tostado, dentífrico, bolsa de supermercado, cera para pisos, digestivo, aderezo para ensaladas, banco de crédito, hoja de afeitar auto-enrollable, pan de molde, corpiño:

*Yo soy Ubik. Antes de que el universo existiera, yo existía. Yo hice los soles y los mundos. Yo creé las vidas y los espacios en que habitan. Yo soy el verbo, y mi nombre no puede ser pronunciado. Es el nombre que nadie conoce. Me llaman Ubik, pero Ubik no es mi nombre. Yo soy. Yo seré siempre.*

A semejante pretensión globalizada de eternidad, responde una línea de Borges: *El que mira un reloj de arena ve la disolución de un imperio.*

*La Marea* Nº 7, primavera de 1996.

**Ricardo Cámara** es escritor y periodista.

## UN HORIZONTE DE AMENAZAS

ANA P. DE QUIROGA

En el mundo de la llamada "globalización", el principal problema de salud es la pobreza incrementada, y una de las mayores causas de patología mental es la carencia de perspectivas y de proyecto. Asistimos a una nueva forma de "malestar de la cultura". Si el sujeto es devaluado como productor, tiende a la pérdida de la autoestima, a la desconfianza, a la violencia en las relaciones interpersonales. Los grupos son buscados como espacios de preservación del yo, de la identidad y el pensamiento: en los grupos, la experiencia puede ser compartida, nombrada, procesada y simbolizada. Pero las crisis no implican sólo vacío y fragilización. También abren la puerta a nuevas formas de conciencia e interpelación de la realidad, formas que en su riqueza y multiplicidad emergen hoy en toda la Argentina.

El movimiento contradictorio entre disgregación y solidaridad, tan intensamente presente hoy en la escena social, requiere, a mi entender, ser analizado en el interior de una situación que caracterizamos como *crisis*.

Aislamiento, indiferencia, encierro en la propia piel, en los propios pensamientos, o apertura, disponibilidad para la identificación, encuentro en y con los otros, no se agotan en el sujeto, nos remiten no sólo a lo vincular, sino al plano más abarcativo de las relaciones sociales. Esto nos habla de la historicidad de estas conductas. Y de su doble carácter: el de ser determinadas por las condiciones concretas de existencia de los sujetos de un orden social y, a la vez, de la posibilidad de éstos de operar en

esas condiciones concretas, en función de su afianzamiento o de su transformación.

Hemos caracterizado la situación actual como crisis. Al reflexionar hoy sobre situaciones de crisis nos encontramos con una paradoja: crisis es debilitamiento o ausencia de *referentes*. Pero la crisis económico-social que da forma a nuestra cotidianidad, por su intensidad y magnitud, parece haberse transformado en un *referente universal*, omnipresente y a la vez abstracto. Se ha convertido en *la crisis*, que todo lo justifica y explica. Corremos así el riesgo de *naturalizarla*, que sus causas y esencia se oscurezcan aun más, cayendo en una alienante familiaridad con la crisis. Esto sería antagónico a las posibilidades de conciencia, posicionamiento activo y búsquedas de resolución.

Por ese riesgo de *vaciamiento* de sentido querría aportar a pensar las situaciones de crisis y su relación con procesos de disgregación y solidaridad desde un enfoque que reconozca su multiplicidad y sus especificidades.

Cuando en nuestro país, en nuestro continente, hablamos de crisis, cabe preguntarse: ¿crisis de qué o de quién? ¿Crisis de las relaciones sociales y económicas? ¿Crisis de la organización productiva? ¿Crisis en los valores, los ideales, en los sistemas de representación social? ¿Crisis en los sujetos y en sus formas de vinculación, de representación del mundo?

Y más aun: ¿las crisis sociales, implican necesariamente crisis del sujeto? Y si así fuera, ¿en qué aspectos y por qué? ¿Qué tipo de conductas pueden ser promovidas por crisis de esta naturaleza?

Estos interrogantes conciernen a distintos órdenes de fenómenos: relaciones sociales, subjetividad, formas de vinculación y organización, significación de las instituciones. Estos órdenes están articulados por relaciones de reciprocidad, interpenetrados, siendo a la vez irreductibles unos a otros, dotados de leyes propias.

¿Qué se entiende por crisis? Se asocia crisis con ruptura, discontinuidad, desestructuración de un orden previo. Una forma preexistente tiende a desaparecer y a la vez no se define o estabiliza una nueva forma. Crisis es desorden, inestructuración,

tránsito. Enfatizaría los rasgos de ruptura, proceso, discontinuidad, para señalar la vinculación esencial entre subjetividad y crisis. El hombre, en tanto sujeto de la necesidad y de la praxis, por su relación dialéctica con el mundo, por la transitoriedad de todo equilibrio, es un ser a cuya esencia hace el movimiento. Es sujeto histórico y en consecuencia sujeto de las crisis y sus elaboraciones. El psiquismo se configura como movimiento de desestructuración-estructuración. Ese movimiento permanente, ese "inacabamiento" que marca a la subjetividad y le da vida, remite a la vez a la *necesidad de sostén en una estructura estable*. Se define así una función de los vínculos, los grupos, las organizaciones y en particular el orden social, los que por su permanencia relativa operan como apoyatura y condición de posibilidad del psiquismo.

La crisis social, crisis objetiva, constituye un momento particular del desarrollo de las contradicciones inherentes a un sistema. Lo caracteriza una máxima tensión en el antagonismo de esas contradicciones.

En la crisis social se da un movimiento acelerado en las instituciones, lo que puede ser vivido como caducidad súbita o extinción. Y esto, ¿qué significa para los sujetos que sostienen y a la vez se sostienen en esas relaciones? El peligro de una pérdida masiva de referentes, la ausencia de ese encuadre fundante: el orden social. Así la crisis social es también perturbación subjetiva, conmoción, y desde allí puede ser, con modalidades específicas, crisis del sujeto.

¿Por qué conmoción, pérdida de referentes? Porque desde nuestro registro subjetivo, aquello en lo que nos apoyábamos y orientaba, que formaba parte de nuestro ser en el mundo y del ser el mundo para nosotros, se experimenta como insatisfactorio o destruido. Domina una vivencia de extrañeza.

El registro de una situación como crisis implica una inestructuración del campo cognitivo, lo que genera sentimientos de privación y desinstrumentación potenciados por una distancia creciente entre necesidades y la satisfacción de las mismas... Vacío, incertidumbre, desestructuración, conducen a uno de los rasgos más dolorosos del registro de una crisis: nos referimos a

las vivencias de confusión; con ellas se intensifican sentimientos de vulnerabilidad, de "estar a merced de los acontecimientos", de soledad.

Si en ese acontecer crítico el sujeto no visualiza o elabora un proyecto desde donde *posicionarse*, el tránsito y la ambigüedad que toda crisis implica aparece como un presente vaciado de contenido, ante un futuro inexistente. Surge la posibilidad de melancolización y parálisis, de quedar atrapado en la fantasmática de la destrucción. Esto, en nuestro país, se ve favorecido por la historia social reciente, marcada por el terror, por gigantescas pérdidas nunca esclarecidas, por duelos no elaborados, a lo que se sumó la anomia del período hiperinflacionario.

No podríamos profundizar en el interrogante que nos convoca: lazos sociales, disgregación-solidaridad, sin identificar algunos rasgos particulares que hacen a la esencia de la situación de crisis que atravesamos.

En las últimas décadas se ha producido un salto cualitativo en el desarrollo tecnológico, lo que se expresa no sólo por las transformaciones en tecnología, su vertiginoso ritmo de emergencia y su rápida obsolescencia. Representa una potencialidad inmensa de crecimiento en todos los órdenes de la vida: la producción de bienes, la salud, la investigación en distintos campos del conocimiento.

Pero a la vez ese desarrollo tecnológico agudiza la contradicción fundamental del sistema capitalista: la que se da entre el carácter social de la producción y su apropiación privada. Esto provoca que, según los datos de la OMS, a sólo 4 años del plazo dado en el Acta de Alma Ata: "Salud para todos en el año 2000", la pobreza, incrementada en el mundo, sea el principal problema de salud en el planeta, y la carencia de perspectivas y de proyecto uno de los principales factores de patología mental.

Asistimos a la intolerable paradoja de que contando con ese inmenso potencial productivo, es cada vez mayor la población que, aun en los países metropolitanos, no alcanza a cubrir las necesidades básicas, a la vez que crecen los índices de desocupación, asumida ya como "estructural".

Las autopistas informáticas conviven con la desnutrición, el cólera, el aislamiento, la fragmentación subjetiva y social, las adicciones...

La llamada "globalización" y su contracara, la regionalización, no es, como su discurso la presenta, un desarrollo natural en la historia de la humanidad, ni "el único mundo posible". La unificación de los mercados no se da bajo el signo de la cooperación, la homogeneización y la armonía. Significa, por el contrario, una competencia despiadada entre países y monopolios. En esa competencia triunfan los más poderosos, en una creciente concentración de riqueza. Esto genera el desmantelamiento de la producción en los países periféricos y la superexplotación de su mano de obra, con el mencionado incremento de desocupados y subocupados.

La competitividad, como exclusión o destrucción del rival, queda consagrada como un valor fundamental del "nuevo orden mundial".

Se instala —aun en el seno de la opulencia— una situación de *escasez* de trabajo, de bienes, configurándose socialmente un horizonte de amenaza.

Asistimos a una nueva forma de "malestar en la cultura" signada por la tendencia a la significación negativa del otro, en tanto fuente de peligro, rival. Esto se articula con el riesgo de desinserción social que plantea el desempleo y el debilitamiento subjetivo que implica la pérdida real o potencial del trabajo, en tanto éste significa una relación sujeto-realidad, que es estructurante del psiquismo.

En el plano de las ideologías concurren y se potencian, para generar la disgregación, ese malestar en la cultura, la exaltación del individualismo, la fragmentación, la resignación y el escepticismo que con distintos matices enuncian el actual discurso neoliberal, algo alejado del triunfalismo inicial, y el de la post-modernidad.

Cuando en un orden social se incrementan las condiciones objetivas para la carencia y se instala la amenaza de exclusión y el incentivo de la rivalidad se deteriora el tejido social. Si el sujeto es negado o devaluado en su función esencial de produc-



tor, tiende a darse un impacto subjetivo que se expresa en la pérdida de la autoestima, la desconfianza, la cosificación de sí y del otro, creciendo la violencia en las relaciones interpersonales y el rechazo de las diferencias.

Al potenciarse las vivencias de inseguridad e incertidumbre, de pérdida y ataque, el monto de confusión y ansiedad fragiliza el necesitado sentimiento de fortaleza yoica, de seguridad básica. Esto puede constituirse en un obstáculo para la identificación madura, el encuentro con el otro en tanto semejante y diferente. Se vulnera así nuestra capacidad para la inquietud, nuestra preocupación por el otro, uno de los fundamentos de nuestra condición ética y basamento de la construcción de lazos sociales solidarios, redes grupales que operan como sostén del ser y sustento de la identidad.

La contradicción entre dispersión, fragmentación y nueva construcción de redes identificatorias, de lazos solidarios, se agudiza hoy en la escena social, por eso los grupos son buscados como espacios de preservación del yo, de la identidad y el pensamiento. Son necesitados como ámbitos de elaboración de ansiedades y en ellos la experiencia puede ser compartida, nombrada, procesada y simbolizada.

Emergen y se multiplican grupos que permiten involucrarse y sostenerse en un proyecto vital, trascendente.

Y esto ha sido una constante de la historia. En tiempos recientes en nuestro país, sucedió con el terror de la dictadura, el exilio y la migración. En la desintegración social de la hiperinflación, surgieron grupos que asumiendo un protagonismo histórico, desarrollaron creativamente nuevas formas de organización. Bajo la represión su tarea fue develar lo oculto, romper el mandato de silencio y sometimiento impuesto por el poder. Su paradigma: las Madres de Plaza de Mayo.

Las crisis no implican sólo vacío y fragilización. Son también, en tanto ruptura de lo cotidiano, posibilidad de nuevas formas de conciencia, de interpelar la realidad. Y en este interpelar lo cotidiano, los proyectos vitales, nuestra modalidad de relacionarnos y de posicionarnos en el mundo, el trabajo grupal, y nuestra inserción en él tiene la posibilidad de trabajar en la cons-

trucción de una conciencia crítica —criterio de salud— elaborando aun en las vicisitudes de la alienación y el encuentro, nuevas formas de organización y de protagonismo social, formas que en su riqueza y multiplicidad emergen hoy en todo el territorio nacional, como en Cutral-Có o en Ezeiza, donde los vecinos impidieron el tendido de líneas de alta tensión.

Esto requiere no sólo un trabajo en el plano de los vínculos. Implica una tarea reinterpretativa acerca de las representaciones sociales, de la historia, de las ideologías. Implica atreverse a confrontar los discursos hegemónicos del único mundo posible, con la posibilidad y la esperanza de un proyecto de cambio social que permita el desarrollo pleno de la existencia humana.

*La Marea* Nº 7, primavera de 1996.

## ANEXO

Agosto de 2000

El nuevo orden mundial difunde un mensaje insistente: en esta etapa de arrolladora expansión triunfante, el sistema capitalista, bajo el ropaje de la democracia liberal, sería el corolario inevitable de la historia. Irreversible destino de la humanidad y culminación de su evolución ideológica. El mensaje descalifica todo otro proyecto social, particularmente el impulsado por las revoluciones socialistas, que en el mero hecho de las derrotas sufridas pondrían de manifiesto su inviabilidad.

Este discurso, inaugurado con aquel anuncio triunfal del fin de la historia y la extinción de sus conflictos, será el entramado en el que se entretendrá el discurso universalizante de la globalización con los discursos ideológicos sobre “el fin del trabajo”, “el paradigma tecnológico” y “el horror económico”. Es un contundente mensaje de acatamiento, sostenido en hechos objetivos aun más contundentes, ya señalados.

No podemos decir que el nuevo orden avanzó sin resistencia, pero desarrolló una formidable gesta de conquista y expansión,

sometiendo a pueblos, profundizando la miseria y ahondando la indigencia, creando condiciones para la fragmentación social y subjetiva, instalando en el mundo un horizonte de amenaza. Un terror de inexistencia surge ante la desinserción social y la precarización del trabajo, que precariza la vida entera de la sociedad.

Esto se expresa en movimientos de aislamiento, de fractura de lazos solidarios, de alteración de los procesos de identificación y de encuentro con el otro, lo que es esencial tanto para la fortaleza y desarrollo subjetivo como para la posibilidad de crecimiento social.

El imperialismo, protagonista de esta ofensiva, presenta a éste como "el único mundo posible", implementando una estrategia de impotenzación, de escepticismo, de ausencia de proyecto.

Hace poco, con diferencia de minutos, la TV de Buenos Aires transmitió dos mensajes. Uno del escritor Mario Vargas Llosa, quien decía: "La globalización es como la ley de gravedad, un hecho inevitable. No podemos levitar, así tampoco puede retroceder la globalización. A la vez ella nos permite elegir patria, religión, cultura. La globalización es sinónimo de libertad". Minutos después, una cámara instalada en el corte de la Ruta 34 mostraba a una mujer de mediana edad que afirmaba: "Como madre los convoco a luchar, porque esta es una causa justa". Algunos días después, en Mosconi, ante la inminencia de la represión, una mujer como aquella dice: "No tengo miedo de estar en la ruta pidiendo un trabajo digno, de lo que tengo miedo es que mis hijos entren en la droga, sean alcohólicos o que mi hija tenga que volverse prostituta". Otra gritaba: "Prefiero morir para que mis hijos coman". Un hombre, en pleno ataque de la gendarmería, con su voz enronquecida por los gases, la furia y la desesperación, hacía este llamado: "No quiero morir, quiero trabajo". Estas actitudes y palabras están lejos del acatamiento. Denuncian la perversión de un sistema social ante el que se rebelan y desmienten su irreversibilidad, dejando al desnudo su esencia opresora y degradante de la condición humana que se mistifica en el seductor discurso de la "globalización", esa supuesta libertad.

Estas nuevas actitudes ligadas a la dignidad, la esperanza y a la lucha, con sus innovadoras formas de presencia social nacidas del reconocimiento y de las necesidades, nos hablan de sujetos que se resisten a ser condenados a la inexistencia, a la insignificancia, por este orden de devastación. Lo rechazan como único mundo posible, en los hechos y en la conceptualización. Demuestran que la historia no ha llegado a su fin, ni que el conflicto se ha extinguido, porque esa extinción sería la de millones de seres humanos.

Hechos objetivos muestran la eclosión de una profunda crisis del sistema capitalista, imperialista. Ésta se preanunció en 1995 en México, haciendo temblar a Wall Street y dando por tierra con el plan económico de Menem-Cavallo. Pero estalla conmocionando al mundo en 1997 en el sudeste asiático y Japón, manifestándose luego en Brasil y en otros países.

La contradicción entre producción social y apropiación privada, esencial al sistema capitalista, no sólo no es conjurada por la unificación de los mercados, las grandes fusiones y la superexplotación y pauperización de millones de seres humanos. Por el contrario, continúa el descenso de la tasa de ganancia, y en tanto se multiplica la capacidad productiva decrece día a día la posibilidad de consumo. De los seis mil millones de habitantes del mundo, mil trescientos millones viven con menos de un dólar por día, y dos mil ochocientos millones con menos de dos dólares diarios.

Si comparamos el triunfalismo de los anuncios de instalación del "nuevo orden" con su realidad actual, veremos que si en 1992 la relación entre países ricos y pobres era de 72 a 1, en 1996 esa distancia había crecido hasta 727 a 1.

Nuevos comportamientos surgen ante la crisis. Allí donde hubo silencio desesperado hoy hay palabra que exige ser oída. Las experiencias límite vividas en distintas partes del mundo, de las que nuestro país nos da ejemplos frecuentes, sustentan la decisión del sujeto reparadora, en tanto fortalece su psiquismo de no continuar un día más en el sometimiento y la incertidumbre. Muchos, entre los hasta ayer devastados en su subjetividad, rechazan el lugar que les adjudica el sistema capita-

lista en este momento de crisis. Hoy asumen la condición de victimizados ya no en términos de *excluidos*, sino de *despojados*. Lo que en algún momento fue retracción, vergüenza, marginalidad, culpa ante la desocupación, es ahora indignación, conciencia de oprobio. Se da por tanto un nuevo posicionamiento en la escena social, con un tránsito más rápido o más lento de la autopercepción de desocupado o explotado victimizado, a una nueva autopercepción: la de ser sujeto grupal de poder, sujeto social de poder. Se transita de la impotencia a la comprensión de la propia significación subjetiva y colectiva. Lo compartido, la superación de la fragmentación, los nuevos procesos identificatorios, sostienen la posibilidad de acción y simbolización, de análisis precisos y de pertinencia en el hacer.

Surge una nueva forma de poder que emerge de la lucha. Es creación colectiva que recoge y procesa una larga experiencia popular y de clase. Por eso hablamos de *sujeto grupal o social de poder*. Es un poder asentado en prácticas y tramas relacionales en tanto propiedad y construcción común. Los liderazgos y la delegación son transitorios, funcionales y por tanto revocables.

Asistimos a una recreación de la relación representante-representado, fracturada duramente por la traición al mandato a lo largo de tantos años de procesos electorales. El representante, el delegado, es sólo intermediario, se refiere y remite al colectivo, y esa relación se da como un fluir con hegemonía de los representados. Así fue en Tartagal, en Mosconi y pocos años atrás en Cutral-Có y Jujuy. El poder está en el piquete, en el pueblo, en quienes protagonizan la lucha, en los que son capaces de identificar sus necesidades y organizarse en el reclamo. Ese poder, todavía incipiente e inestable, y la forma de ejercerlo habla de rasgos subjetivos y de aprendizajes sociales, a la vez que de una recreación superior del tejido social; planteamos esto como tendencia, inexistente diez años atrás.

El poder arrollador del sistema capitalista no ha entregado sus banderas, sigue siendo hegemónico, mantiene la ofensiva y da batalla militar o económica allí donde considere afectados sus intereses. Pero el período de desarrollo inaugurado con los dis-

cursos del fin de la historia y de la globalización no ha conseguido ahistorizarse. Esto es, no ha logrado instalarse como único mundo posible ni como orden irreversible.

Hemos señalado algunas de las contradicciones que lo conmocionan interiormente, así como la emergencia de nuevos movimientos de lucha que ahondan esas contradicciones y abren la esperanza en los millones de mujeres y hombres que en distintas partes del mundo comienzan nuevamente un proceso de recuperación de su identidad, reconociéndose en su condición de protagonistas de la historia.

**Ana P. de Quiroga** es psicóloga social y Directora de la Primera Escuela Privada de Psicología Social fundada por el Dr. Enrique Pichon-Rivière.

## SUBJETIVIDAD EN EL FIN DE SIGLO

LUCILA EDELMAN Y DIANA KORDON

Las condiciones materiales y los discursos sociales son texto mismo de la subjetividad. Esto significa considerar los afectos, ideas, significaciones, deseos, patologías, síntomas, síndromes, estructuras defensivas y fantasías de cada sujeto, en relación con la trama interpersonal en la que está inserto y de acuerdo a las condiciones sociales en las que vive. Buena parte de las patologías de nuestra época reconocen —además de los factores preexistentes de estructura de personalidad, vínculos familiares y disposición biológica— la incidencia de la situación social.

Señalamos como factores abarcativos el sistema económico-social, la violencia ejercida por el poder, la imposición de la ideología hegemónica a través de un proceso alienante. En nuestro país es obvia la importancia del traumatismo inter y transgeneracional producido por el terrorismo de Estado y la impunidad, así como del agravamiento de la situación económica para las mayorías. Igual importancia tienen las modificaciones en la subjetividad, producidas en los últimos años por los cambios en las formaciones económico-sociales en el mundo, que han generado desilusión y escepticismo respecto a la viabilidad de un proyecto colectivo de cambios sociales revolucionarios. Esto se ve reforzado por la inducción a considerar que el capitalismo es la única sociedad posible y por el bloqueo de un análisis crítico retrospectivo de tales hechos.

Los conceptos de salud y enfermedad mental son productos

sociales. Cada época tiene sus propios criterios de evaluación de la salud mental y favorece determinadas patologías. Por ejemplo, bulimia y anorexia se encuentran hoy entre las patologías más frecuentes entre la población joven, pueden comprenderse como formas específicas actuales de la histeria, o vinculadas a una estructura narcisista más primaria.

Al margen de esta evaluación específica, no es indiferente, tanto en su forma como en su amplitud de manifestación, el peso con que el ideal del modelo social hegemónico —expresado en una imagen de supuesta perfección— incide en un movimiento regresivo del psiquismo hacia el polo narcisista y omnipotente. Es decir, en un desplazamiento del predominio (en el funcionamiento psíquico y en relación a los ideales) de un polo que tolera la demora en el cumplimiento de las expectativas, reconociendo por ende la existencia del tiempo y pudiendo acotar y definir esas expectativas con mayor o menor flexibilidad (polo del *ideal del yo*), hacia un polo que da por cumplidos los ideales de perfección respecto del sí mismo como premisa (polo del *yo ideal*).

Mientras aumentan las exigencias, se han perdido conquistas sociales logradas a través de muchos años de lucha. Esto es vivido como una pérdida de la función protectora del Estado en cuanto a garantizar las condiciones de vida de las personas, produciendo indefensión en el plano material y social.

Consideramos, por otra parte, que el Estado cumple además una función de metaorganizador del funcionamiento psíquico individual y grupal, como apuntalador y garante simbólico. Interviene generando representaciones sociales que constituyen hitos identificatorios para los grupos sociales y para los sujetos. Existe una relación recíproca entre unos y otros aspectos, que determina que la indefensión material tenga también su correlato en la indefensión psíquica.

Dado que la pertenencia social requiere la adscripción del sujeto a ideales, modelos, hábitos y normas colectivos, los cambios actuales y el discurso social dominante afectan los niveles de pertenencia social.

Los sujetos requieren de la pertenencia a los grupos sociales



y a las instituciones para mantener la vivencia de continuidad de sí mismos. Este vínculo es, simultáneamente, un vínculo de necesidad y un vínculo libidinal. La pertenencia social reconoce una tensión permanente entre un polo fusional, indiscriminado, vinculado a las identificaciones primarias, y otro polo de pertenencia diferenciada, en el que hay un reconocimiento de la alteridad, vinculado al proceso secundario y de carácter simbólico, en el que se mantiene la capacidad crítica. La indefensión y la alienación simultáneas tienden a que el sujeto sea, cada vez más, objeto pasivo.

En trabajos anteriores hemos analizado la importancia de la respuesta social organizada como instrumento de desalienación y de recuperación del sí mismo. Ésta incide, no sólo en relación a las personas que participan directamente en ella, sino que actúa también como referente identificatorio para otros sujetos, grupos e instituciones.

Reconocemos la existencia de un conflicto permanente entre los modelos e ideales sociales —inducidos principalmente a través de los medios de comunicación— y la imposibilidad de acceder a ellos por las condiciones concretas que la realidad impone. Sin embargo, la existencia de este conflicto es omitida frecuentemente por la crítica ideológica al consumismo, aun cuando suele denunciar los ideales colectivos que éste propone.

Tanto por la identificación con los ideales y modelos dominantes, como en la contradicción entre éstos y las condiciones sociales concretas, podemos comprobar la importancia que tienen algunas patologías actuales.

## **El campo de lo laboral**

Si analizamos las consecuencias de la desocupación, hay que tener en cuenta que junto a la incidencia directa de este fenómeno objetivo (no poder resolver la autosubsistencia o la subsistencia de la familia en condiciones dignas), se produce también la incidencia de las representaciones sociales hegemónicas en la subjetividad. Representaciones que responden a un discurso

alienante, que encuentra correspondencia con las fantasías más primitivas.

La desocupación produce un desapuntamiento masivo con la consecuente crisis de identidad. Concebimos la identidad como el conjunto de representaciones y la valoración que un sujeto posee de sí, que le generan un sentimiento de mismidad y le permiten mantener en el tiempo la cohesión interna. Nuestro psiquismo está apuntalado permanentemente en los grupos, en las instituciones, y a través de éstos, en la sociedad en su conjunto. Este apuntalamiento no sólo hace al proceso de formación de la identidad personal, sino también a su sostenimiento a lo largo del tiempo. Con la pérdida del trabajo se pierde un espacio, un hábitat, un límite y una contención en el tiempo, un grupo o una institución de pertenencia con sus reglas y normas. La pérdida del trabajo produce, entonces, una pérdida del apuntalamiento en el grupo y en la sociedad en su conjunto.

Por otra parte, como ya hemos dicho, la sociedad ha debilitado su función metaorganizadora al no ofrecer mecanismos de protección sustitutos del desapuntamiento sufrido.

La crisis que produce este desapuntamiento tiene un curso específico. En toda crisis, el registro de lo que se pierde puede superar la expectativa de lo que se va a lograr, debido a la incertidumbre siempre presente. En este caso, el principio de realidad indica que difícilmente se recupere un trabajo, en consecuencia, la vivencia de angustia catastrófica referida al futuro se corresponde con el principio de realidad. El sujeto será un desocupado para siempre, o alternará períodos de ocupación con períodos de desocupación. El principio de realidad concuerda y refuerza, así, fantasías de pérdida catastrófica que nos habitan a todos.

Y en el caso de los jóvenes que sencillamente no pueden ingresar al mercado laboral, se produce una falla, un déficit en la constitución del apuntalamiento en el cuerpo social. Extrapolando, diríamos que ésta es una **enfermedad de la desesperanza**.

La indefensión se asocia a la vivencia de quedar reducido a

la nada por pérdida de la posibilidad de pertenencia, de ser reconocido y necesario en un conjunto inter y transubjetivo. El otro, en cuyo deseo se ha perdido todo lugar, está representado por la sociedad en su conjunto, pero mediatizado también a través de las figuras y microconjuntos significativos de la vida cotidiana. Esto nos remite a las vivencias de desamparo, a la angustia de no asignación, de no tener un lugar en el mundo, y resulta en una **patología de la incertidumbre**.

Dicho en otros términos, queda afectado el contrato narcisista al no encontrar el sujeto, las familias o los grupos su libidinización por parte del cuerpo social. Éstos quedan atrapados en el conflicto entre su pertenencia a una cultura de la cual no reciben reconocimiento y la imposibilidad de dejar de pertenecer a la misma.

### **Pérdida del trabajo y pérdida de la autoestima**

En tanto aspectos importantes de la identidad personal están vinculados al trabajo, aspectos del sí mismo se perderán si hay pérdida del trabajo. La crisis de identidad ocurre a nivel personal, pero cuanto más en aquellos grupos en los que la pertenencia a una empresa (particularmente a una gran empresa importante para la representación de Nación) era tenida por emblemática. En estos casos, la pertenencia se convertía en una aspiración colectiva, adquiriendo lo emblemático una dimensión transubjetiva. Ser ferroviario, ser de YPF, por ejemplo, tenía un valor emblemático en cuanto a definir una parte de la identidad personal. Además, cuando el cierre de una fuente de trabajo implica la agonía de las poblaciones creadas a su alrededor, la pérdida no sólo es del trabajo, sino también de los otros referentes identificatorios inmediatos.

La desocupación produce una caída en la autoestima, caída que puede manifestarse clínicamente como depresión. En esto interviene no sólo la pérdida del nivel de vida, sino también un discurso social que culpabiliza al desocupado directa o indirectamente de su situación. "No tiene conocimientos técnicos, no se

ha actualizado, es mayor de 40 años, no tiene suficiente experiencia: no tiene condiciones de competitividad". Se oculta que ninguna de estas "razones" tuvo que ver con la pérdida laboral como resultado económico.

Desde el punto de vista del sujeto, se induce la reducción del espacio de pensamiento crítico frente al discurso alienante, que lo hace, paradójicamente, responsable de la carencia. Esto porque la indefensión favorece también la alienación, la asunción de los ideales y modelos hegemónicos, al reforzar la necesidad de apoyo en un soporte externo.

Al haber perdido lo necesario y deseado, el sujeto se ubica en situación de minusvalía por la imposibilidad de cumplir con los requisitos enunciados. No hay una distancia tolerable entre el *yo* y el *ideal del yo*.

Los problemas señalados inciden en la estructura de roles familiares, afectando o desdibujando la función paterna, los sistemas de protección y puesta de límites hacia los hijos, invirtiendo los roles de la pareja parental. Se alteran así valores tradicionales de nuestra cultura. Los hijos pasan a saber que no hay garantía de subsistencia a través del trabajo.

¿Cuánto afecta esto a la caída de los padres como modelo? ¿Cuánto interfiere en la conformación del *ideal del yo*, es decir, de aquello que se aspira a ser, que funciona como una meta? Aunque éste configure un punto de referencia que está más allá de una imago, más allá de una persona concreta en la cual sostenerse, la identificación apoyada en el *ideal del yo* posibilita a cada sujeto una relación con un conjunto de insignias y no sólo con un personaje. Algunos modelos, como el estudiar y trabajar, que pueden constituir bases de expectativas de padres hacia hijos, para las generaciones más jóvenes pueden carecer de sentido, no sólo por estar éstos en un período de transición, sino porque lisa y llanamente no aparecen como viables para un proyecto de vida. Por lo tanto, lo que sería la "patología adolescente normal"—con sus crisis de oposicionismo y lenguaje de acción— corre el riesgo de cristalizarse por efecto de las condiciones macrocontextuales.

Creemos que, si bien ideales hay siempre, y que unos ideales

pueden ser sustituidos por otros en diferentes momentos históricos, la situación que analizamos tiende a producir una *disevolución* en el eje *yo ideal-ideal del yo*. Es decir, que en esta polaridad tiende a predominar el polo del *yo ideal*. Se facilitan de esta manera, particularmente en los hijos, las conductas omnipotentes, la falta de límites, la irrupción de la violencia familiar e interpersonal. Está comprobado el incremento de la violencia como fin en sí mismo en las sociedades con desocupación de larga data, violencia cuyos actores son cada vez más jóvenes.

Por eso creemos que la atracción por situaciones límite o personajes límite, como los que aparecen en algunas películas actuales, que matan o torturan sin culpa, mientras comparten las aspiraciones medias de la propuesta consumista, no pueden ser explicados sólo a partir de una interpretación intimista, con la mirada puesta en la estructura familiar o en la particular constelación edípica de los personajes. Es necesario incluir en el análisis una falla en la cadena de sustituciones de los ideales que se transmiten socialmente.

### **Condiciones de trabajo hoy: inducción a la sobreadaptación**

En los problemas psicológicos relacionados con el trabajo, encontramos con frecuencia patologías en las que predomina una tendencia a vincularse con exclusividad al trabajo. Entre éstas están las **patologías del orden de la sobreadaptación**. La persona se propone acceder al cumplimiento de requerimientos que guardan excesiva distancia con las posibilidades del *yo*. La ilusión es que realizando un esfuerzo importante, y si se "es capaz" es posible satisfacer las expectativas a las que hay que responder. La relación que se establece entre el *yo* y el *ideal del yo* es de una exigencia tiránica por parte de este último; el sujeto debe cumplimentar al máximo el ideal requerido y, en caso de no hacerlo en esos términos, la autoestima queda seriamente amenazada.

La adicción al trabajo es un ejemplo de esta problemática. Puede comprenderse como un intento adaptativo de responder a la diámica laboral actual, a las diferentes formas que asumen los procesos de flexibilización laboral, en cualquiera de los niveles jerárquicos, que tienen que responder a niveles altos de eficiencia y de actualización, a una disponibilidad de tiempo muy superior a las ocho horas diarias incluyendo los feriados como días laborables.

Esto con un telón de fondo que amenaza la continuidad misma del empleo, ya sea por pérdida directa de la fuente de trabajo, o por la irrupción de nuevas camadas ya adaptadas y entrenadas para las nuevas formas de superexplotación, que indican como señal premonitoria también la futura pérdida del trabajo. Todo esto acompañado de un discurso social que pone el énfasis en afirmar que la capacidad personal es la que garantiza el mantenimiento de la fuente de trabajo.

El sujeto dedica todo su tiempo, interés y esfuerzo a cumplir con las exigencias laborales y cualquier falla es vivida como un fracaso, fracaso que muchas veces es corroborado por la realidad. Se produce lo que en otra época podría haberse definido como una conducta de sobreocupación, implementada como mecanismo de defensa frente a la angustia fóbica y/o narcisista del tiempo libre. Se induce así al sujeto a desplazar toda su energía psíquica y a asegurar su adaptación social mediante una sutura del espacio de diferencia sujeto-grupo o institución. La identidad por pertenencia es reforzada, casi, diríamos, requerida como condición. No existe ni virtual ni fácticamente un adentro-afuera. El tiempo diario de trabajo termina cuando termina la tarea que debe realizarse y si no es posible, en algunos casos la persona debe continuar trabajando en su casa. De esta manera el límite elemental, las categorías adentro-afuera, día-noche, quedan eliminadas. El patrón de eficiencia se rige según tarea y objetivos cumplidos en tiempos prefijados, independientemente de las garantías y posibilidades individuales o grupales.

En algunos casos, *el sujeto es la empresa*, debe estar identificado con los emblemas y la ideología institucional, aunque

casi siempre esto exija la alienación del propio pensamiento, de las propias ideas, bajo la excusa de eficiencia técnica.

Estas condiciones alienantes en la relación laboral se expresan en un malestar e inseguridad permanentes. La autoestima depende más y más del reconocimiento externo y la fantasía de hacerse acreedor más "seguro" a ese "amor" que sustraiga de la indefensión, activa el síntoma adictivo crecientemente. La satisfacción momentánea por un logro es seguida rápidamente por el temor. El vínculo sujeto-grupo, sujeto-instituciones, adquiere un carácter tiránico y adhesivo.

En otros casos, en cambio, particularmente en algunas industrias, se procura aprovechar la creatividad grupal, haciendo que, simultáneamente, funciones de control sobre los trabajadores, antes ejercidas directamente por estamentos superiores de la empresa, sean transferidas al grupo de trabajo. Esto tiende a estimular la competitividad, disminuyendo la solidaridad y produciendo importantes cambios a nivel de los valores y de los vínculos intersubjetivos.

Siendo los valores fundamentales competencia y eficiencia, se induce a abandonar las actitudes de lealtad hacia los compañeros de trabajo. La hipocresía se considera como habilidad en la adaptación a la realidad. Esto es productor, a su vez, de nuevos desapuntamientos, ya que los cambios imprevistos en la actitud del otro operan como un nuevo desapuntamiento, que cuestiona al sujeto en aspectos de sus valores y de su identidad.

Avanzando hacia una relación exclusiva con el trabajo, que es vivido como objeto único libidinizado, el sujeto, dependiente y esclavo, acentúa el conflicto ambivalente entre la inducción al sometimiento y la hostilidad que esto produce. La agresión suele volcarse en el ámbito de los vínculos familiares y afectivos más cercanos. La estructura familiar se modifica en cuanto a sistema de roles, a la intersubjetividad y a la relación con el conjunto transubjetivo. Predomina la fantasmática de castración. Los "miembros" no se reconocen entre sí en sus funciones de protección y apuntalamiento recíproco. Cada uno demanda, bajo diferentes formas, el retorno a un espacio apuntalador. El vínculo

tanático basado en el reproche se acentúa. En estas condiciones, el consumismo alentado por el contexto aparece —cuando es posible acceder a él— como el complemento adictivo frente a la carencia. Sin embargo, la insatisfacción no puede ser calmada y la demanda aumenta. Se pierde el aspecto de placer y reconocimiento de necesidades y deseos propios y de los otros. La regresión, así, se instala también en la dinámica familiar. El sujeto transformado en objeto queda poblado por el miedo y la ansiedad. Pierde la capacidad de libidinizar otros objetos. Sin poder reconocerse a sí mismo, no reconoce ni es reconocido por sus figuras significativas. Una parasitación sólo reconocible en sus efectos angustiantes invade la subjetividad, los hábitos, la vida cotidiana.

En estas condiciones resulta muy difícil proponer, a un paciente que ha desarrollado una adicción al trabajo, la posibilidad de abrir un espacio lúdico en su vida o suponer que puede resolver una modalidad de conducta de sobreocupación sin quedar sometido a la angustia.

Las condiciones de inseguridad laboral y en consecuencia, de falta de garantías para la supervivencia, que favorecen la sobreadaptación, conducen frecuentemente a la producción de patologías, en las que predominan los sentimientos de angustia, indefensión, inseguridad, y que pueden llegar en algunos casos a la claudicación del yo. Encontramos aquí las crisis de angustia, fobias, fobias narcisistas, colapsos narcisistas con la depresión concomitante, que llegan hasta el intento de suicidio, las patologías del *stress*, el *panic attack*, las enfermedades psicosomáticas, incluida la muerte súbita. Lo que predomina es la vivencia de que no es posible para el yo responder a las exigencias, éste se declara impotente y avanza hacia la claudicación.

Estas patologías están vinculadas, en lo fundamental, a los aspectos en los que el contexto socio-cultural ha perdido su función protectora.

El mundo externo constituye un peligro real, y el incremento incesante de las exigencias para sobrevivir o para “triunfar” hace que predomine el sentimiento de imposibilidad. Se pierde la



confianza en poder afrontar las exigencias vitales, se vive el yo como carenciado y cae la autoestima.

## **El campo de la violencia**

En trabajos anteriores hemos analizado las consecuencias psíquicas y psicosociales de la represión y la impunidad y su vinculación con situaciones de violencia social. El traumatismo social producido por la represión de la última dictadura militar persiste en sus efectos durante largos años, llegando a tener consecuencias patológicas inter y transgeneracionales. Se ha profundizado el proceso de naturalización de la impunidad y se suman nuevos hechos de intimidación, discriminación y represión política y social.

La falta de sanción del crimen obstaculiza la posibilidad de definir el campo social de lo lícito y lo ilícito, llegando a afectar incluso, en el plano subjetivo, el funcionamiento del principio de realidad, imprescindible para que todo individuo pueda resolver su adaptación activa a las demandas de la realidad.

A las afectaciones producidas en las víctimas del terrorismo de Estado, en los grupos y en las instituciones, tanto en el plano personal, como en los vínculos; a las dificultades propias de elaboración de duelos que están en el límite de lo elaborable, se agregan los efectos de *retraumatización*, producto de la impunidad actual. Como parte de la situación, se induce a la falta de responsabilidad sobre los actos, y a la caída de la solidaridad como valor. Aumenta el ejercicio de la violencia y la agresión como fines en sí mismos. Hay una irrupción cotidiana de fenómenos de violencia social en hechos producidos, en primer lugar, por la policía y otras fuerzas de seguridad. Estas acciones delictivas, psicopáticas, continúan amparadas en la impunidad y en los pactos de silencio institucional en los que ésta se sostiene.

Sobre el fondo de este modelo de desamparo económico y de falta de justicia, aparecen diferentes expresiones de violencia social como patotas, barras bravas, justicia por mano propia,

hechos delictivos con un grado de violencia "innecesario" para el objetivo manifiesto. Estas patologías expresan la contracara de la omnipotencia a que nos referimos antes; es la impotencia ante un mundo que cierra la posibilidad de proyectos.

Ante esta situación de desprotección e inseguridad, de pérdida de emblemas y modelos vinculados al *ideal del yo*, se puede producir un movimiento regresivo, un fenómeno de masa que deposite el liderazgo en figuras violentas que funcionan como imágenes arcaicas y tiránicas. La inseguridad es así aprovechada por las clases dominantes para crear consenso a favor de la represión.

### **Respuestas colectivas: nuevas apoyaturas para la identidad**

Como contrapartida, se vienen produciendo gigantescas respuestas sociales que plantean discursos contrahegemónicos y nuevos ideales colectivos que operan como hitos identificatorios para amplios grupos sociales. Estas respuestas sociales tienen también incidencia en el plano psíquico. Una posición activa, implementada colectivamente en la transformación de la realidad que vivimos, juega un papel fundamental en la resolución de la crisis personal, produciendo un verdadero reapuntamiento.

Esta posición activa puede ayudar a construir nuevos apoyos, ya que el grupo, y la tarea que éste se propone en el plano de la práctica social, sirve de apoyo al psiquismo en riesgo de desestructuración. La persona no está sola, aislada, prisionera de sus fantasías más catastróficas. Hay un cuerpo grupal (sustituto de las primeras figuras protectoras) que lo sostiene, lo reconoce como parte de sí, funciona como marco de apoyatura de una identidad, otorga y asegura pertenencia frente a la indefensión, permitiéndole participar simultáneamente en un espacio creativo y transformador en relación al mundo externo. Se desarrollan nuevas capacidades del *yo* que incluyen, entre otras, la capacidad de comprender más abarcativamente la inscripción personal en

el contexto social, de aumentar la tolerancia a la frustración, de transformar la impotencia en potencia.

Por estas razones entendemos que, así como existe una relación de interioridad entre la afectación personal y las condiciones sociales, la resolución de las situaciones críticas que afectan a los individuos no puede desarrollarse con independencia del movimiento social.

*La Marea* Nº 11, otoño de 1998.

**Lucila Edelman y Diana Kordon son psiquiatras y psicoanalistas, miembros de EATIP.**

## “EL HOMBRE TIENE HOY TERROR DE INEXISTENCIA”

Reportaje a ANA P. DE QUIROGA  
por RICARDO CÁMARA

En el mundo de los psicoanalistas, los psicólogos, los psiquiatras de cualquier escuela circula en estos tiempos una apelación macabra: “¿Dónde hay un neurótico, por favor?”. El clamor alude a la virtual invasión de los espacios asistenciales por parte de sujetos cuyos padecimientos son mayúsculos y superan ampliamente los límites de la neurosis. Dicho de otro modo, la penuria material bombea estragos en por lo menos dos direcciones: hace añicos la psiquis del desocupado, triturando su identidad y sus lazos familiares y comunitarios; y desgarrá también al empleado o trabajador ocupado, a quien se le imponen nuevas formas de organización productiva que también descalabran su identidad hasta el punto de hacerla desaparecer. La evidente relación entre la subjetividad y los procesos sociales (no tan evidente, ni mucho menos, para corrientes de pensamiento que hasta ahora la ignoraban) está, pues, en estado de ebullición: las patologías deflagran en los consultorios y en los hospitales como granadas de *fragmentación*, puesto que precisamente ponen en escena un tipo de *fragmentación* social y subjetiva que todo lo invade y que golpea a las puertas de las teorías psicológicas y hasta filosóficas.

Es posible que tal devastación fragmentadora haya sido una de las causas del impresionante poder de convocatoria exhibido

en las Primeras Jornadas Latinoamericanas de Psicología Social y las Terceras Jornadas de Homenaje al doctor Enrique Pichon-Rivière efectuadas en Buenos Aires entre el 24 y el 27 de octubre de 1996.

—*¿Por qué justamente ahora se ha elegido el tema “procesos sociales y subjetividad” para realizar las Jornadas?*

—Las relaciones entre procesos sociales y subjetividad siempre han sido y son el objeto, el campo de indagación específico y permanente de la psicología social. Es decir, la psicología social aborda, con toda su complejidad, la relación entre los procesos subjetivos y un orden histórico-social, las instituciones que expresan ese orden concreto, la familia, la producción, las distintas formas de organización: grupos, modalidades de vincularse, etcétera. Procuramos indagar en el orden social histórico para explorar cómo ese orden social opera en la constitución de la subjetividad. Y a la vez indagamos cómo la subjetividad sostiene o modifica ese orden social. Este tema nosotros lo encaramos desde esta perspectiva, entendiendo que recogemos lo esencial del pensamiento de Pichon, que fue formulado quizá con otras palabras, cuando Pichon dijo que “el hombre no es sólo un sujeto relacionado, sino un sujeto producido en una praxis”, y también: “el hombre mantiene con el mundo una relación dialéctica, de mutua transformación”, y otras ideas. Pero no es casual que precisamente ahora el análisis y estudio de la relación orden social-subjetividad haya sido puesto en primer plano y retomado desde distintas corrientes de la psicología y desde otras disciplinas de las ciencias sociales. No siempre con el mismo enfoque, desde luego: los términos “subjetividad” y “proceso social” son equívocos, multívocos. No todos interpretan la relación entre ambos de la misma manera. Nosotros entendemos esa relación como dialéctica y fundante. Vemos un nexo dialéctico y fundante entre relaciones sociales, orden social-histórico (las instituciones que lo expresan, lo simbólico, las normativas, el lenguaje, las distintas prácticas que se desarrollan en el orden social) y la génesis y el desarrollo de la subjetividad.

—¿Fundante de qué manera? ¿A partir de quién?

—Si bien nosotros entendemos que un orden social no es otra cosa o no está más allá de un sistema de relaciones muy complejo entre sujetos, entendemos que los hombres se producen como tales en la producción de su propia vida material y en la generación de un orden simbólico que les da la condición de lo humano. Por lo tanto, no establecemos una equiparación entre lo subjetivo y lo social. Lo social en un plano determina la emergencia de la subjetividad y en otro plano la subjetividad sostiene y desarrolla un orden social determinado. Castoriadis, un pensador actual, entiende que el orden social es un orden histórico, con lo que nosotros concordamos. Pero al mismo tiempo dice que el orden social surge de lo que él llama el “imaginario social” que sería, en realidad, una consecuencia de la “imaginación radical” que *construye* un conjunto de *significaciones sociales centrales*, que a su vez *construyen*, dan lugar y génesis al orden social histórico. Esa “imaginación radical” surge, para Castoriadis, del sujeto. Y surge de los planos más profundos, más cerrados, más clausurados de su psiquismo, de la “mónada psíquica”, que por otra parte sería innata y sobre la que Castoriadis dice refiriéndose al psicoanálisis, que es anterior al Ello, es decir a lo más primitivo y pulsional. Esa mónada sería la generadora —a través de una serie de articulaciones que no explica— de las significaciones sociales centrales que aglutinan y dan lugar al orden social.<sup>1</sup> Esa no es una idea que nosotros compartamos. Por ejemplo, cuando Castoriadis va a explicar su idea en la sociedad esclavista, dice que la significación social central de esclavo fue la que *instituyó* la sociedad esclavista. Pasa por alto que hubo un orden social donde se generó un excedente que a su vez permitió retener al enemigo con vida y hacerlo

---

<sup>1</sup> Cornelius Castoriadis, pensador de origen griego, radicado en Francia desde 1945. Luego de romper con el trotskismo, publicó entre 1948 y 1966, junto con Claude Lafont, la revista *Socialismo o Barbarie*. En el último período se acercó al pensamiento psicoanalítico a través de su mujer, Piere Aulagnier. Publicó, entre otras obras, *La sociedad burocrática*, *La experiencia del movimiento obrero* y *La institución imaginaria de la sociedad*, todas editadas por Tusquets. También, *El psicoanálisis, proyecto y elucidación* (Nueva Visión).

trabajar en forma gratuita porque se lo podía alimentar; y pasa por alto que simultáneamente con ese proceso histórico, no antes, fue surgiendo la posibilidad de simbolizar, de nombrar, de pensar y de categorizar la situación del esclavo. Éste sería, otra vez, un debate sobre la relación entre *ser* y *pensar*. O sea que los debates epistemológicos acerca de la relación entre *ser* y *pensar* son fundamentales en psicología social. Uno hace una psicología social idealista o uno hace una psicología social que tenga en cuenta la base material de los fenómenos, considerando a las condiciones concretas de existencia como generadoras de procesos sociales, psicológicos, etcétera. Y esto es fundante en nuestra concepción.

—*Veamos alguna otra concepción, influyente en la Argentina, con la que ustedes discutan.*

—Por ahora sólo podemos expresar diferencias. Nos gustaría tener más debates abiertos. Quizá comiencen a darse después de estas Jornadas. Nos interesa y nos parece necesario debatir con aquellos que, sustentándose en su mayoría en conclusiones epistemológicas aparentemente fundadas en aportes de la física contemporánea, se presentan como portadores de perspectivas supuestamente inéditas. Frecuentemente esas teorías hacen referencia a la "teoría del caos", "las lógicas no binarias", "el azar", "la complejidad", la dialógica. Son concepciones que aludiendo a las ideas de Kuhn acerca de las revoluciones científicas y los paradigmas científicos, se anuncian a sí mismas como "nuevos paradigmas", y que constituyen el fundamento del pensamiento "sistémico" en clínica, en abordaje familiar, en el trabajo en organizaciones. Lo que se divulga hoy como "nuevos paradigmas" son ideas que discutiendo con el mecanicismo han cuestionado algunas de sus posturas claramente unilaterales y cuestionables, como las que plantean una causalidad sin azar, un orden sin desorden. Pero las corrientes sistémicas no han encarado la dialéctica entre la causalidad y el azar, entre el orden y el desorden, y son, sobre todo, agnósticas. Es decir, hacen pivote en el problema del conocimiento o puntualizan esa cuestión desde distintas perspectivas, como las que sostienen que "no sabemos

... *la realidad*", o aquellas que dicen "lo que nosotros podemos conocer no es la realidad sino determinadas formas del conocimiento humano". Es decir, retoman cuestiones centrales del pensamiento de Kant.<sup>2</sup> Como se ve, son distintos modelos de un pensamiento que tiene hegemonía o por lo menos mucha impregnación hoy y cuya influencia se percibe en posiciones constructivistas, relativistas u otras, porque hay distintos matices del agnosticismo.

—*Ustedes sostienen una posición diferente.*

—Nosotros tenemos una posición diferente, opuesta, en tanto que pensamos que si bien el acercamiento a la realidad, que es infinitamente compleja, es un proceso infinito, el conocimiento es posible. Y lo encaramos desde el eje de la práctica. O sea, nosotros sostenemos la existencia de la realidad objetiva y la posibilidad de su conocimiento, en un proceso complejo, desde luego, en el que no negamos ni mucho menos el lugar del sujeto en el proceso del conocer. No nos podríamos dedicar a la psicología si negáramos el lugar del sujeto. Estos fueron debates que, como otros, estuvieron presentes en las Jornadas. O por lo menos aparecieron posturas propiciadoras de debates que será necesario recorrer y profundizar.

—*Vinimos a parar acá cuando usted dijo que la cuestión entre procesos sociales y subjetividad está ahora en el centro de muchas disciplinas sociales y corrientes de pensamiento en psicología que antes no prestaban atención al tema.*

—Me parece que cuando mencionamos la relación entre sujeto y realidad, ser y pensar, posibilidad o no del conocimiento, origen

---

<sup>2</sup> Se refiere a la concepción kantiana de diferenciar la *cosa-en-sí* o *noúmeno*, que sería incognoscible y cuya existencia es independiente del sujeto, del *fenómeno*, que sólo puede conocerse a partir de "las formas puras" del entendimiento y de la percepción, innatas y propias del sujeto. El sujeto organiza a partir de estas "formas" el "caos fenoménico". En esta concepción se basa el agnosticismo (imposibilidad de conocer la *cosa-en-sí*) del idealismo objetivo kantiano, que ha dado lugar a diversas corrientes *neokantianas*.



de orden social, origen de lo subjetivo, implícitamente señalamos la causa de que estos debates, digamos filosóficos y epistemológicos, estén también en un primer plano, junto con las temáticas sobre procesos sociales y subjetividad que efectivamente ahora llegan a muchas disciplinas con una fuerza que antes no alcanzaban. Me parece que no es casual que esto ocurra ahora. ¿Por qué esta relación que durante tanto tiempo fue casi ignorada o subestimada por otras corrientes, ahora aparece de esta manera? Si desde distintos ángulos se afirma, con los matices del caso, que lo subjetivo *instituye* el orden social histórico, ¿qué está ocurriendo con el actual orden social que necesita, digámoslo así, ser explicado de ese modo? Este tramo de la historia, esta agudísima crisis que está viviendo el sistema capitalista, el desplome del sistema socialista, el llamado *nuevo orden mundial*, puso esta cuestión en primer plano. Y a mí me interesa destacar que no lo hizo de la mejor manera. Lo hizo a partir del descomunal monto de sufrimiento material y psíquico, el monto de padecimiento colosal al que hoy estamos asistiendo. Y esto fue lo que llevó a muchas de esas teorías que antes no se ocupaban de lo social a volverse hacia lo social e interrogar a la sociedad, como lo hizo siempre la psicología social, en torno al tema de la salud. Esto ha sido consecuencia de la crisis aquí y en otras partes del mundo. Porque fíjese que una personalidad bastante cercana a los sistémicos como puede ser el psicólogo social norteamericano Gergen, que escribió *El yo saturado*, se hace un fuerte interrogante sobre qué está pasando con la concepción del yo y el yo mismo en un mundo con esta multiplicidad de estímulos, con esta carencia en la posibilidad de procesar y entender lo que está sucediendo, con la posibilidad o no del conocimiento, etcétera. A la vez, entre nosotros, tanto los terapeutas de formación sistémica como los que tienen una formación claramente inscrita en el psicoanálisis, se interrogan por las formas en que el orden social, sus vicisitudes, impactan en la subjetividad. Y lo hacen desde situaciones que emergen y se multiplican en los espacios asistenciales, el hospital, los consultorios. Apelan a sus propias respuestas y a las que se han elaborado en otros lugares del mundo en los que cierto tipo de padecimiento se manifiesta hoy

con la fuerza de lo nuevo, interrogando a las teorías y a las clásicas clasificaciones psicopatológicas y dando lugar al ensayo de nuevas hipótesis y dispositivos. Y lo hacen con urgencia. No se trata de un plácido crecimiento teórico, por decirlo de alguna forma; trabajan con la vivencia de lo imperativo, les urge crear nuevas formas de comprensión para nuevas formas de lo subjetivo y de padecimiento.

—*La envergadura y las características que ha adquirido la exclusión social seguramente influye en estas situaciones.*

—Uno de los temas que me interesa desarrollar desde lo específico de la psicología social, pero que también se expresa en otras áreas de salud, y aun en otras no directamente vinculadas a la salud, es indagar qué efecto tiene el monto de exclusión social existente en el plano de lo subjetivo. Aquí surge el tema decisivo de los nuevos modos de organización de la producción y qué significan como ataque a la identidad no sólo la exclusión y la marginación sino esta situación de estar a merced, de ser el eslabón más débil de la cadena, cuando a la vez el obrero es, en realidad, la piedra fundamental. Y más aun al ser el trabajo la forma histórica hasta aquí vigente de conexión del sujeto con la realidad y de estructuración de su subjetividad. Todas las patologías que tienen que ver con la violencia interpersonal, con la depresión, aparecen ahora ligadas a los procesos de marginación social, y es teniendo en cuenta esta circunstancia que están siendo interrogadas en estos momentos desde distintas corrientes de pensamiento que antes no veían o subestimaban lo social.

—*¿Qué tipo de subjetividad estaría surgiendo como consecuencia de la reestructuración o crisis, como usted la ha llamado, del orden social actual?*

—Una de las cuestiones que fuimos viendo con docentes de la Escuela en la continuidad del pensamiento clínico de Pichon es esta situación en la que se multiplican y potencian al máximo las exigencias adaptativas. Lamentablemente, por las características de nuestra disciplina y nuestro objeto, la posibilidad

de hacer un análisis exhaustivo y afinado del orden social histórico está más al alcance que la posibilidad de hacer un análisis exhaustivo y afinado de las conductas y los procesos subjetivos que están emergiendo en esta etapa de crisis del orden social histórico. Nosotros teníamos una certera posibilidad de diagnóstico de lo que iba a ocurrir en el orden social desde el año 1992. Y teníamos una gran cantidad de fenómenos a investigar, pero no podíamos profundizar lo que significaban en esa época. Ahora hemos avanzado en la definición de este orden social porque me parece que groseramente este orden social mostró su cara crítica. Además, empezó a ser más factible establecer relaciones que también son de causalidad compleja, pero de causalidad, entre formas de subjetividad que emergen, formas de patología, formas de adaptación, formas de organización familiar, formas de vincularse de la gente, etcétera, y este orden social, tanto en sus aspectos materiales como en sus discursos. Por ejemplo, en el discurso de la globalización que procura legitimar esta etapa crítica del orden social. En ese marco, una de las cuestiones que vimos como fundamental fue la fragmentación social y subjetiva. Fragmentación social porque se ha registrado un debilitamiento y a veces un estallido de los lazos sociales; es decir de la posibilidad de ver y encontrar en el otro un semejante. El individualismo y hasta el discurso del "fin de la historia", incluidas las críticas que su autor, Fukuyama, hace ahora a la dispersión social (porque no se crece económicamente en un cuadro de dispersión social) ignoran que, en realidad, la dispersión social está íntimamente ligada al orden social y a los discursos ideológicos dominantes, que instalan como valor central de la época la exclusión y más aun la *extinción del competidor*. Este es un orden de escasez, en el que además existe una feroz lucha de poder, una agudización de las contradicciones en las relaciones de poder. La lucha salvaje entre los grandes monopolios termina dándose también entre los individuos. A eso llamamos fragmentación social: a la ruptura y debilitamiento de los lazos identificatorios, al rechazo de las diferencias, a la idea de que el otro, en tanto diferente, tiene que ser rechazado. Todo esto se vive como amenaza. Nosotros hablamos de un nuevo

malestar en la cultura porque aparece el otro ser humano significado negativamente. Desde luego, esto no es uniforme, no es homogéneo, hay movimientos que son contrarios a esto.<sup>3</sup> Pero después de los primeros fulgores, digamos, y a raíz de las ilusiones creadas por la caída del Muro y el discurso del fin de la historia, comenzó a legitimarse como valor central esta descarnada confrontación de un ser humano contra otro ser humano.

—*¿Sólo en la Argentina?*

—No. Fíjese que las consecuencias de esta situación tienen particularidades en distintas partes del mundo. Yo me sorprendí en 1992 en Montreal, donde llevé un trabajo sobre las relaciones entre el acontecer grupal y procesos sociales. Qué ocurría en los grupos y en las relaciones de poder en un contexto social determinado, era lo que tataba de analizar en mi trabajo. Yo enfocaba entonces la experiencia reciente en nuestro país, cómo habían afectado a los procesos sociales hechos tan contradictorios como la dictadura o la fractura de lazos sociales en la anomia de la hiperinflación. Me encontré en un panel con una gran sorpresa. Pude escuchar a Malcolm Pines, una de las cabezas de la corriente *grupoanalítica* que nació en Inglaterra y hoy se extiende a la mayoría de los países europeos, y a Otto Kernberg, una figura muy representativa en los Estados Unidos. Ambos sintetizan y recogen mucha información desde distintos grupalistas, desde distintos centros. Ambos coincidieron en su exposición con información que yo trabajaba en mi ponencia: el incremento de la hostilidad en los grupos y crecientes dificultades en la integración a los grupos. Es decir, fenómenos que yo había observado en la Argentina pero que también se daban en otros países. En ese momento yo atribuía esos hechos a la especificidad de nuestra historia sin negar, claro, la presencia de las ideas dominantes en el mundo. De modo que esta crisis se verifica en todo el mundo.

---

<sup>3</sup> Ver en este volumen "Un horizonte de amenazas".

—*Volvamos a la fragmentación social y subjetiva.*

—Bien, hay que decir que el sujeto humano para subsistir necesita del tejido social, necesita apoyar su psiquismo en una trama de relaciones. Si esa trama de relaciones se debilita o estalla, el sujeto entra también en el mismo proceso y se ve sumergido en una situación de amenaza, de estallido. Pero a la vez observamos que la fragmentación subjetiva tiene un doble carácter. Tiene un carácter de efecto, de consecuencia, por la multiplicidad de exigencias a la que es sometido el sujeto. Para responder a las exigencias múltiples ligadas a la competitividad, a la complejidad de lo tecnológico, a las exigencias de aggiornamento permanente y a la rápida obsolescencia de cualquier aggiornamento; para responder a todo esto el sujeto se ve sometido a la fragmentación subjetiva. Tenemos aquí a la fragmentación como efecto de la multiplicidad de exigencias y de la ausencia de una trama social de apoyo. Pero la fragmentación puede aparecer también como una defensa frente a la masividad de estas exigencias que son vividas como un ataque. Y entonces aparece la fragmentación con otro carácter. El sujeto niega su sufrimiento frente a la situación y hace un esfuerzo gigantesco de sobreadaptación. La sobreadaptación es quizá la patología más silenciosa y más importante de estos tiempos. Como decíamos en el discurso de apertura de las Jornadas, el sujeto hoy enfrenta un "*riesgo de inexistencia*". Se trata del riesgo más grande desde el punto de vista material y psicológico. Entonces, ante el riesgo de inexistencia, de no significatividad, de extinción, nosotros extendemos y estiramos un poco algunos pensamientos de Winnicott y lo que él llama el *falso self*, que es en realidad una forma muy primitiva, en la vida psíquica, de alienación. Nosotros repensamos la temática de la alienación con esta idea de "falsa identidad". Es decir, el sujeto asume la identidad que el opresor quiere. Se desconoce a sí mismo, se disocia de sí mismo, se fragmenta, y jerarquiza la relación con aquel que lo somete, pero que en tanto lo somete supone, en esa relación patológica, que le otorga un lugar en el mundo, supone que le da existencia frente al vacío de la inexistencia. Y así es como aparecen los fenómenos de sobreadaptación.

—¿Cómo es que se manifiesta el tema de la sobreadaptación?

—Cualquiera que haya investigado los procesos de alienación conoce que un orden opresor, destructivo, solamente puede ser sostenido cuando las creencias e ideas que impone se transforman en conducta espontánea de los sujetos. De ahí que nosotros hayamos investigado (y ahora lo estén haciendo también otras líneas de pensamiento) la manera en cómo este orden social se convierte en conducta espontánea del sujeto. Tomamos también la concepción de Wilhelm Reich acerca de que algún conflicto interno del sujeto es el que permite el anclaje de este orden social. Y en este sentido es que encontramos el *terror de inexistencia*, el terror de exclusión, frente al cual el sujeto se convierte en sujeto sobreadaptado, en sujeto polivalente, que va a responder a todas las exigencias con tal de no desaparecer. Y lo hace a un costo descomunal que no aparece tanto en su posibilidad de responder, porque esa persona es competente, sino que se verifica en la fragmentación (y seguimos con el tema de la fragmentación), en la negación de una serie de partes fundamentales de sí mismo. Una de las primeras formas de negarse a sí mismo es negar las señales del cuerpo, por ejemplo en los grandes cuadros patológicos ligados a la quiebra del sistema inmunológico o a los problemas cardiológicos o cerebrovasculares. O sea: la gente se enferma. Y una de las cuestiones que aparece aquí es la imposibilidad de la simbolización. Porque si alguien que está obligado a adaptarse a un sistema crecientemente exigente puede pensar lo que le ocurre y puede analizarlo, quiere decir que lo está simbolizando. Si lo puede objetivar, si lo puede analizar, si puede tomar una distancia crítica, aunque siga trabajando (un tachero que debe trabajar 16 horas debe seguir haciéndolo porque si no lo hace deja de llevar plata a su casa, sólo se la lleva la empresa que le alquila el taxi), puede simbolizar, puede pensar, y entonces puede saber por qué tiene rabia, contra qué tiene rabia —puede saber que tiene rabia, además— y tiene conciencia del conflicto. El tema de la sobreadaptación es que desaparece la conciencia de conflicto. Y la desaparición de la conciencia de conflicto —que es otro elemento de la fragmentación— no hace

desaparecer el conflicto, sino que hace que se exprese de alguna otra manera.

—*Ahí surge la violencia doméstica, la violencia interpersonal.*

—Claro. El conflicto puede expresarse en el propio cuerpo del sujeto o en las relaciones con los otros.

—*Las ideas en torno a los "nuevos paradigmas", el no preguntar por las causas, la supuesta imposibilidad de conocer, ¿refuerzan esa trama, son funcionales a ella?*

—Lamentablemente cualquier posición que ponga entre paréntesis la realidad, como decía Maturana, o que cuestione la posibilidad del sujeto de hacer un análisis y de lograr un conocimiento objetivo, lo coloca en inferioridad de condiciones para llegar a este fenómeno tan importante que investigó el psicoanálisis y que nosotros tomamos desde el punto de vista de la psicología social, que es el fenómeno del *insight*, o sea la toma de conciencia de algo con una carga emocional lo suficientemente importante como para promover un cambio de actitud. Nosotros ampliamos la idea de *insight* con la idea de Pichon del *sujeto situado*, consciente de sí y de su circunstancia histórica. Es decir, consciente de las relaciones en que está inmerso y de qué manera operan esas relaciones en su propia conducta y cómo opera él en esas relaciones. Si el sujeto está escindido, fragmentado y no tiene posibilidad de simbolización, esta toma de conciencia no se verifica. Además, si aquello que al sujeto llegaría como conocimiento a través del *insight*, a través del tipo de análisis que nosotros hacemos desde la psicología social, es puesto en cuestión por las líneas que surgen de los "nuevos paradigmas", le quitan instrumentos, lo tornan impotente para hacer un enfoque crítico de la situación, primer paso para abrir camino a la posibilidad de modificarla.<sup>4</sup> El enfoque crítico incluso abriría camino

---

<sup>4</sup> Para Tomás Kuhn, la ciencia trabaja con modelos, moldes o *sistemas*, en los cuales trata de hacer "encajar" los hechos. Aquellos hechos que no entren en el molde —en el *paradigma*— se desechan. Cuando se acumula una gran cantidad de hechos no incluidos en el *paradigma*, comienza un período de crisis hasta

a un posicionamiento distinto del sujeto aunque debiera seguir haciendo las mismas cosas. Lo que decíamos antes del tachero: si tiene que trabajar 16 horas, lo sigue haciendo, pero sabe por qué y adquiere conciencia de que hay causas que están generando esa situación suya. En cambio, alguien que no adquiere conciencia de lo que le pasa, ve siempre al otro como posible enemigo, empieza siempre con una actitud destructiva. La escena interna permanentemente fantaseada es la posibilidad de destruir la fuente de su ansiedad. Entonces va golpeando en distintos lados...

—*Menos donde corresponde...*

—Claro, porque es una búsqueda imposible, porque, en realidad, él no sabe cuál es la fuente de ansiedad. No ha podido discriminar desde dónde viene el ataque. Y esto tiene que ver con el aumento de la violencia familiar, con la violencia en las relaciones interpersonales y dentro de los grupos, con la violencia callejera, con la violencia sin sentido que hoy vemos proliferar en todo el país y en buena parte del mundo.

—*El otro gran cuadro patológico es el de la depresión.*

—Sí, ese otro gran cuadro tiene muchas más posibilidades de simbolización y se liga a la vivencia de pérdida, al registro de la pérdida. Los cuadros depresivos muchas veces suelen agravarse cuando el sujeto tiende a responsabilizarse del proceso de marginación. Es decir, a verse en forma narcisista, negativa, como centro del mundo, como responsable de lo que ocurre, y no verse, en cambio, como parte de un proceso histórico. El individuo se autorreprocha permanentemente, lo que conduce a distintas

---

que se abandona el viejo paradigma y se "adopta" uno nuevo. La validación de uno u otro paradigma surge, en lo fundamental, del "consenso" de determinada comunidad científica. Es decir, la realidad, los hechos, se subordinan al "modelo" o *paradigma*; además, los hechos no pueden desarrollar o cambiar tales paradigmas. Por lo tanto, Kuhn sostiene que en la historia de la ciencia no hay ni desarrollo ni continuidad ni ruptura, sino sólo ruptura. Los referentes de los "nuevos paradigmas" son, entre otros, Von Foerster, Von Glasensfeld, Maturana, Morin, Prigogine y Watzlawick.



formas de la autodestrucción, que pueden terminar en el suicidio. A la vez, la bulimia y la anorexia, que son grandes problemáticas de la adolescencia, y de la mujer adolescente en particular, tienen que ver con otro tipo de situación; ya no es la persona que habiendo estado adentro ahora está afuera del sistema, sino que es la persona que siente la imposibilidad de ser aceptada, de ser, de incluirse. Desde luego, tenemos que evitar el reduccionismo y la simplificación. Toda patología tiene una multiplicidad de causas. Pero una de las cuestiones que más me llamó la atención en las Jornadas fue un trabajo de Gey Espinhiera, profesor de la Universidad de Salvador, Bahía, en una mesa que se llamaba *Un lugar para la infancia en América latina*. Sartre decía que la vida es transitar de un grupo a otro grupo, el grupo familiar, el grupo de trabajo, etcétera. Los chicos que están en la calle en la región de Bahía, están en la calle porque el hogar ha dejado de ser un hogar. No existe más el grupo familiar. Y éste es un fenómeno creciente, absolutamente ligado a la miseria. En esa misma mesa participaron la hermana Marta Pelloni, quien nos trajo su visión del tráfico de chicos y del tráfico de órganos, y una psicóloga colombiana que analizó el fenómeno de los sicarios, de los niños asesinos en Medellín. Centró su análisis en la estructuración social de Medellín y le juro que cuando terminó de hablar a todos se nos cayeron las lágrimas. Ella se preguntaba cómo ejercer la psicología social allí, y nosotros pensábamos cómo se puede respirar, ¿no?, en un lugar donde la muerte está instalada de tal manera que muchísima gente tiene la certeza de que llegará como máximo a los 20 años de vida. Entonces, volviendo a los hogares que han dejado de ser hogares, en la Argentina, particularmente durante la dictadura y la hiperinflación, el grupo familiar tuvo las características de un valor-refugio. Cierro la puerta y dentro de mi casa me protejo o me imagino que lo hago. Hoy en día ya no es así. Hoy en día el espacio social compartido es un espacio de lucha. Tanto el lugar de trabajo, si uno tiene trabajo, como el lugar de la busca de trabajo, si uno lo busca, como el lugar del ocio, donde habitualmente se expresa la violencia que no aflora en otros espacios, son todos lugares donde estalla el conflicto. Lo mismo ocurre en los

medios de transporte, en el tráfico, por mencionar un ejemplo más. Y lo significativo es que también en la casa pasa lo mismo. En la casa estallan las contradicciones entre las necesidades afectivas, las necesidades materiales, y las imposibilidades.

—*Lo que usted dijo acerca del valor-refugio, que se mantuvo pese a todo hasta la hiperinflación, ¿significa que ahora la situación sería peor que en esos años?*

—Yo diría que en la hiperinflación comenzó a verificarse la situación actual. ¿Se acuerda de cuando se decía “ellos vienen”, “los otros vienen...”

—*En la época de los saqueos...*

—Sí, eran los otros, los distintos. Ahora esto se ha agudizado. La intolerancia a las diferencias se ha agudizado en el mundo, entre otras cosas porque se ha instalado un horizonte de escasez. Justamente ahora, que podría disponerse de mayor cantidad de bienes, sucede lo contrario, se incrementa la pobreza, la escasez. ¿Por qué ha adquirido este carácter tan hiriente y tan violento la competencia? Porque, entre otras cosas, ha sido en el proceso productivo mismo donde se ha incrementado la competencia. La organización actual de la producción incluye a todos los trabajadores y al trabajador en su totalidad, en la responsabilidad de la competitividad de la empresa y como garantía de la existencia misma de la empresa. Es otra de las formas de la alienación: hacer asumir a cada trabajador la responsabilidad empresarial. Responsabilidad no sólo sobre la calidad del producto, porque es lógico que cualquier producto sea bueno, sino también sobre el control de esa calidad, lo que implica el control de los propios compañeros rompiendo las cadenas de solidaridad, rompiendo toda una historia de solidaridad entre compañeros. Se hace así al trabajador responsable de la satisfacción del cliente, como dicen varios de los convenios firmados en los últimos tiempos. El trabajador que acepta este planteo, que lo asume así, realmente llega a una situación de falsa identidad y de alienación, porque desconoce cuál es su verdadero lugar en las relaciones productivas. Cree que tiene esa responsabilidad

y que la puede asumir y, a su vez, sigue recibiendo la paga de obrero.

—*En este sentido, las nuevas formas de organización de la producción serían más sofisticadas que la línea de montaje fordista.*

—Exactamente. En términos de alienación y de ocultamiento de la verdadera situación son más sofisticadas. Porque hasta se juegan ciertas ideas de protagonismo. Pero, en realidad, se genera allí una creatividad cuya ventaja la obtiene el capitalista, no es una creatividad para todos. Y por otro lado la grupalidad que se gesta en los "grupos de calidad total" es de un tipo diverso al de la grupalidad que está sostenida en los procesos identificatorios. Ahora bien, esto es lo que proponen. Y esto es lo que muchas veces no ocurre, porque la gente frecuentemente se resiste y trata de sostenerse recíprocamente, aunque para ello deba atravesar una contradicción.

—*¿Usted dice que esta forma de organización de la producción está fracasando en la Argentina?*

—No exactamente fracasando, no tengo suficiente información como para decir una cosa así. Pero sí puedo decir que para muchos trabajadores incluidos en este sistema, lo formal es el control de calidad y lo real es el comprender en qué condiciones de opresión están inmersos. No hacen una gran teoría de la sociedad, sino que se interrogan qué les está pasando. Por ejemplo, ven a un compañero morir porque se ha enterado de que fue mal calificado varias veces (porque los errores de cada obrero ahora son identificables, no rige más el anonimato de la línea de montaje). El compañero sabe que lo van a despedir y entonces hace un infarto masivo y muere. Entonces los trabajadores ven situaciones como ésa y tratan de sostenerse y ayudarse recíprocamente.

—*Hay corrientes en psicología social y en la psicología en general que estudian y planifican la forma de hacer viable esta forma de organización de la producción.*

—Sí, lo que ocurre es que hay personas que consideran estos cambios como superadores de la alienación, no visualizan el fenómeno de la alienación como enmascarado detrás de las nuevas formas de organización del trabajo. Ellos han adherido, por una vía u otra, al discurso de la globalización que dice “éste es el único mundo posible”. Entonces como eso es así para ellos, hay que adherir a este mundo, tratar de hacerlo tolerable. Ellos admiten que este mundo será excluyente para algunos, pero dicen que para otros significará la posibilidad del despliegue de sus potencialidades. Con lo cual aceptan la escisión dentro de la globalización, aceptan la más aguda división de clases registrada en años.

*—Parece contradictoria esta aceptación con los principios conocidos de la psicología social.*

—Es absolutamente contradictoria. Y no sólo con los principios de la psicología social. Cualquier sujeto que trabaje en el campo de la salud en forma acrítica o adhiriendo a esta situación, colaborando con ella, resulta contradictorio con ciertos principios éticos básicos. No es tan misterioso el grado de daño a la salud que se está produciendo. Por ejemplo, desde el punto de vista de la salud física, de la salud mental, de la salud familiar, de la salud social, ¿quién puede estar de acuerdo con la flexibilización laboral?, es decir, con la exigencia de que para adaptarse a un proceso productivo, ingresar al proceso y mantenerse en él, una persona tenga que entregarse completamente, tanto en lo mental como en lo físico. Veinticuatro horas al día, siete días a la semana, treinta días al mes, porque hay otro que va a definir cuáles son sus horarios. Entonces, ¿qué posibilidad le queda para el estudio, para la práctica comunitaria, para la vida familiar, para hacer deportes, para seguir su desarrollo personal, para la vida religiosa? Está claro entonces que hay un contrasentido terrible con lo que puede ser cualquier idea, cualquier enfoque, sobre el tema de la salud en general. Esto me parece muy grosero, muy contundente. Respecto de los “círculos de calidad total” que supuestamente no incluyen la flexibilización (aunque de hecho siempre la incluyen), algunos se engañan y dicen: bue-

no, jerarquicemos los intereses de la empresa porque de alguna manera esto se traduce en trabajo para quienes están empleados o pueden estarlo. Y entonces se colabora psicológicamente, técnicamente, digámoslo así, en la creación de un proceso que le hace posible a la empresa aparecer como un ideal y a los sujetos, presionados por la escasez, identificarse con ese ideal, con lo cual estamos frente al fenómeno de alienación, de falsa identidad y de fragmentación que ya mencionamos. El sujeto desaparece.

—*¿Y cómo apareció esta temática en las Jornadas?*

—El tema que tuvo mayor fuerza en las Jornadas fue el de salud. Fue el área donde se recibió mayor cantidad de trabajos. Yo creo que entre otras cosas ocupó un lugar central porque todos los dispositivos terapéuticos y de prevención están ahora en duda, están cuestionados, frente a estas nuevas formas de organización social, frente a las nuevas exigencias que reciben los sujetos para tener existencia en este orden social. Entonces, ante este gran interrogante, hay mucha producción, y esto es algo sumamente interesante y prometedor. Hay que tener en cuenta que el sistema de salud en la Argentina está siendo sistemáticamente atacado con fines de destrucción. Sin embargo hay una gran resistencia y una gran capacidad pensante, creativa, innovadora y generadora de dispositivos. Fíjese que muchos trabajos del área de lo corporal encararon la temática de la desocupación. Es decir que quienes trabajan con el cuerpo han empezado a detectar y a diagnosticar una serie de problemáticas vinculadas con el mundo de lo laboral: quiero decir, con el exceso de trabajo, con el estrés en el trabajo y con ese gran ataque a la identidad que es la pérdida de trabajo. En relación con estos temas, también fueron reveladores los estudios presentados en el área de trabajo comunitario; el tema de organizaciones del trabajo en el que también hubo muchas respuestas; el área de identidad y globalización, que era un área nueva, que tuvo muchos aportes muy interesantes. Y todo esto se vio no sólo en los paneles, sino en los talleres, en las ponencias particulares. Hubo, por ejemplo, una gran cantidad de trabajos sobre las nuevas formas de organización social. Recuerdo los relacionados con los hechos de Cutral-

Có. Fueron trabajos hechos en la zona, que reflejaron el impacto y la trascendencia de aquel movimiento. La psicóloga colombiana que mencionamos antes relacionaba también la situación de Medellín con el desempleo. El tema de la violencia doméstica fue también muy importante en las Jornadas porque fue tratado desde distintos lugares. También apareció, con otros enfoques, la temática de los medios de comunicación como una de las cuestiones más importantes en la configuración de lo subjetivo. Hemos hablado de unas cuantas patologías y muchas de ellas tienen que ver con ideales que son transmitidos por los medios de comunicación. Y hay que destacar que también hubo una gran cantidad de trabajos sobre la problemática de Internet. Que es una gran cuestión. Por ejemplo si la gente que interactúa a través de Internet interactúa o no interactúa, con quién interactúa, si está más sola o más comunicada, etcétera.

—*Si el presente es como usted lo describe, ¿cómo cree que puede ser el futuro?*

—Hemos trazado un panorama ciertamente sombrío de las situaciones generadas desde el poder. Son muchas las pérdidas que promueven la tristeza y la desesperación. Pichon decía: *"quien se entrega a la tristeza, renuncia a la plenitud de la vida"*. En la visión clínica de Pichon estaba hondamente arraigada la idea de que era crucial no entregarse a la tristeza. Hacerlo sería quedar con la mirada fija en lo perdido y no ver lo que nace, lo que vive y crece, y que es antagónico a la pérdida. Para Pichon, había que *planificar la esperanza*, lo que entre otras cosas implica reconocer el valor subjetivo y social de los proyectos. Nosotros hacemos las Jornadas cada cuatro años y esta vez, a diferencia de las anteriores, hemos visto que si bien tiene mucho peso social el polo del escepticismo y la tristeza, ha comenzado a tener otra dimensión el polo de la esperanza. Son muchos hoy los que, aun sufriendo, no se entregan a la tristeza y luchan para gestar la esperanza, para sí mismos y para otros. Ciertos movimientos sociales, cierta restitución de las redes identificatorias y de lazos solidarios se verifica en los grupos, y es importante destacar cómo se crean o recrean grupos en todo el país que permiten el invo-

lucramiento y el sostenimiento de proyectos vitales. Brotan por todas partes nuevas formas de organización y de protagonismo social, como las que hemos visto en Cutral-Có. Son formas inéditas a veces, muy ricas como manifestación de la creatividad de quienes las protagonizan. La realidad no sólo es reconocida, sino interpelada. El discurso hegemónico que se autopostula como "el único posible", y que así es monótonamente reproducido por muchos medios de difusión, está hoy siendo cuestionado, aquí y en muchas partes del mundo, por una crítica práctica importante. Veamos sólo algunos ejemplos característicos: los zapatistas en México, los campesinos sin tierra de Brasil y Paraguay, el "Perro" Santillán en la Argentina, los trabajadores de Francia y Alemania, los movimientos de mujeres y otros sectores contra los desalojos en el campo argentino. Estas formas diversas de conocimiento e interpelación de la realidad que se verifican en el campo de lo social, también están presentes en la elaboración intelectual. En las Jornadas hemos visto algunos interesantes y agudos aportes en este sentido. Nuevos proyectos aparecen y cobran fuerza otros que ya estaban. La tristeza y el terror de inexistencia están allí. Pero también está la planificación de la esperanza.

*La Marea* Nº 8, verano de 1997.

## ***Trabajo y “globalización”***



## ¿FIN DEL TRABAJO O CRISIS CAPITALISTA?

MABEL CARDELLO, MARÍA DEL C. LLANO  
Y CARMELO CORTESE

Se calcula que hay actualmente en el mundo unas 800 millones de personas entre desocupadas y subocupadas. En EE.UU., el primer país del Primer Mundo, alrededor de 16 millones (un 13% de la fuerza laboral)<sup>1</sup> se halla en esas condiciones. Además, en ese "modelo" a seguir, hay unos cuarenta millones de pobres.

En Argentina, la explosión del problema laboral en los últimos años llevó la cifra a cerca de cuatro millones de sub y desempleados. En Mendoza, para muchos un oasis en medio de la crisis nacional, alrededor de 130.000 personas presentan problemas laborales sobre una población activa de unos 560.000 y una población total de 1.400.000. La mitad de los hogares, que representa más del 50% de la población por su mayor número promedio de integrantes, no llega a completar con sus ingresos una canasta mínima de 600 pesos.

---

<sup>1</sup> Esta cifra de desempleo en EE.UU. (13%), indicada por Rifkin en su libro *El fin del trabajo*, disminuyó en los últimos años. Pero el mismo Rifkin hace notar que la mayoría de los nuevos empleos son de tiempo parcial, en el sector de servicios y mal remunerados, "ocupados por personas en busca de un empleo de tiempo completo" (pág. 203). Esto indica que la disminución de la cifra de desempleo en EE.UU. es engañosa ya que esconde el fenómeno de la precarización de las condiciones de trabajo.

Las cifras permiten visualizar y dimensionar un fenómeno innegable. Frente al mismo aparece un gran debate sobre sus causas y las políticas que permitan superarlo.

### **Oscilando entre el horror y el tecnoparaiso**

Desde hace unos cuantos años, pero en la última década insistentemente, han proliferado una serie de teorías que intentan justificar más que explicar científicamente este desolador panorama. Elaboradas en los ámbitos académicos luego son propagandizadas por los "difusores" ideológicos —a través de los grandes medios de comunicación—, quienes en lenguaje sencillo transmiten al gran público estas "novedades teóricas". En este caso se trataría de la *desaparición del trabajo como actividad humana clave para la producción* de los bienes. En otras palabras *el trabajo se ha vuelto inútil*. En correspondencia con lo anterior se postula que *desaparece la clase de hombres que trabajan*, aquellos cuya existencia estaba *determinada por la venta de su fuerza de trabajo: la clase obrera*. A raíz de esto también *desaparecería el capitalismo* como sistema social de producción basado en la compra-venta de esa mercancía particular (la fuerza de trabajo). Estaríamos en presencia de una *sociedad postcapitalista basada, no ya en el trabajo, o en la interacción de esos dos grandes factores productivos: capital-trabajo, sino en el conocimiento, la información y la tecnología*. Como corolario final de estas teorías *se derrumba la posibilidad histórica de la sociedad socialista*; sociedad cuya razón de ser está atada a la existencia de la clase obrera y su lucha por eliminar la explotación del trabajo. Todas estas especulaciones se han dado sobre el trasfondo del proceso real de un aumento impresionante de la desocupación como problema estructural del capitalismo, único sistema social de producción vigente a escala mundial luego de la reconstitución del mercado mundial único.

## El horror económico

Difundidas hasta el hartazgo, las tesis de Viviane Forrester, son repetidas acrítica pero no desinteresadamente, y sintetizadas en "hay algo peor que la explotación del hombre por el hombre: la ausencia de explotación" (*El horror económico*, pág. 19). En un estilo de difusión literaria, casi sin fundamentos económicos, insiste en que "por primera vez la gente ya no es indispensable para la economía y para los que ejercen poder" (entrevista *Clarín*, 13 de julio de 1997, págs. 20-21). En *El horror económico* Forrester describe las condiciones de vida de una parte mayoritaria de la población haciendo hincapié en la desaparición del trabajo. Lo hace desde una perspectiva ética (se siente desgarrada por la ferocidad del fin del siglo XX) pero sin un diagnóstico preciso sobre las causas reales que generan la situación descrita, o sea sobre el modo de producción capitalista.

Sus tesis básicas giran sobre la desaparición del trabajo por el avance de la tecnología y la cibernética; el paso de la explotación a la exclusión ("inexplotables", "innecesarios para la explotación"); y el control político de las "redes económicas privadas" sobre los Estados nacionales.

Para Forrester el reclamo fundamental que hoy deberían realizar todos los explotados y oprimidos por este sistema no pasa por la transformación revolucionaria del mismo sino por ser incluidos en el mismo. Este tipo de ideas es el que permite a periodistas "democráticos" —como Mariano Grondona— interpretar las puebladas y los cortes de ruta en Argentina, como luchas por la "inclusión" en el sistema de explotación.

## El fin del trabajo

Este es el título de un libro de Jeremy Rifkin, economista norteamericano ligado a la administración Clinton. O sea, un intelectual de un sector de la clase dominante norteamericana. En forma similar a Robert Reich (otro funcionario de Clinton, quien escribiera *El trabajo de las naciones*) el libro deja traslu-

cir una preocupación central: incrementar la competitividad de la economía de EE.UU., evitando el caos y conflicto social que amenaza con desintegrar su unidad nacional. También es clara su preocupación por la posibilidad de un crack y crisis recesiva al estilo del '29. Extrañamente (o no) su propuesta de reducción de la jornada de trabajo, deja a su derecha a varios "opositores" argentinos a la política "neoliberal" del presidente Menem, quienes concilian con su ofensiva flexibilizadora (denominándola "modernización" laboral).

El libro de Rifkin, a pesar del eclecticismo y las contradicciones que lo recorren, permite desmitificar el "modelo" norteamericano, tanto en lo económico como en lo social. Contiene abundante material empírico-descriptivo sobre la situación de la clase trabajadora en EE.UU., llegando al límite que pueden llegar los economistas y políticos burgueses en su crítica al capitalismo sin cuestionar su esencia.

La idea central de *El fin del trabajo* está expuesta en su primera parte ("Las dos caras de la tecnología") a través de una cita de P. Drucker: "la desaparición del trabajo como factor clave de la producción se transformará en el proceso inacabado de la sociedad capitalista". Estamos en presencia de la tercera revolución industrial, en un período de transición a la era de la información basada en la alta tecnología, que ya está paulatina y sistemáticamente eliminando el trabajo humano del proceso de producción. "Atrapadas por las agonías derivadas de los incrementos que sufre la competencia mundial y con los costes laborales en constante aumento, las multinacionales parecen decididas a acelerar el cambio de trabajadores por máquinas" (pág. 26). Pero no es sólo el software el responsable de la pérdida de puestos de trabajo, sino los procesos de reestructuración de las organizaciones empresariales, esto es la "reingeniería" que permite incrementos de la productividad global con reducciones de la masa laboral.

Para Rifkin, esta revolución tecnológica "podría significar un menor número de horas de trabajo y mayores beneficios para millones de personas" o "llevarnos a mayores niveles de desempleo y a una depresión de ámbito global". Una u otra posibilidad

depende "de cómo queden distribuidas las ganancias en la productividad". La solución pasa por "una reducción a nivel mundial en las horas de trabajo semanales y un esfuerzo conjunto entre todos los gobiernos centrales para generar empleos alternativos en el tercer sector —en la economía social— para aquellos cuyo trabajo ya no es útil en el mercado". Si no se arbitran este tipo de medidas es probable que **"las crecientes diferencias entre los que tienen todo y los que no tienen nada conducirán, sin duda, a disturbios sociales y políticos a escala global"** (pág. 34, negritas nuestras).

En la última parte del libro se exponen los dos caminos de actuación específicos para la transición exitosa a la nueva *era postmercado*. Uno consiste en la *reingeniería de la semana laboral*. Así como en la primer revolución industrial la semana laboral pasó de 80 a 60 horas, y en la segunda etapa se redujo a 40, hoy es inevitable su reducción a 30 e incluso 20 horas "para adaptar las exigencias de la clase trabajadora a la nueva capacidad productiva del capital" (pág. 262). El otro camino de actuación frente al desempleo consiste en la formulación de un nuevo contrato social que desarrolle el tercer sector de la economía: el social. Para el autor existen dos sectores claramente identificados: el *mercado* dominado por el *capital privado* y el *gobierno* que representa el *capital público*. El tercer sector es el de la *comunidad*, a quien pertenece el *capital social*. "El ciudadano tiene sólo la opción de empezar a cuidarse por sí mismo una vez más mediante el **restablecimiento de comunidades habitables como colchón** contra las fuerzas impersonales del mercado y las autoridades gobernantes centrales, cada vez más débiles e incompetentes". El "servicio a la comunidad es una forma alternativa revolucionaria con respecto a los sistemas tradicionales de trabajo... es una acción de ayuda, un servicio para los demás. Es un acto de generosidad hacia el prójimo, a menudo sin expectativas de ganancias materiales... **se parece más a las antiguas prácticas económicas de donación...**" (sic, págs. 279/283, negritas nuestras).

El libro contribuye a clarificar los verdaderos objetivos de la reforma laboral que se discute hoy en la Argentina: "La tenden-

cia hacia el trabajo eventual forma parte de una estrategia a largo plazo por parte de las direcciones de empresa con el objetivo de recortar salarios y evitar el pago de subsidios del tipo de coberturas sanitarias, pensiones, bajas laborales por enfermedad y vacaciones pagadas" (pág. 229). De este modo el trabajo de millones de americanos "se puede usar y tirar al instante y a un precio mucho más bajo que la fuerza laboral permanente. Su simple existencia permite la reducción en los niveles salariales de los restantes trabajadores a tiempo completo" (págs. 232/233). Rifkin define así un *nuevo ejército en la reserva* (en crecimiento) constituido por una masa laboral eventual, cuyo núcleo son los trabajadores temporales y la subcontratación. Denuncia a la gran mayoría de las empresas que "prefieren emplear una pequeña fuerza de trabajo durante más horas en lugar de contratar una mayor durante menos horas, para ahorrar los costes de los subsidios, que incluirían coberturas asistenciales y fondos de pensiones" (pág. 263).

Varios pasajes del libro se relacionan con el temor explícito de quienes hoy controlan la sociedad, referido al desenlace final de la producción tecnologizada capitalista. En definitiva, previene: "cuando se tiene a los extremadamente ricos conviviendo puerta con puerta con los extremadamente pobres... es pura dinamita política... lo que podría llevar a una revolución social" (citando a Paul Saffo, pág. 214). "En el período de transición hacia un nuevo orden, **los cientos de millones de trabajadores afectados por los procesos de reingeniería de la economía global tendrán que ser aconsejados y cuidados.** Su situación requerirá atención inmediata y continua, **si lo que queremos es evitar conflictos sociales a escala global.**" (págs. 257/58, negritas nuestras). Insistirá en un llamado a los sentimientos fraternales y al sentido de responsabilidad social para transferir productividad del mercado al tercer sector, evitando así la aparición de "**una guerra abierta de clases a una escala nunca experimentada con anterioridad en la historia humana**" (págs. 332/34, negritas nuestras).

## La flexibilización laboral en Argentina

En nuestro país, estas teorías basadas en la tecnología como explicación del desempleo permiten *naturalizar* el fenómeno. La desocupación, al igual que la globalización, son presentadas como fenómenos naturales, inevitables, tal como la lluvia y los terremotos. Además la desocupación sería un producto de la *modernización*: si queremos ser modernos hay un precio que pagar. A pesar de este fuerte argumento, el que más se usa desde el gobierno se basa en la llamada *rigidez laboral*. Se considera que la falta de flexibilidad provoca desempleo, que si las empresas tuvieran facilidades para tomar y despedir personal (reducciones de las indemnizaciones), o se eliminaran las convenciones colectivas, disminuiría el costo laboral y crecería el empleo.

Es decir que tanto por el lado tecnológico, como por el lado de la flexibilización, van a confluír los argumentos para decirnos: "Mire, si está desocupado, es porque ya no sirve para el proceso productivo, no es necesario, lo reemplazo con la computadora o el robot"; o "Para estar ocupado, usted debe adaptarse a las nuevas condiciones de temporalidad contractual, y a la ley de la oferta y la demanda que determina un descenso en el precio del trabajo". Por lo tanto, la culpa de la desocupación la tienen... los desocupados.

Más honesto que algunos intelectuales, un empresario exitoso, Enrique Pescarmona, presidente de IMPSA, lanzado desde Mendoza a todo el mundo, luego de acompañar al presidente Menem en una gira por el Sudeste Asiático, declaró francamente: **"Las chicas filipinas que trabajan en nuestras oficinas en Hong Kong están siempre dispuestas, no hay sábados ni domingos, si hay licitaciones y se tienen que quedar varios días sin dormir lo hacen y no cobran horas extras ni piden nunca nada. Yo no hago filosofía sino negocios, no me pregunto si algo está bien o está mal, sino cómo se hace para ser más competitivo. Los asiáticos trabajan todos los días veinte horas por día, por ochenta dólares por mes y además están preparados, son educados y buena mano de obra. Si quiero competir los debo**

utilizar a ellos. Es el mundo globalizado" (Página12, 18/2/97, negritas nuestras).

## ¿Fin del trabajo o crisis capitalista?

Las tergiversaciones históricas, grandes falsificaciones y mistificaciones no pueden ocultar la crisis profunda de un sistema social de producción. Crisis manifestada en su imposibilidad de crecer sin destruir a la vez seres humanos y recursos naturales. *Sistema que crea riquezas y las acumula en un polo, y a la par acumula pobreza y pobres que no pueden consumir esos bienes que crearon con su trabajo.*

*No es el trabajo quien desaparece de la producción.* Por lo contrario, estamos en presencia de la capacidad productiva más alta del trabajo humano. *Máquinas, tecnologías y robots son el producto del trabajo acumulado a lo largo de la historia.* Las máquinas —antiguas o novedosas— son fruto del trabajo, trabajo cristalizado, y posibilidad de disminuir trabajo actual, vivo, para poner en movimiento trabajo muerto y producir. Sin embargo, a pesar de este gran avance, crecen la desocupación, el hambre y la miseria. *Contradicción que no puede ser resuelta dentro de la lógica de funcionamiento del sistema de producción capitalista.* Esta lógica impone la competencia desenfrenada entre los capitalistas. La competitividad entre las empresas capitalistas requiere la máxima productividad basada en la máxima explotación de la fuerza de trabajo y conduce a esta contradicción insalvable en el marco de las actuales relaciones sociales de producción. *La insaciable sed de ganancias, y no la satisfacción de las necesidades humanas, es el motor de este sistema.* Empuja el progreso hoy, como lo hizo en la primera revolución industrial, pero un progreso que dialécticamente se funda en el sufrimiento de millones de seres. De la máquina de hilar y a vapor pasamos al ferrocarril y la electricidad, y de allí a los ordenadores y a la era de la información: un salto tecnológico maravilloso. ¿Cambió también revolucionariamente la relación capitalista-obrero? No. Por eso no son crisis nuevas, sino cíclicas



del capitalismo, de sobreproducción, recesión y desempleo, de las cuales la iniciada en 1929 fue sólo la más resonante.

Entonces, el factor clave para la productividad buscada por los empresarios está en el trabajo de los obreros. *Los trabajadores venden su fuerza de trabajo y no su trabajo en el mercado.* No es un detalle de palabras. Los trabajadores, al no ser dueños de los medios de producción, no disponen de su trabajo. Ahí está el tema y el problema. Los trabajadores no se enfrentan a las "fuerzas tecnológicas" sino a los propietarios de las condiciones de producción, donde se incluye la tecnología. Ser competitivos implica producir más, en el menor tiempo posible, con la menor cantidad de recursos. El ser humano trabajador es un recurso en manos del empresario, quien —como reconoce el propio Rifkin— prefiere usar menos durante más tiempo, antes que más hombres durante menos tiempo, para así incrementar su ganancia.

Estamos frente al problema esencial para el análisis y la ciencia social: solo hay dos posiciones desde las cuales analizar el proceso social de producción. No definirlo previamente lleva a las encerronas del "horror" o de los trabajos comunitarios de Rifkin. *O se mira desde la posición de los propietarios de las condiciones de producción;* es decir los propietarios de los medios de producción (fábricas, tierra, instrumentos de trabajo), de la fuerza de trabajo durante el tiempo en que la contratan, del conjunto de leyes y decretos que regulan la relación laboral (por lo menos mientras la lucha obrera no conquista posiciones), de las fuerzas judiciales y represivas para intimidar al cumplimiento de aquellas leyes, de gran parte del aparato ideológico para "convencer" de su justicia y naturalidad, etc. *O se mira desde la posición de los productores directos, los trabajadores.*

Mirando el proceso de trabajo y el de producción desde el productor directo puede pensarse en regular el tiempo social de trabajo de acuerdo a las necesidades y a la productividad alcanzada por el trabajo. Dado el avance tecnológico podrían todos realizar jornadas de 6 horas de trabajo en lugar de trabajar 12 horas solo una parte de la gente. Mirando desde el dueño de los medios de producción se piensa al revés: hoy, dada la crisis asiática (eufemismo para referirse a la crisis capitalista mundial),

Brasil compra menos autos, entonces Ford despide 500 obreros en Argentina, 1200 en Brasil. Miles de personas son consideradas innecesarias o no de acuerdo al nivel de ganancias esperado. Ford no reduce ganancias y los obreros pierden sus puestos de trabajo. ¿No hay gente que precise vehículos en Argentina y Brasil? ¿No hay necesidades insatisfechas que precisan productos para ser cubiertas? Ah, esa es una pregunta ociosa para el capitalista; para él existen mercados, bolsas, acciones, rentabilidades, subas y bajas: así como compra o vende acciones de acuerdo a su cotización, toma y despide obreros de acuerdo a las oscilaciones del mercado. En definitiva, como señalaba Marx, el capitalista es fanático de la valorización del valor, su motivo impulsor es el valor de cambio y su acrecentamiento, no el valor de uso y su disfrute.

Los análisis del fin del trabajo y del horror económico pecan de desconocimiento o tergiversación histórica. En tiempos pre-capitalistas hubo crisis que podríamos denominar de escasez. En ese caso, puede haber excedente relativo de población en el sentido que la capacidad productiva de la economía feudal no podía resolver las necesidades colectivas. El excedente arrancado por el señor feudal dejaba muchas veces a los campesinos por debajo del nivel de subsistencia; piénsese en las típicas crisis que precedieron los grandes alzamientos campesinos en la Europa medieval, que fueron preparando el terreno para las revoluciones burguesas. El salto al capitalismo requirió de las revoluciones que arrancaron el poder a los feudales, transformaron el Estado y abrieron el camino a la consolidación de las nuevas relaciones sociales que venían incubándose y dieron el cauce para las transformaciones tecnológicas de la revolución agraria e industrial de Inglaterra en el siglo XVIII. Pero también abrió el camino a la lucha de la clase obrera por reducir la jornada de trabajo, dado que la revolución industrial se hizo sobre el sudor, la sangre y la muerte de millones de niños, mujeres y hombres que trabajaban 16 horas. Lucharon para conseguir las 8 horas. Hoy están dadas las condiciones técnicas para la posibilidad de producir los bienes necesarios para satisfacer las necesidades humanas con una jornada de 6 horas.

## Hacia la libertad

Al revisar las propuestas de los grandes empresarios sobre la flexibilización laboral en Argentina, la discusión sobre la tecnología como causa de la desocupación cae sola: todas las empresas quieren convenios con alargamiento de la jornada laboral, polivalencia y flexibilidad funcional, disminución de todos los beneficios sociales y reducción salarial. No se trata de una discusión "técnica" entre economistas, ni de cambios tecnológicos del proceso productivo, sino de cambiar las relaciones sociales de producción. Se abre una lucha política y social para la clase obrera con el objetivo de lograr la jornada laboral de 6 horas.

No estamos en el mundo tecnologizado de la inexploración del trabajo, ni en el de la rigidez laboral, sino en el de la máxima intensificación en el uso de la fuerza de trabajo, es decir la máxima explotación del trabajo. Donde han empeorado todas las condiciones laborales. Está planteada una contraposición, una lucha real por resolver quién va a decidir sobre la producción y los beneficios del avance tecnológico. Para los trabajadores no es una tarea fácil. Es una empresa difícil, dura y larga, aunque necesaria. **Implica tomar el cielo por asalto; pero no intentarlo es condenarse seguramente al infierno actual.**

*La Marea* Nº 11, otoño de 1998.

**Mabel Cardello, María del C. Llano y Carmelo Cortese** son sociólogos. Docentes e investigadores de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

## ¿EXCLUIDOS O SUPEREXPLOTADOS?

CRISTINA MATEU

*Si yo no ardo  
si tu no ardes  
si nosotros no ardemos  
¿cómo de las tinieblas haremos claridad?*

Nazim Hikmet

*El horror económico* de Viviane Forrester, uno de los libros más vendidos del año pasado, pretende realizar una mirada crítica sobre las injusticias que el modelo neoliberal impone en el mundo. Este ensayo no debe su éxito al valor literario ni a la rigurosidad histórico-científica, sino a su carácter de denuncia. Ahora bien, una denuncia permite señalar un hecho, pero no siempre nos conduce sobre pistas correctas que permitan esclarecer y resolver el problema.

*El horror económico*<sup>1</sup> es un alegato, un golpe a la conciencia de aquellos —que arrellanados en sus sillones y alejados supues-

---

<sup>1</sup> De Rimbaud sólo son rescatadas estas dos palabras que sirven de título a su libro: "[...] retirado de nuestros horrores económicos [...]". Rimbaud, poeta que vivió entre 1854-91, fue sacudido por el cimbronazo que significó ese gran ensayo de transformación del mundo: la Comuna de París, adoptó una posición crítica de los privilegios, las desigualdades y condicionamientos que la sociedad francesa de fin de siglo generaba. "El poeta maldito" solía clamar por la "existencia rabiosa", imploraba las "destrucciones necesarias" y el empleo de los "rodillos niveladores", supo desocultar en el horror lo maldito, lo negado, lo que emerge de ese mismo "horror". Su propuesta fue "cambiar la vida".

tamente de esos "horrores"— hacen zapping frente a la pantalla, sin diferenciar en los entretelones del "show" televisivo entre el hambre y la desocupación o un partido de fútbol. A ellos está dedicado el libro.<sup>2</sup>

El ensayo trasunta una persistente sensación de sorpresa desesperada ante la situación. Dice: "El desapego y la desidia se han impuesto a tal punto que si hoy nos proponemos como hecho excepcional frenar tal o cual proceso político o social, tal o cual acto de piratería «políticamente correcto», descubrimos que los proyectos que pretendemos combatir ya fueron larga y minuciosamente preparados en las alturas mientras dormíamos, y que están sólidamente inscriptos conforme a los principios en vigencia. Por consiguiente, parecen arraigados, ineluctables, incluso ya instaurados en los hechos". A Viviane Forrester le sucede con el fenómeno como a aquel personaje descrito en *Rayuela*; "esas inesperadas mostraciones de algo que no se había sospechado... de golpe ponen todo en crisis".<sup>3</sup>

¿Dormíamos? Bajo los fuertes efectos arrulladores del discurso "neoliberal" sobre el fin de la historia, el mundo uno y global y la economía de mercado, que se impuso luego de la restauración capitalista en la URSS y China, hay quienes confiaron sus sueños a esos sonos, otros prefirieron la vigilia.

Palpando los resultados obtenidos por el "modelo" —con el que se ha agudizado la concentración monopólica, la desocupación, la marginación, la especulación financiera, la opresión imperialista y miles de otros males sociales y culturales derivados de éstos— las denuncias contra "esas medidas inhumanas" no pueden menos que generar, al inicio, simpatías entre los lectores de Forrester.

En su libro analiza las condiciones laborales y sociales actuales que, según la autora, prefiguran un futuro inmediato; un mundo en el que ya el "trabajo" deja de ser factor de ganancia. Se basa en el concepto de que lo que mueve a la sociedad actual

---

<sup>2</sup> Forrester, Viviane. *El horror económico*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1997, pág. 45.

<sup>3</sup> Cortázar, J. *Rayuela*. Sudamericana, Bs. As., 1994, pág. 279.

es la ganancia: que esa ganancia en esta "nueva era" la obtienen fundamentalmente los grupos internacionales cuyas transacciones no pasan por los "circuitos verificables" de la producción. La sociedad actual, para Forrester, dominada por tecnócratas que acrecientan sus capitales financieros mediante el juego cibernético, contiene ya a la sociedad futura en la que el trabajo se extinguirá definitivamente. Según la autora, el problema es que nadie quiere admitirlo.

En una secuencia repetitiva e indiferenciada de consecuencias y efectos, junto a presuntas causas, se describe cómo la desocupación en todos los niveles sociales (desde el trabajador al ejecutivo) está generando un sinnúmero de "excluidos" —como llama a los desocupados, a los que quedan "fuera del sistema"— que están obligados a transitar diferentes estadios de desesperación y humillación.

Esta denuncia desesperada es la que pega fuerte. Pero el desasosiego y la inquietud que produce la lectura no los generan las descripciones de los mecanismos de "exclusión" sino su impotencia para encontrar una explicación y más aún intentar una respuesta o una solución a estos "horrores económicos" en el propio plano del análisis que ensaya.

Frente a esta descripción del presente que indicaría, según la autora, el ingreso a la era del "fin del trabajo" como generador de ganancias, surge una serie de sencillas preguntas respecto de la encrucijada que el libro plantea. Parafraseando el poema de Bertolt Brecht, cabría preguntarse: ¿Quién cosechará los frutos? ¿Quién preparará el elixir de esos tecnócratas? ¿Quién confeccionará sus ropas, construirá sus casas y sus computadoras? ¿Quién mantendrá ese mundo virtual, manejará sus circuitos y los reparará? ¿Acaso los tecnócratas, sus "robots inteligentes" y sus ganancias reemplazarán todo el trabajo necesario?, ¿nos dejaremos morir? Entonces, en el temido futuro de Forrester: ¿de dónde provendrán esas ganancias?, ¿qué energía valorizará sus capitales?, ¿cuáles valores succionarán los más aptos (los más fuertes) tras los juegos especulativos del capital financiero? El planteo de Viviane Forrester no ahonda en los porqué, en la racionalidad de las irracionalidades impuestas por el sistema, no

atina a pensar otras dimensiones del fenómeno, ocultas y diferentes a aquellas que presentan los discursos hegemónicos, desde la óptica de los rentistas, para quienes es el dinero el que crea más dinero, o es la tecnología la que produce de por sí riquezas, y de por sí elimina empleos.

Al tiempo que elude el análisis de la dialéctica de las fuerzas económico-sociales involucradas en su objeto, la autora apela a las conciencias en busca de una salida. En un reportaje sostuvo: *Esa (civilización que tenemos por delante)... creo, no admite un diagnóstico preciso todavía. En parte, porque depende de lo que hagamos nosotros.*<sup>4</sup>

El resultado futuro depende de lo que hagamos nosotros. Por eso, muchas de las respuestas para el futuro las encontraremos en el presente, acercándonos al conocimiento de la realidad y de la experiencia histórica, que nos permitan realizar acciones con una nueva dirección, organizadas por voluntades colectivas y políticas. Ello supone trascender las invocaciones éticas a las (buenas) conciencias, *definiendo ese "nosotros"*: encontrando, en la propia sociedad bajo análisis, las fuerzas sociales que moldeen otro futuro y las condiciones materiales para ello, en el propio "horror económico" que se describe. Al decir de Gramsci, "voluntad como conciencia activa de la necesidad histórica, como protagonista de un efectivo y real drama histórico".<sup>5</sup>

Es precisamente allí, en el análisis de las tendencias económicas en curso, donde fracasa Forrester, suscribiendo a una visión plana, no contradictoria, ineluctable del proceso económico-social, a partir de los conceptos del discurso dominante que pretende combatir. Sus argumentos —animados por un espíritu humanista y de "sentido común" establecido— tienen cuatro núcleos de análisis que, en la perspectiva de ese accionar futuro, pueden dar origen a conclusiones y acciones equivocadas o ratificar el "quedarse dormido". Ellos son: la concepción del trabajo, la concepción

---

<sup>4</sup> Clarín, 13/7/97.

<sup>5</sup> Gramsci, A. *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, trad., prólogo y notas de José Aricó. Lautaro. Bs. As., 1962, pág. 29.

de la ganancia y del sistema productivo capitalista, la "inmovilidad de las masas" y el papel de la "clase de tecnócratas".

Apoyándonos en lo dicho por Forrester: "Todo pensamiento es político, ya sea referido a la literatura o a la economía",<sup>6</sup> creemos que se torna imprescindible ejercitar el viejo juego de la duda, la crítica y la reelaboración; que "ardamos" para que "de las tinieblas hagamos claridad". Más aún frente a la divulgación masiva de ciertos conceptos repetidos en el libro.

### **Trabajo: lo evidente y lo oculto**

"El trabajo, considerado nuestro motor natural, la regla del juego de nuestro tránsito hacia esos lugares extraños adonde todos iremos a parar, se ha vuelto hoy una entidad desprovista de contenido".<sup>7</sup> ¿Ha dejado de ser nuestro "motor natural", como sostiene la autora? Por el contrario, ¿acaso cada una de las cosas que tocamos diariamente no contienen un proceso de trabajo acumulado cada vez más complejo? La humanidad sólo ha vivido, vive y vivirá mediante una incesante transformación de las fuerzas de la naturaleza. Esa incesante transformación requirió y requiere de mucho trabajo, acción transformadora humana, manual e intelectual, que con mejor o peor fortuna para la propia existencia en estos miles de años, permite a los hombres obtener su alimentación y luchar por su supervivencia. Más aún, es en ese proceso de trabajo, desde la caza primitiva a la última tecnología de punta, de la caverna a la estación espacial, cómo los hombres se han producido a sí mismos como seres sociales, trascendiendo las leyes de la evolución biológica, construyendo y desarrollando la cultura y la historia propiamente humana.

En realidad, Viviane Forrester se refiere al trabajo en la producción industrial. Dice: "Han escamoteado ese mundo en que los lugares de la producción se fusionaban con los de la economía,

---

<sup>6</sup> *Clarín*, ídem.

<sup>7</sup> Forrester, Viviane. *Op. cit.*, pág. 9.



en que el trabajo de gran número de ejecutores era indispensable para los que tomaban decisiones”, “se sabía dónde se realizaba el trabajo y también dónde se reproducían (con frecuencia en condiciones escandalosas) tanto la «condición obrera» como las dichosas «creaciones de riquezas», entonces llamadas «ganancias».<sup>8</sup> La evidencia de la desocupación hace suponer a Forrester que una inmensa mayoría ha dejado de ser necesaria porque ya no aporta nada al sistema y que “para «merecer» el derecho de vivir (en él), se debe demostrar que se es «útil» para la sociedad, es decir, para aquello que la rige y la domina: «la economía de mercado...». «Util» significa casi siempre «rentable», es decir que le dé ganancias a las ganancias”.

Según la escritora francesa, ahora la ganancia se produce en otros ámbitos intangibles, “las riquezas ya no se crean a partir de la generación de bienes materiales sino a partir de especulaciones abstractas”.<sup>9</sup> Como ya se discutía hace más de cien años, si esto fuera esencialmente así, si lo que Forrester llama ganancia se produjera en el ámbito especulativo y no en el ámbito productivo, los especuladores —que serían los únicos sobrevivientes del juego lucrativo en este mundo de mercado— deberían aprender a comer dinero. Deberían hallar, además, la fuente de energía, que posibilite el “movimiento continuo” de los aparatos tecnológicos, el funcionamiento eterno (teléfonos, computadoras, etc.) sin gastar ningún tipo de energía.

Pero este mundo altamente tecnificado, que tiene la capacidad de multiplicar la fuerza humana con maquinarias (generando desocupación), sigue requiriendo a la vez de esa fuerza de trabajo. Sin ella el capital y la maquinaria no producen valores y el propio capitalista no puede acumular. Aunque en la actualidad la producción industrial requiere menos trabajadores productivos (obreros), mientras que aumenta la cantidad de trabajadores de servicios (empleados administrativos, promotores, vendedores, etc.) y, a la vez, incorporan al trabajo asalariado a muchos que

---

<sup>8</sup> Forrester, Viviane. *Op. cit.*, pág. 28.

<sup>9</sup> Forrester, Viviane. *Op. cit.*, pág. 94.

antes estaban fuera de él (cuentapropistas, artesanos, profesionales, artistas, intelectuales, pequeños comerciantes, etc.). En un permanente movimiento de redistribución y reorganización del proceso de trabajo: en el sistema capitalista todos nos convertimos en asalariados, despojados de todo medio de producción propia, de todo medio de vida, somos sólo propietarios de esa mercancía "mágica" que es la fuerza de trabajo. Con todo, el trabajo asalariado, incluso el ligado a la producción industrial, al contrario de lo que dice Forrester, aumentó y no disminuyó a escala mundial, en el término de pocas décadas.

Cuando Forrester sostiene que el trabajo no es necesario, tecnificación mediante, porque la ganancia se realiza en el "ámbito intangible" de la especulación, toma como evidencia verdadera una causa falsa y aparente. En principio se mueve con el viejo concepto de que la ganancia se obtiene del uso lucrativo del dinero,<sup>10</sup> sin desocultar su trama: que la fuerza de trabajo, en la metamorfosis de las mercancías, convierte al dinero en más dinero. "Plusvalía", un término que junto con el de "imperialismo", la autora precisamente ignora e incluso omite en la lista de palabras (proletariado, ganancia, explotación, capitalismo) supuestamente caídas en desuso y que no pretende reivindicar ("usar esos arcaísmos sería un acto heroico") para no jugar el papel de "fisgón iluminado". Paradojas postmodernas: mientras el neoliberalismo usa conceptos tan anticuados como economía de mercado, libre competencia, productividad, ganancias y pérdidas, oferta y demanda, despidos y desocupación, a los asalariados de todo el mundo se les exige que, frente a las viejas tropelías capitalistas, sean creativos y no repitan en su lenguaje (ni en su accionar) "los viejos términos": monopolio, huelgas, aumento salarial, plusvalía, reivindicaciones sociales, antiimperialismo, lucha social, revolución.

---

<sup>10</sup> Esta, también, es una vieja teoría, rebatida ya hace más de cien años, que sostenía que la ganancia se produce en la diferencia de la compra-venta, pero se demostró que el intercambio comercial existió en todas las épocas históricas y que este no es un rasgo que diferencia los distintos sistemas productivos.

## La “inmovilidad de las masas”

La desocupación es un fenómeno inherente al desarrollo del capitalismo, que en los períodos de crisis se reedita con mayor amplitud. A la vez que fenómeno objetivo, se convierte, en manos de los capitalistas, en instrumento y receta para incrementar la explotación de los trabajadores ocupados. Forrester, clavada en una porción minúscula del presente —sin revisar el pasado— sentencia, y muchos con ella repiten a fuerza de bombardeos mediáticos, que “peor que ser explotados es no ser explotado”. Nueva formulación de otra, que conocíamos hace mucho tiempo, y que fue inscripta en el centenario decálogo de la “resistencia individual” (creado especialmente por las clases dominantes, con el inicio del capitalismo, para justificar la superexplotación, la reducción de salarios, la explotación del trabajo femenino e infante y estimular la competencia entre los trabajadores mismos) que en su vieja versión vernácula decía: “¡Aguantá, no te quejés (dejate humillar) que por lo menos vos tenés laburo!”

Precisamente, con la desocupación masiva lo que busca el sistema capitalista, y lo que ha profundizado el modelo neoliberal, es que esas masas acepten las peores condiciones, obligarlas a que resignen sus derechos por los que han luchado durante años, derechos que al sistema le son excesivamente costosos y le impiden aumentar sus ganancias. La desocupación es la receta que, hasta que las masas se rebelan, ofrece mejores resultados. “Esa multitud de seres humanos se vuelve precaria... lejos de aportar nada, se vuelve costosa, excesivamente costosa”, dice Forrester.

Según Forrester, esas multitudes engrosan una estadística falseable, que para “alegres imposturas... son sólo un cálculo, y no tiene la menor importancia modificar la suerte de los cuerpos y las almas disimulados bajo las cifras de la estadísticas”. Pero esas estadísticas, números y cálculos, además de ser cuerpos y almas, tienen algunas “propiedades” específicas que Forrester, seguramente, no percibió en estos últimos años. Por ejemplo, en la Argentina, estas “cifras con alma” cortan rutas, queman las casas de gobernantes corruptos, hacen marchas, no

esperan verse reflejadas en las encuestas para saber de su existencia miserable y convergen crecientemente con los movimientos de obreros ocupados que resisten la flexibilización laboral. Por lo que sabemos en Francia, Alemania y en otras partes del mundo estas cifras estadísticas cuentan con aptitudes similares. Tal vez Forrester, fijada en ese casillero de la realidad, no ve pasar las marchas contra "le chômage" que se realizan en su país.

"La barbarie, siempre latente, se conjuga de maravillas con la mansedumbre de esas mayorías que saben incorporar el horror a la frivolidad ambiente", dice Forrester.<sup>11</sup> Sostiene que estas masas irredentas carecen de la posibilidad de movilizarse porque "no hay nada más movilizador que el pensamiento", y no han tenido el derecho a la formación e información. Y agrega: "Para el mejor encuadramiento y sumisión del organismo humano en el bando del poder, se lo desvía del ejercicio arduo, visceral y peligroso del pensamiento, se evitan su precisión y su investigación a fin de manipular más eficazmente a las masas". Si así fuera jamás habiéramos abandonado el esclavismo, los siervos campesinos franceses no hubieran protagonizado la gloriosa Revolución Francesa; ni los criollos, junto a los negros e indios, la emancipación americana, ¿acaso no eran masas incultas? Ciertamente es que las clases dominantes imponen una ideología con la que intentan perpetuar su dominación, y que las grandes mayorías no acceden a los conocimientos que facilitarían su liberación. Sin embargo, decía el poeta Miguel Hernández, cuando "un fuego corre dientes abajo buscando el centro", el hambreado frente a la manipulación, busca los caminos de conciencia y acción contra todo sometimiento. Pero en el "paradigma" de Forrester para pensar lo económico, no existe la negación, no existe la contradicción. De allí que lo único movilizador sea el "pensamiento", un pensamiento que llega desde afuera del proceso social objetivo, un pensamiento que apunta a conmover a los únicos "activos" del sistema económico, los especuladores, que apela a la ética, a la bondad, de quienes son los acaparadores de la riqueza social.

---

<sup>11</sup> Forrester, Viviane. *Op. cit.*, pág. 20.

Además, aunque “el ejercicio del pensamiento está reservado a unos pocos” (reserva cotidianamente transgredida por la práctica social de los desposeídos), de esos pocos no todos sirvieron y sirven a los dominadores. Por el contrario, la historia da cuenta de que en todas las épocas, también entre esos pocos con acceso a la cultura, hubo quienes se rebelaron contra la dominación y contribuyeron a conformar las necesarias vanguardias que las grandes masas en la práctica crean y buscan activamente.

Para Forrester este mundo, en el que la ganancia se obtiene del juego de la economía virtual, está gobernado por “manipuladores de símbolos”, que “no son feroces, ni siquiera indiferentes”, que “no se cruzan con nosotros”, que “gobiernan la economía mundializada por encima de las fronteras y los gobiernos. Para ellos los países son meros municipios”.<sup>12</sup> Si bien es cierto que existe un gran movimiento del capital especulativo, de juego financiero a futuro, de economía virtual, esto no significa que se hayan desdibujado los capitales nacionales y los Estados que los garantizan.

Todo lo contrario, la especulación emerge precisamente de la forma más elevada de la producción capitalista, basada en la apropiación privada de la producción y de los beneficios por un puñado de monopolistas. En el vértice de la alta producción industrial, los monopolistas, poseedores del capital financiero, tienen en sus estados el instrumento de su expansión. Esos estados, agentes de esa expansión, precisamente perpetúan las desigualdades nacionales e intensifican el despojo y la opresión sobre las otras naciones.

### **A dónde nos llevan estas denuncias**

Señala Forrester: “Por mundializada que sea, por más que el mundo esté sometido a su poder, resta comprender, quizá decidir, qué lugar ha de ocupar la vida en ese esquema. Por lo menos

---

<sup>12</sup> Forrester, Viviane. *Op. cit.*, pág. 32.

debemos vislumbrar de qué participamos, descubrir en la medida que se nos permita hasta dónde llegarán". Su planteo, nueva versión milenarista de la hecatombe planetaria, se combina con una añoranza melancólica de la era precapitalista, donde las cosas parecían menos complejas: "Vivíamos un reparto de papeles a veces desastroso, pero todos éramos personajes de la misma novela".<sup>13</sup> Esta nostalgia que hermosea el pasado, cuando "por lo menos teníamos una identidad" (menoscabada pero identidad al fin), proviene de escamotear que el origen del horror está en ese pasado, y que ese pasado, aún presente, se engendró cuando el capitalismo, en aquel pasado, transformó en mercancía la fuerza de trabajo y en el presente no puede sostener aquellos que engendró.

Repentinamente, Forrester despierta del sueño neoliberal y al levantarse maldice porque los yanquis lo han desordenado todo. "El escándalo consiste en que, lejos de ver a las regiones siniestradas salir del desastre y alcanzar a las naciones prósperas —como se pudo creer, como se creyó que se podía creer—, se asiste a la instauración del desastre en sociedades hasta ahora en expansión y en todo caso tan ricas como antes, pero donde los modos de apropiación de las ganancias sufrieron transformaciones".<sup>14</sup>

Su denuncia se convierte en una letanía. Es clara su defensa de la posición europea y la de Francia en particular, frente al avance de Estados Unidos: "Se trata de la elección entre dos modelos, el europeo y el anglosajón". Este último acepta una gran disparidad en los salarios y optó por una mayor flexibilización, sin asistencia social pero con trabajo. Mientras que el europeo mantiene "los fastos desenfrenados de una asistencia social orgiástica". Esta diferenciación entre las versiones de un mismo modelo nos coloca en una elección de hierro: si esto es lo que hay, optemos por el más bueno. Y en este caso, el más bueno es el que mantiene algunos de los viejos beneficios sociales (por cierto

---

<sup>13</sup> Forrester, Viviane. *Op. cit.*, pág. 28.

<sup>14</sup> Forrester, Viviane. *Op. cit.*, pág. 46.

cada vez más jaqueado por las necesidades de los monopolistas europeos).

Al sostener la ineluctabilidad de los hechos se niegan los errores, debilidades y contradicciones del sistema, sus puntos débiles, sus antítesis. Mientras que al denunciar la mansedumbre e inmovilidad de las masas negando sus prácticas, luchas y resistencias (pequeñas y grandes) a las imposiciones del sistema e incluso su existencia como sujetos económicos y sociales (porque claro, "están excluidos"), teoriza la inmutabilidad de los hechos. No hay otra, hay que soportarlos buscando el mal menor.

La crítica al modelo neoliberal, especialmente yanqui, que realiza Viviane Forrester se mueve sobre las evidencias de un movimiento económico y social, cuyos efectos devastadores no dejan dudas, pero esas mismas evidencias encubren más elementos y aspectos que los que se denuncian. Precisar lo que se mueve detrás de la evidencia permitiría ver otra u otras soluciones al problema, justamente porque, si el resultado futuro depende de nosotros, no alcanza con enunciar una situación sin perfilar una posible solución ni definir el "nosotros".

Ese "futuro que depende de nosotros" para Forrester está constituido por los buenos burgueses, únicos capaces de paliar el horror, sobre la base de un "pensamiento movilizador" provisto por los intelectuales, contrarrestando la nueva categoría de tecnócratas del mundo virtual, tras la cual Forrester hace desaparecer a las clases explotadas (junto con los explotadores) y a los monopolios e imperialismos.

*La Marea* Nº 11, otoño de 1998.

**Cristina Mateu** es historiadora y docente de la Universidad de Buenos Aires.

## EL FIN DEL TRABAJO: FALACIA Y RESIGNACIÓN

ANA P. DE QUIROGA

El debate acerca del *fin del trabajo*, anuncio apocalíptico sobre mutaciones históricas en el que surgiría una sociedad sin trabajo, emerge con fuerza en el seno del nuevo orden mundial.

Este "nuevo orden", marcado por la unificación de los mercados, la expansión planetaria del modelo capitalista y la desaparición del campo socialista, se configura a fines de la década del '80 e instala, a su vez, una organización de la producción, que asume como estructural una desocupación de más del 30% de la fuerza activa del trabajo.

Los hechos que gestan este nuevo orden y hacen a sus características sustanciales, sus crisis y vicisitudes, engendran discursos que lo enuncian, lo legitiman o lo critican.

Quisiera abordar la temática del *fin del trabajo* desde la perspectiva que me concierne como psicóloga social, indagando la relación entre proceso social y subjetividad. Esto implica una reflexión sobre la "situación" de los sujetos de un orden socio-histórico dado, los sujetos de un sistema de relaciones sociales, en lo que hace a sus condiciones concretas de existencia, a un universo que es a la vez material y simbólico.

He mencionado a los discursos que hoy recorren la vida social y forman parte de ella, porque estas producciones simbólicas tienden a "dar cuenta de", a significar e interpretar una



percepción, pero también contribuyen a orientarla y en alguna medida a organizarla, ya que la percepción de un hecho se da en un mundo social. Esta orientación y organización puede ser esclarecedora, promoviendo conocimiento, o por el contrario, encubridora, distorsionante.

El discurso de Francis Fukuyama, que enunció triunfantemente en 1989 el "fin de la historia" como aplanamiento y desaparición del conflicto, sigue siendo el eje ideológico de aquellos que le sucedieron, en tanto da apoyatura al discurso de la *globalización* en sus distintas versiones y al anuncio del fin del trabajo.

Para Francis Fukuyama el "*fin de la historia*" surgía de una culminación: la de la evolución ideológica del hombre. Ésta se cumplía en la concepción y definitiva puesta en marcha del más adecuado de los sistemas sociales: la democracia liberal. La derrota del socialismo era para Fukuyama una prueba en sí misma de su imposibilidad. Para dar respuesta a las necesidades de los hombres, renacía así, fortalecido y triunfante el modelo que le era antagónico. Si bien entonces el filósofo del Departamento de Estado de EE.UU. reconocía las falencias de la democracia liberal, su carácter "perfectible" le permitía augurar una nueva era cuyos rasgos consistían en la extinción de los conflictos y un camino hacia una sociedad que reparara desigualdades irritantes.

Creímos perimido el mensaje de Fukuyama al estallar la guerra del Golfo, y los enfrentamientos que desgarraron Europa Central o la ex URSS. Sin embargo, lo esencial de ese discurso, aquello que legitimaba las transformaciones que se daban en las relaciones de poder, como culminación de la historia, aquello que declaraba "irreversible" a este orden, quedaba en pie. En ese tejido ideológico se engarza el texto de la llamada *globalización*.

Sobre la base de esas nuevas relaciones, e instrumentando en los hechos y en la representación el lógico e inevitable desarrollo tecnológico —que surge a su vez del desarrollo de las fuerzas y procesos productivos— un sector con creciente concentración de riqueza y poder procede, como un modo de incrementar la tasa

de ganancia en disminución, a expulsar de los procesos productivos a millones de seres humanos. *Esta expulsión, contrariamente a lo que tiende a imponerse como representación social, no tiene su causa en el avance tecnológico. Sin embargo, su causalidad social queda enmascarada como "efecto" en una tercera revolución industrial. Como interpretación de estos acontecimientos históricos Rifkin acuña así su hipótesis del "fin del trabajo".*<sup>1</sup> Esa afirmación espectacular, impactante, se articula a su vez con la visión catastrófica de Viviane Forrester en *El horror económico*.<sup>2</sup>

Soy consciente de estar estableciendo relaciones entre propuestas diversas, que con matices incluso antagónicos, han quedado atrapadas en una concepción del proceso histórico que adolece de una mirada unilateral sobre el desarrollo de las contradicciones sociales. Esta concepción niega implícitamente el movimiento como secuencia ininterrumpida en la vida social, y porta un mensaje adaptacionista que presupone que, acordemos o no con él, *este es el único mundo posible*.

¿Por qué hablo de un mensaje adaptacionista? Porque aún en sus formas más críticas, este mensaje niega al hombre como sujeto del conocimiento y protagonista de la historia, capaz de transformar revolucionariamente las relaciones de poder y de propiedad. Pese a que Rifkin propone una alternativa, la del *tercer sector*, éste es un camino crítico y reparatorio a desplegar dentro de un sistema económico al que se analiza lateral y superficialmente. Al mismo tiempo mistifica a la tecnología, desgajándola del proceso sociohistórico del que forma parte. La tecnología no parece, según la exposición de Rifkin, una creación humana dada en un proceso de trabajo, sino un monstruoso demiurgo servido por víctimas a las que devora.

La ambigüedad y la inversión causal son rasgos del pensamiento de Rifkin. *El fin del trabajo* se inicia con una frase reve-

---

<sup>1</sup> Jeremy Rifkin: *El fin del trabajo. El declive de la fuerza global y el nacimiento de la era posmercado*. Paidós, Bs. As., 1996.

<sup>2</sup> Viviane Forrester: *El horror económico*. Fondo de Cultura Económica, Bs. As., 1997.

ladora: "Desde el principio de los tiempos las civilizaciones han quedado estructuradas, en gran parte, alrededor del *concepto de trabajo*" (bastardilla A. P. de Q). ¿Qué lugar otorga Rifkin al trabajo humano, en tanto proceso de intercambio entre el hombre y la naturaleza, como práctica social? ¿El trabajo como práctica humana es gestor del orden social e histórico? ¿O esta idea es un "paradigma" que las actuales condiciones materiales y sociales nos plantean abandonar? Al afirmar que el trabajo como concepto ha organizado históricamente las civilizaciones, Rifkin se aproxima a la idea de Castoriadis acerca de las "significaciones sociales centrales", que dominan en el imaginario social y, emergiendo de la imaginación radical, se efectivizan y dan lugar a un orden histórico particular.

Considero que para eludir ciertas ambigüedades del pensamiento de Rifkin es necesario *desidentificar* lo que en el texto aparece muchas veces confundido: el trabajo como proceso de creación, de transformación, de diseño y realización humana, con los "puestos de trabajo", la inserción laboral. Esta identificación es un elemento clave en un discurso que, en el seno de una reducción multitudinaria de puestos de trabajo, posibilita que neguemos la percepción de múltiples formas de trabajo que se manifiestan en un universo infinito de productos.

Estas formas de trabajo, algunas simples y otras de alta sofisticación, están presente en los actuales procesos productivos.

Rifkin plantea en su análisis una escisión imposible: la ruptura entre trabajo y producción. Desde allí puede hacer suya la frase de Vasili Leontieff: "A partir de los ordenadores, el papel del ser humano como el factor más importante en la producción, está destinado a disminuirse o ser sustituido, como los caballos en las tareas agrícolas". De esto se desprende que el autor desconozca rasgos específicos del trabajo humano, como son la creación de instrumentos y tecnologías. Así lo demuestra al sostener que el *software* sustituirá a los empleados, la máquina pensante sustituirá la mente humana en cualquiera de los ámbitos de la actividad económica.

## Trabajo y subjetividad

¿Por qué sigo este hilo en mi análisis? Porque entiendo que Rifkin no comprende la relación fundante entre trabajo y psiquismo, trabajo y orden socio-histórico, trabajo y subjetividad. Si desconoce o niega la relación dialéctica, de mutua transformación entre el hombre y la naturaleza, relación en la que produce y se produce, es comprensible tal tratamiento abstracto del problema. ¿Por qué abstracto? Porque en él el desarrollo tecnológico aparece desgajado tanto de las relaciones sociales en las que se gesta e instrumenta como de las características de los sujetos que han protagonizado ese desarrollo y que son impactados por él. Ese sujeto, que para inventar la fibra óptica ha obrado como *sujeto del conocimiento*, instrumentando elementos de la física de última generación. Esa invención ha requerido, para concretarse en producción, del trabajo vivo, del trabajo humano de aquellos que operan para producirla y ponen en marcha un trabajo pretérito. Esos conocimientos, ese instrumental, ese *soft* y ese *hard* carecerían de aplicación y sentido sin este ser vivificado por el trabajo humano actual. No existen por sí mismos.

En un pensamiento que hace abstracción de la sustancia de la historia, las relaciones sociales, es factible que el salto cualitativo en el desarrollo tecnológico aparezca como mutación, y que lo que es motor de la historia, los hombres, sus necesidades, su energía psicofísica, su capacidad creativa, se pueda ubicar en un proceso de extinción y al margen de la producción. Por eso, en el actual momento histórico este supuesto "fin de la historia" debe ser enunciado como "fin del trabajo".

Insisto: ¿en qué fundamento mi afirmación de que la propuesta del tercer sector como camino alternativo es adaptacionista? En que tal propuesta se sustenta en la convicción de la desaparición del trabajo humano en la producción, dejando a los trabajadores sin función social, convicción que conlleva la aceptación de las relaciones de poder y propiedad que han instalado este orden de exclusión y superexplotación. Rifkin plantea un "nuevo contrato social", que surge obligadamente por la "pérdida del papel del trabajo" en la vida social, y el eclipse

y debilitamiento del Estado-nación ante el poder de las multinacionales.

El desarrollo de un *tercer sector*, cuyo sentido y tarea más evidente es la utilización de la fuerza de trabajo desempleada o subempleada "que pierde en la actual organización social su destino"<sup>3</sup> en la reconstrucción de comunidades locales, sería la base de este *nuevo contrato social*. Esta tercera fuerza, independiente del mercado y del sector público, se haría cargo de los servicios a la comunidad, la asistencia sanitaria, la alfabetización y otras formas de la tarea educativa. En síntesis, apuntaría a promover una mejor calidad de vida. El sistema de intercambio en el *tercer sector* no está centrado en el beneficio económico, si bien puede llegar a tenerlo. Estas propuestas se ligan a las de la llamada *economía social* desarrolladas en Francia.

Explícitamente, este trabajo comunitario, este voluntariado, en el que encontrarían razón de ser y pertenencia aquellos a quienes el "avance tecnológico" (no las relaciones sociales) condena a la pobreza, la exclusión y la pérdida de identidad, obraría, según Rifkin, como *colchón* frente a los golpes tecnológicos de la tercera revolución industrial. Entre esos golpes, el autor incluye la violencia, los enfrentamientos entre distintos sectores sociales "incluso con los ricos" y el crecimiento de una subcultura al margen de la ley. La participación en el *tercer sector*, en el que debería tener un rol orientador el gobierno, es propicio para las organizaciones sin fines de lucro, preocupadas por el interés comunitario. El incentivo y la forma remunerativa estarían dados por la excepción de impuestos y un *salario simbólico* (alternativo pero equivalente al subsidio por desempleo).

### **Precarización laboral y patología mental**

Al iniciar esta nota señalé la particularidad de mi perspectiva, la de la psicología social. Si bien he planteado algunas cuestiones acerca de la relación entre orden social, subjetividad

---

<sup>3</sup> Rifkin, J. *Op. cit.*

y trabajo, quisiera puntualizar algunos hechos desde una preocupación creciente. Me refiero al impacto en la salud mental de la mayoría de los habitantes de la Tierra sufrido por la precarización de la inserción laboral, propia de este sistema expulsivo del mercado de trabajo.

La crisis actual del sistema capitalista, la agudización de la contradicción que le es propia entre producción social y apropiación privada, y las formas de enfrentarla que se han impulsado desde los centros del poder económico-político (cuestiones todas ignoradas por Rifkin) han provocado un daño psicológico comparable al de una guerra mundial. Al punto que hoy se define a los efectos de este sistema como "catástrofe epidemiológica" (OMS '97). La depresión se ha convertido, junto a distintas formas del *panic syndrom*,<sup>4</sup> en la patología dominante. A la vez que la falta de perspectivas y proyecto se ubica en la génesis de distintas formas de enfermedad mental (OMS '94). El trabajo, como actividad racional encaminada a la producción de valores de uso destinados a satisfacer necesidades humanas, es condición de la vida en sus distintas dimensiones: lo psicofísico, lo social. Es asimismo, forma principal de intercambio entre el hombre y la naturaleza. Intercambio social que implica un orden simbólico ya que se trata de relaciones de los hombres entre sí y con la naturaleza, no importa cuán mediada esté esta relación por tecnologías e instrumentos productos del trabajo.

---

<sup>4</sup> Este nuevo orden mundial es definido como "catástrofe epidemiológica", porque engendra nuevas patologías, y redimensiona las pre-existentes. El síndrome de pánico, o Panic Syndrom, reconocido por primera vez como cuadro emergente y en extensión, primero en EE.UU. y hoy en distintos lugares del mundo "globalizado", es un signo de nuestro tiempo. A una sobreexigencia vivida como intolerable, se le suma la parálisis, la vivencia melancólica de no poder sostenerse en un lugar familiar, social. Se está ante el derrumbe. Las patologías del nuevo orden se manifiestan tanto en el plano de la simbolización, en el ataque al pensamiento y la vivencia de pérdida de apoyaturas, como en el silenciamiento de las señales del cuerpo y el daño al sistema inmunológico, lo que genera distintos tipos de colapsos psicósomáticos. Resulta interesante establecer relaciones entre las patologías de la sobreadaptación, y lo que Hans Selye describió, hace más de cincuenta años como "síndrome general de adaptación": aquel en el que por exceso de defensa se tensa al máximo la contradicción organismo-medio, causando lo que hoy se conoce como estrés.

Las necesidades humanas fundamentales se satisfacen en el trabajo. Cuando este es libre y creativo es posible para nosotros reconocernos en el proceso y en el producto. Lo que emerge en el trabajo, y en las acciones destinadas a su elaboración. Es un mensaje acerca de nosotros mismos, nos confirma, dice de nuestra potencia, es una realización de objetivos, de ideas.

Algunos de los mecanismos psicológicos que operan en la relación sujeto-trabajo-producto son los de *proyección* e *introyección*. Al "proyectar" ponemos en el proceso y en el producto aspectos valorizados, idealizados de nosotros mismos. El proceso de trabajo y su producto sostienen estos aspectos y nosotros reintroyectamos proceso y producto, lo internalizamos, pasan en la dimensión de lo psíquico a ser parte nuestra, a constituirse en aspectos de nuestra vivencia de identidad. ¿Por qué? Porque nos identificamos con el proceso-producto; nos encontramos en él. Nos reflejamos en algo valorizado. En esta relación, ese objeto valorizado se incorpora y aporta a la autoestima, a la fortaleza subjetiva, a la vivencia de continuidad y coherencia interna, al sentimiento de estar habitado por objetos buenos, de ser bueno y valioso. Estos sentimientos y vivencias nos defienden de la fragmentación y la melancolía, nos posicionan positivamente para afrontar la vida y sus vicisitudes, reparan nuestras heridas, nuestros aspectos dañados, dolidos.

Este proceso se inicia con el comienzo de la vida, en los primeros años. En nuestra cultura tiene particularmente la marca del juego y se continúa más tarde en el trabajo creativo. Pero al hablar de trabajo creativo no puedo obviar algo fundamental en el análisis del trabajo humano y sus vicisitudes históricas: el proceso de trabajo se da en relaciones sociales concretas, relaciones de producción, relaciones de propiedad, que engendran relaciones de poder.

### **¿Fin del trabajo o creciente alienación del trabajo?**

Desde los inicios del sistema capitalista, el sujeto que no es propietario de los medios de producción ingresa al mercado de

trabajo ofreciendo su energía psicofísica, habilidades y conocimientos, su fuerza de trabajo. Ingresa a ese universo infinito de mercancías como otra mercancía, y vende por un tiempo delimitado esa fuerza de trabajo. Queda sujeto a la ley de oferta y demanda y la competitividad, hecho que en la actual reorganización del trabajo ha sufrido un incremento cualitativo.

Los efectos psicológicos de este proceso han sido estudiados hace más de un siglo. No creo redundante mencionarlos, a fin de repensarlos en la circunstancia actual. En la relación productor-producto se instalan distintos grados de escisión, la condición de mercancía lleva a una autopercepción cosificante de sí y de los otros, hay una distancia con lo que se produce. En el trabajo mecánico (el que se da en la línea de montaje, por ejemplo) ese objeto no es ni planificado ni visualizado sino fragmentadamente. La constricción de los ritmos productivos, de no ser propietario temporal de su cuerpo y su mente lleva al sujeto a una relación con el objeto que puede ser de odio o en el mejor de los casos, ambivalente.

El proceso de proyección-introyección se ve obstaculizado, lo que impacta en la autoestima y la fortaleza del yo. Estos son aspectos de la alienación. Sin embargo, lo que hace a su rasgo principal, lo que la define, es que el sujeto no se apropia del proceso ni del producto de su trabajo. El mundo de la riqueza le resulta ajeno, más aún, opuesto. No puede verse como creador productor de ese mundo, un mundo que se le aparece como un universo de relaciones entre cosas, no entre personas articuladas por las relaciones productivas. El mundo infinito de los productos del trabajo humano, de los objetos, se le manifiesta como el "modo de ser del mundo", ingobernable; se siente a su merced. Podemos decir, entonces, que el sujeto es atacado en su identidad, fragmentado en su relación con el mundo, y en ese quiebre impuesto por relaciones objetivas, por su posición en la producción, insisten los discursos adaptacionistas, como los de Rifkin o Drucker, con los que se intenta manipularlo.

¿Qué ocurre hoy con la unificación de mercados, la llamada globalización de la economía, la implacable competencia de los monopolios y lo que algunos autores denominan "tercera revolu-



ción industrial"? El extraordinario avance tecnológico conduce a un descenso de la tasa de ganancia. Esto se da por el monto de inversión requerido por una tecnología de rápida obsolescencia (estos rasgos tampoco son tenidos en cuenta por Rifkin).<sup>5</sup> Desde la lógica del capitalismo deben replantearse las formas productivas para el aprovechamiento máximo de la fuerza de trabajo.

¿Desaparece con ello la alienación o se gestan nuevas modalidades de existencia alienada? Como tendencia, se perfila un operario con alta capacitación y un ritmo acelerado de producción. "El trabajador polivalente" es requerido no sólo para manejar una computadora sino también para hacer mantenimiento y limpieza. Se le exige una nueva, mayor disponibilidad para la empresa en términos de tiempo e involucramiento. Disponibilidad de veinticuatro horas al día, siete días a la semana, esto es lo convenido en varias empresas y propuesto en las leyes de "flexibilización laboral". Esa disponibilidad requerida es, de hecho, antagónica con el estudio, la práctica religiosa, deportiva o política, deteriorándose la vida familiar.

A la vez, la unidad productiva es el grupo. Esto podría significar posibilidades de mayor intercambio y creatividad. Pero entre las tareas asignadas a esos grupos o "*islas de producción*", está el control de calidad de lo producido, el orden y el mantenimiento. Ese grupo debe asumir no sólo la lógica responsabilidad de un producto bien realizado, sino de la satisfacción y permanencia del cliente. Sus responsabilidades incluyen el suplir lo que la enfermedad de un integrante del grupo resiente en el trabajo, ya que la excelencia no puede disminuir. Si algo falla, será señalado el grupo responsable y el sujeto al que se le atribuye el error.

La pertenencia se incentiva desde la competitividad empresarial, asumida como problema común, ya que la competitividad garantizaría la fuente de trabajo. Al operar la ley de mercado como institución fundamental de este nuevo orden, regulando los

---

<sup>5</sup> El costo de la tecnología, y de la inversión en ella no es analizado en profundidad por Rifkin.

intercambios entre los seres humanos, la competitividad excluyente se instala como máximo valor social. Esto es sostenido insistentemente en los hechos y en las representaciones sociales e impacta en los vínculos, en las distintas formas de relaciones interpersonales, conduciendo a una resignificación del otro como rival a excluir o destruir. En este sentido, nos interrogamos por esas formas grupales asentadas sobre el control recíproco. Las representaciones sociales que tienden a dar cuenta de las nuevas formas de organización de la producción pueden generar distorsiones profundas en lo que consideramos procesos esenciales de la grupalidad: su función de sostén del sujeto e instrumento de crecimiento. A la vez, podemos avizorar la inducción a una falsa representación del propio lugar en las relaciones productivas. La responsabilidad laboral contribuye a la fortaleza del yo, pero la confusión inducida entre responsabilidad laboral y responsabilidad empresarial puede conducir a identificaciones generadoras de falsa identidad. Esto entraña nuevas formas de alienación.

Las altas cifras de desocupación asumidas como estructurales por la nueva organización de la producción generan, a nivel de la sociedad en su conjunto, lo que hemos llamado *"un horizonte de amenaza"* y *"el terror de inexistencia"*, engendrando agudas formas de sufrimiento e incrementando la alienación.<sup>6</sup>

En el desempleo el sujeto queda objetivamente ubicado en una situación de desinserción en aspectos fundantes de la vida social, y es impactado en su esencial identidad de productor. Esto tiende a producir un deterioro de la autoestima, impulsa a sumergirse en vivencias de impotentización y melancolización. El proceso resulta diferente si la *"lectura del mundo"* que ese sujeto tenga, y sus apoyos vinculares le permiten un posicionamiento como sujeto social de poder.

Si la persona se aísla y culpabiliza, su riesgo es quedar capturada en esas vivencias de pérdida, como primera reacción ante un hecho que lo aleja de un rol social valorado. En este

---

<sup>6</sup> Ver en este volumen *"El hombre tiene hoy terror de inexistencia"*.

acontecer son fundamentales el sostén de su grupo familiar, de sus compañeros, tanto como la visualización del carácter social del hecho y de los intentos sociales de respuesta. También resultan decisivos los procesos identificatorios que desarrolla, es decir, si se entrega a su situación sólo como víctima, o si puede hallar, en el encuentro activo y esclarecedor con otros que vivan los mismos problemas, una potencialización recíproca para el análisis y despliegue de recursos de acción. Puede entonces, reconocerse en el efecto de su acción social como sujeto de poder.

Hechos y discursos han contribuido a generar el mencionado terror de inexistencia, la fragilización subjetiva. Allí encuentra terreno fértil el discurso adaptacionista que proclama contundentemente: "este es el único mundo posible". Ante el mensaje muchos tienden a adaptarse a los hechos, a dar una respuesta "adecuada" a las nuevas pero irreversibles realidades.

Pero esa adaptación no se da desde la fortaleza yoica, sino desde el sometimiento. Se trata de una sobreadaptación que implica la construcción de un falso *self*, una falsa *identidad*, que está íntimamente ligada al proceso de alienación y requiere de una subjetividad fragmentada. El sujeto se escinde, se desconoce en sus propias necesidades, sentimientos, historia y relaciones, jerarquizando sólo la que lo somete, en tanto supone que ésta le otorga significatividad y existencia, todo lo cual implica un proceso de identificación con el agresor.

En el adaptacionismo, negación de contradicciones y sumisión, una parte sustantiva de las emociones y el pensamiento, así como de las señales del cuerpo es suprimida, obturada. Se deterioran los procesos de simbolización. El sujeto no puede pensar ni pensarse autónomamente a sí mismo ni a la realidad objeto de conocimiento. Este acontecer es reforzado por un discurso que desde la fuente de poder ejerce en forma sistemática la desmentida de la percepción.

En la vida social se insinuaron primero, y se despliegan hoy, fuertes confrontaciones acerca del modelo neoliberal que ha impuesto su hegemonía en el proceso de unificación de los mercados. La crisis de los países asiáticos, y su repercusión tanto

en América latina como en los grandes centros de poder económico, pone al desnudo sus graves falencias.

El sufrimiento de millones de seres humanos hundidos en la miseria al derrumbarse los "paraísos emergentes", el dolor de los que están destinados por estas relaciones de poder y propiedad, a un lugar de sometimiento, violencia y pérdida, nos reclama tomar parte activa en esta confrontación. Entiendo que una tarea para hoy es la de desmitificar los discursos que pese a su diversidad se homogeneizan en la idea de lo irreversible de este orden, en su carácter esencialmente inmutable. En esa concepción convergen —no siempre en forma manifiesta— las palabras de los economistas sostenedores de este sistema. Ellos definen a la desocupación como un "flagelo", Rifkin teoriza la desaparición del trabajo y propone un camino de homeostasis social. A su vez, Viviane Forrester, quizás sin mirar lo que ocurre en los movimientos de jóvenes y obreros en Francia, nos dice: "Todo es silencio y vergüenza, a los condenados solo les queda olvido y oprobio". Quedan silenciados en este análisis, de vasta difusión, el desarrollo y crecimiento de otras posiciones. Estas son la que cuestionan en la práctica y en lo teórico este nuevo orden mundial y plantean su transformación radical.

Las luchas obreras en Francia, en Alemania, en la ex Unión Soviética, las luchas en nuestro país, que han conmovido a pueblos enteros y han llevado, por ejemplo a una madre a sentarse con sus hijos al borde de una ruta, no significan de ninguna manera una resignada aceptación de la pérdida de un lugar en el mundo. Por el contrario, se trata de una violenta confrontación contra el poder que intenta arrojarlos a un lugar de marginalidad. Por eso, para mí sigue siendo fundamental una frase de un fogonero de Cutral-Có que me dijo: "creen que nosotros salimos a las rutas porque no tenemos nada que perder; no lo crean, tenemos mucho que perder, tenemos por perder la dignidad". La dignidad es una bandera por la que hoy se levantan muchos en el mundo, como el Subcomandante Marcos y los indígenas de Chiapas. Muchos movimientos replantean hoy esta recuperación de la condición humana, de la dignidad, condición en la que el trabajo tiene un lugar especial.

Esta confrontación social, que está marcando nuestra llegada al tercer milenio, no deja afuera a ninguno de los campos de la práctica social, incluidos los de la cultura y la ciencia. Esta lucha se da también en el seno de la psicología social, disciplina con la que tanto es posible apoyar las formas de organización, de autogestión y protagonismo, o promover, bajo una modalidad de supuesto desarrollo comunitario, las formas adaptativas, articulando y exhaltando la propuesta del *tercer sector*.

*La Marea* Nº 11, otoño de 1998.

## EDUCACIÓN Y TRABAJO: UNA RELACIÓN POLÍTICA

GUILLERMO VOLKIND

Hoy se responsabiliza a la institución escolar por no cumplir con los objetivos que le "corresponden", acusándola de no estar a la altura de los requerimientos modernos. Los recientes resultados de las pruebas de ingreso a la Universidad de La Plata, Rosario y Córdoba, estimulan estos comentarios.

Junto a esta "valoración", la CEPAL-UNESCO plantea que la educación y el conocimiento serán el eje de la "transformación productiva con equidad". Al decir de especialistas como Juan Carlos Tedesco, Ernesto Schiefelbein, Germán Rama, la educación en América latina será la base del crecimiento y desarrollo. Estos funcionarios de la UNESCO consideran que "tal vez esta sea la última oportunidad" que tienen nuestros países de crecer.

En un reportaje de *Clarín* al sociólogo Carlos Waisman éste afirma que "el futuro de la Argentina en la economía mundial depende de la calificación de su mano de obra y eso está íntimamente ligado al nivel del sistema educativo y a las políticas de enseñanza que se implementen. De la manera en que se formen los argentinos dependerá si en el futuro vamos a competir con China, una sociedad con exceso de mano de obra barata, con poca calificación y bajos salarios, o con países emergentes de nivel medio-alto como la República Checa o Hungría".

Más allá de la tergiversación conceptual que hay en estas afirmaciones, todos coinciden en otorgarle un gran "poder" a la

educación, corroborado por el citado informe de la CEPAL, que reconoce al conocimiento como el elemento central del nuevo paradigma productivo. Refuerzan la idea diciendo que "el Asia del Pacífico ha demostrado que un país pobre se puede desarrollar, aun sin abundantes recursos naturales, siempre que invierta lo suficiente en recursos humanos".

Los expertos tienen la "certeza" de que el conocimiento será el factor de cambio y crecimiento económico. Lo que no se explica entonces es la debacle económica de los "tigres de la Malasia" y el enorme salvataje que tuvo que enviar EE.UU. para que no arrastrara sus negocios nacionales e internacionales. Más aún, después de que se los colocó como paradigma a imitar en el campo educacional. Otro hecho inexplicable es que en EE.UU. los especialistas reconocen serias deficiencias en su sistema educativo pero su expandido sistema productivo no parece sufrir las consecuencias.

A su vez, la demanda que recibe la escuela es porque no prepara para los requerimientos laborales. También que la producción exige una formación técnico-profesional muy superior a la que otorga el sistema educativo. En realidad, uno de sus principales problemas es estar demasiado atada a las determinaciones del sistema económico y cuando las organizaciones productivas abandonan unas modalidades y adoptan otras porque consideran que de esa manera pueden obtener más ganancia, exigen que el sistema educativo acompañe rítmicamente su viraje.

En la Argentina, el carácter de país dependiente, la política económica y las necesidades de las empresas monopólicas tuvieron directa incidencia en el diseño y organización del sistema educativo. Es más, la educación técnica en la Argentina, que ha sido calificada de obsoleta y deficiente y que hoy se destruye, fue diseñada a imagen y semejanza de las demandas de la industria, en muchos casos también, los impuestos que pagaba a esta educación, les permitía incidir en la formación de los que serían potenciales técnicos y obreros de sus empresas. Hoy, con la idea de que la educación tiene que ser solventada por *sponsors*, seguirán determinando de acuerdo a su conveniencia

Bien lo ilustra la ministro Decibe en un artículo de *Clarín* 10/9/97 cuando dice que el señor Ford inventó una manera de producción más barata para que todos pudieran comprar lo que fabricaba, luego "Keynes le facilitó la tarea para que no sólo Ford sino todas las empresas que aplicaron el fordismo como manera de organizar el trabajo pudieran vender sus productos. Era la sociedad del trabajo mecánico, repetitivo, y del estado de bienestar". Continuando con la ministro, afirma que "la experiencia japonesa revolucionó los niveles de productividad basándose en un trabajador altamente calificado e informado, con profundo involucramiento en el proceso productivo". Esto es lo que le permite sostener que estamos en la puerta de una sociedad basada en el conocimiento.

Los rasgos del fordismo pueden ser reconocidos fácilmente en la filosofía del sistema educativo. El concepto del trabajo homogéneo, controlado y lineal fue aprendido en las escuelas y reforzado en los lugares de trabajo. Los conceptos de organización escolar, planeamiento y evaluación son tomados de los modelos empresariales. Los cambios que produce la "experiencia japonesa" identificada como toyotismo están en relación directa con lo que aprendieron los capitalistas para aumentar la plusvalía en un contexto donde la productividad del trabajo se puede incrementar a partir de formas organizativas vinculadas a nuevas tecnologías. Estas formas de organización de la producción necesitan de obreros más capacitados que tengan mayores responsabilidades y se impliquen en la producción. A los avances tecnológicos les agregan los producidos a nivel de las relaciones humanas. El objetivo sería sacarle a cada obrero su máxima capacidad. Esta nueva forma también provocó cambios en el vocabulario pedagógico. Se comenzaron a instalar términos tales como eficiencia, competitividad, calidad, excelencia, administración de recursos, gerenciamiento de la unidad escolar, rendimiento, plus por productividad, convenios, etc. También se generalizan otros que fueron sacados de la experiencia que desarrollaron los docentes en el campo específico y de las llamadas posturas progresistas en educación. Es el mismo mecanismo con el que los capitalistas se apropian de años de experiencia del movimiento obrero.



Uno de los conceptos que puede ilustrar sobre esta relación es el de trabajo en grupo. Si bien los conceptos sobre grupo se vienen aplicando en la mayoría de los campos y en educación hay varios intentos, aquí aún no se ha generalizado. Sin embargo en la literatura de la Reforma Educativa aparece la "escuela nueva para el siglo XXI", donde predomina la organización grupal de la clase. Se insiste en que terminó la clase frontal, que el conocimiento circula entre los alumnos, que éstos aportan desde su experiencia y que todo esto lo ponen al servicio de la resolución de problemas utilizando diversos recursos. El docente planifica la tarea, orienta, supervisa. La escuela tendría "libertad" para llevar adelante la estrategia y junto con la comunidad elaboraría un proyecto institucional para dar respuesta a las necesidades de la zona. A su vez, los docentes serían evaluados en función de los objetivos logrados. ¿Dónde está el Estado? ¿La escuela se hace cargo de todo? ¿Se le otorga una supuesta libertad para poder responsabilizarla de los fracasos? Lo sospechoso de esto es que guarda una gran similitud con el concepto de "equipos de producción" que está instalado en las grandes empresas de la Argentina. "La unidad" de producción busca involucrar al obrero en todo el proceso productivo, hacerlo cargo de los problemas y la búsqueda de soluciones, hacerlo responsable de la calidad de lo producido y aunque parezca paradójico, sentirse incluido en los objetivos de la empresa.<sup>1</sup> En el N° 29 de la *Revista Argentina de Política y Teoría* se explica que la intención de respetar las características del trabajo del obrero puede generar la ilusión de atenuar la contradicción fundamental de intereses que se da entre el obrero y el patrón. En realidad queda "cada vez más clara la socialización de la producción y cada vez más clara la propiedad privada", por lo tanto lejos de atenuarla es probable que se intensifique. Desde el punto de vista de la educación sería muy importante traspasar las "formas" grupales de aprendizaje para llegar a la esencia de su concepción y evitar falseamientos y deformaciones de los conceptos. Tal como lo definen Enrique Pichon-Rivière y Ana P. de Quiroga, un sujeto se constituye en

---

<sup>1</sup> Ver *Revista Argentina de Política y Teoría* N° 35.

una interrelación dialéctica con el medio y con otros hombres para satisfacer sus necesidades en un proceso donde transforma y es transformado. Es en esta adaptación activa donde pelea contra la alienación salvaguardando su salud mental. Un modo de trabajo grupal que excluya el concepto de transformación de los objetos y de las condiciones de existencia estimula la postura de la adaptación pasiva; idea contra la que hay que luchar en el terreno pedagógico ya que la escuela es un ámbito propicio para poner de manifiesto las contradicciones que son parte de la lucha de clases y no para encubrirlas o edulcorarlas. Por más que el auto hubiera sido fabricado por la célula, solucionado todos los inconvenientes, garantizada su calidad, en un ambiente cálido y distendido, sin capataces, apenas con un líder, cumpliendo el plazo estipulado pero acomodando los tiempos de elaboración al ritmo del grupo, inventando recursos, desarrollando estrategias eficaces, fue construido sobre la explotación de los obreros y la apropiación de su trabajo aumentando las ganancias del patrón.

Es a partir de estos elementos que podemos afirmar que la educación está influida por las necesidades productivas y que el día en que éstas varíen su organización, volverán a demandar a la escuela por obsoleta.

Por otro lado, son las leyes del capitalismo y el imperialismo y no las propuestas educativas, las que mantienen dependientes a los países de Latinoamérica.

Pareciera que el experto Germán Rama interpreta estos principios ya que considera que el empleo requiere que la educación forme "personas que no tengan habilidades específicas. Por el contrario, les pide competencias básicas, que sepan comunicar una idea, entender un texto, razonar, administrar recursos escasos, analizar problemas y trabajar en equipo".

Por lo tanto, el empleo es un problema ligado a lo anterior. Hoy, las empresas requieren estudios secundarios para tareas en los niveles más bajos de la pirámide laboral. La especialista en selección de personal Cristina Mejía explica que "tener nada más que el secundario es equivalente a ser semianalfabeto en el

mercado laboral". Los avisos clasificados de *Clarín* muestran que estos estudios completos son un requisito para trabajar como reposidores en los supermercados, empleados en estaciones de servicio, distribuidores de correspondencia, boleteros de subte, mozos, camareras, almaceneros.

El alto índice de desocupados permite a las empresas elegir personal sobrecalificado. Es así como puestos que antes eran desempeñados por egresados de nivel medio o estudiantes universitarios hoy son ocupados por profesionales recién egresados, bajo la forma de tramposos planes de pasantías. María Gallart, del Centro de Estudios de Población y experta en las relaciones entre educación y empleo destaca que las estadísticas demuestran que quienes tienen mejor formación tienen más chances. Pero admite que esto tiene un efecto relativo. "Antes en la Argentina una buena educación era garantía de ascenso social. Ahora, en cambio, apenas es un paracaídas que te otorga más posibilidades de sobrevivir en un contexto de desempleo y empobrecimiento. El aumento de la productividad en la industria no es un generador de empleo".

Quizás es Alvin Toffler, quien, en un análisis que cita el informe de la CEPAL, "explica" los dos aspectos que plantea Gallart cuando dice que "la educación ha pasado a ser una preocupación para los sectores avanzados del mundo empresarial, puesto que sus líderes reconocen cada vez más la relación entre educación y competitividad mundial". Para agregar más abajo que "la meta es una masa trabajadora mejor retribuida, pero más reducida y más inteligente".

A esta altura se van consolidando las ideas sobre la Reforma Educativa expresadas en el N° 1 de *La Marea*: "¿Qué es lo que necesita hoy el país desde el punto de vista de sus habitantes? Pareciera que están representados los intereses de aquellas 'empresas que auspician este programa'... y no las necesidades de la mayoría". En definitiva, la relación que se intenta establecer entre educación y sistema productivo y educación y empleo es política y son dos aspectos de un mismo problema. Su modificación en beneficio del pueblo, se logrará en el camino para cambiar el Estado. El trabajo es intenso y continuado, pero, para los

trabajadores de la educación, vale la pena recordar el final del poema *Elogio a la Dialéctica* de Bertolt Brecht:

*¿Cómo se podrá detener al que entienda de verdad lo que pasa?  
Pues los vencidos de hoy son los vencedores de mañana  
Y el jamás se convertirá en el hoy!*

*La Marea* Nº 11, otoño de 1998.

## LOS PROBLEMAS EDUCATIVOS IRRESUELTOS

A seis años de la promulgación de la Ley Federal en la Argentina, este gobierno<sup>1</sup> produjo una profunda transformación educativa, que no es simple cambio de aspecto exterior. Está logrando destruir en varios planos el sistema educativo argentino y sus consecuencias las vamos a sufrir durante mucho tiempo.

Los propios técnicos de la CEPAL que alentaron, dirigieron y orientaron esta transformación, admiten —en un documento reciente— que en Latinoamérica estas políticas han generado profundas diferencias. Se afirma en el documento que la Argentina es uno de los países de América latina que menos creció económicamente y que la educación no es un factor que logre, por sí mismo, desarrollo, crecimiento ni equidad, si no está acompañada de medidas económicas y sociales. Agrega que, aun teniendo progreso económico sostenido durante los próximos diez años no se lograría revertir el estado actual del país ni las profundas diferencias que esto ha generado. Quienes describen esta situación son los mismos técnicos que en el año 92 produjeron aquel documento, "Educación y trabajo, eje de la transformación económica", en el que sostienen todo lo contrario.

Cuando en el primer número de *La Marea* intentábamos

---

<sup>1</sup> Se refiere al gobierno de Carlos Saúl Menem.

entender cuáles eran los propósitos de la transformación del sistema educativo y decíamos que lo que se buscaba era la adecuación del sistema educativo a un tipo de país, funcional económicamente a los imperialismos, dolorosamente, lo tenemos que confirmar. Lamentablemente, con resultados más terribles de los que podíamos vislumbrar en aquel año.

Si se necesitara algo para ratificarlo, alcanzaría la iniciativa surgida en la provincia de San Luis<sup>2</sup> con las llamadas escuelas charter. Propuesta que buscaba el autofinanciamiento escolar con el sostén de un grupo de empresas, que supuestamente permitirían que la institución se administre y decida desde la remuneración de los docentes hasta cómo logran sus recursos. Esta experiencia muestra las perspectivas a las que aspiran. La idea del autofinanciamiento no es ni más ni menos que la posibilidad de destrucción de la educación pública y gratuita. Porque aquellas empresas que sostengan una institución escolar lo harán si responde a sus intereses económicos y decidirán, en última instancia, si ésta subsiste o no, si trabaja o no. Los docentes

---

<sup>2</sup> "En medio de protestas gremiales y políticas, el gobierno de San Luis puso en marcha el sistema de autogestión en cinco escuelas, todas creadas en marzo último. Hoy suman 2.300 los alumnos que cursan en sus aulas y está previsto habilitar tres nuevos establecimientos a partir del año próximo.

Junto con otras ventajas que animan a considerarlas como experiencias positivas, las escuelas autogestionadas promueven una mayor autonomía de gestión, lo que les permite quedar eximidas de requerimientos burocráticos que muchas veces constituyen un pesado lastre para la dinámica de las instituciones escolares. Las primeras mediciones de la experiencia de San Luis llegarán antes de cumplirse dos años de su funcionamiento. Se realizarán evaluaciones y encuestas a los padres para conocer su grado de conformidad con el sistema. Mientras tanto, debe alentarse esta experiencia, que puede constituirse en una herramienta útil para la transformación educativa que el país necesita". Este es parte del texto del Editorial del diario *La Nación* del 1/10/2000.

Confirma que la política educativa, congruente con la nacional, continúa con el rumbo delineado por el gobierno anterior. Es imprescindible prestar atención a la "Experiencia San Luis" porque con la apariencia de la autonomía y desburocratización, van a intentar seducir a docentes y padres para que "tomen en sus manos la educación". Este engaño le facilitará al gobierno deshacerse de la responsabilidad de la educación y mantendrá su rol de gendarme a través del control de los resultados de las evaluaciones nacionales y de la calidad educativa.

punteños masivamente enfrentaron la medida con un paro y ella quedó sin efecto.

Esta política afecta a todos los niveles desde el universitario al primario. La Ley de Educación Superior ya efectivizó aranceamientos en todos los estudios de postgrado, y obliga a la universidad a buscar recursos para desarrollar la investigación. Es otra expresión del intento realizado en San Luis.

Por lo tanto en la Argentina, se desarrollarán aquellas instituciones educativas que respondan a intereses monopólicos, y el resto serán aguantaderos de jóvenes, en donde la tarea principal, la enseñanza, se irá perdiendo. Esto generará, como ya está generando ahora, enormes brechas, particularmente en el acceso al conocimiento.

La situación educativa es ya, en muchos lugares del país, caótica. No sólo se ve en las dificultades edilicias, sino también en un fenómeno que no está registrado, que es la existencia de una cantidad enorme de docentes desocupados. Docentes que se han quedado sin trabajo y que muy difícilmente volverán a conseguir otro cargo. En las provincias el trabajo docente es una de las fuentes principales de ocupación laboral y el Estado es el principal empleador.

Esta situación contrasta con lo que se quiere mostrar como el avance del sistema educativo modernizado en el país con nuevos contenidos. Hay una enorme desorientación sobre la articulación de los niveles y sobre cuál es la tarea del docente.

El actual proyecto educacional tiene una enorme unidad, aunque todavía no se lo pueda percibir completamente. La prueba de finalización del nivel educativo es un "globo de ensayo", con el que se pretende ubicar a cada alumno y a cada escuela del país en un ranking de "calidad". No es más que la expresión del poder de policía que se reserva al Estado, que promueve la descentralización y la autonomía y conserva para sí la posibilidad de determinar qué se hace en cada lugar.

El proyecto final apunta a que las escuelas con mejor "rendimiento" serían las elegidas para ser subvencionadas, así las empresas aportarían a aquellas más "eficientes". El Estado, mediante las llamadas políticas compensatorias, se haría cargo

de las otras, las "no eficientes", con lo que se pretendería resolver falta de equidad, es decir, desigualdad que genera esta política. Lo que muestra el caso del Gran Buenos Aires es que los jóvenes permanecen en el sistema porque es obligatorio, porque allí reciben alimentación, y el Estado, ante la falta de trabajo, los retiene e impide que se incorporen al circuito laboral.

Si bien la educación es obligatoria durante doce o catorce años no se logra con ello la calidad como resultado, ni la apropiación del conocimiento. Esta es la verdadera desigualdad, la que se está profundizando en todo el país. Y esta desigualdad no se resuelve con políticas compensatorias, ni con edificios pintados, ni con estufas, ni computadoras que funcionen o no.

Es imperioso el aumento del presupuesto educativo, la derogación de la Ley Federal de Educación y la Ley Superior de Educación, además de decretar la emergencia educativa y volver atrás con los cambios estructurales ya implementados, porque ha quedado demostrado que no sirvieron para mejorar, por el contrario, son factor de destrucción y desorientación.

Sin aumento del presupuesto educativo es imposible resolver el aumento salarial y la capacitación docente, ni solucionar la creciente desocupación. El fondo de incentivo salarial docente no sólo fue una gran mentira, sino que intenta tapar el sol con un botón, enfrentando a los trabajadores entre sí. Encubre otro problema grave: la desocupación docente. Un enorme ejército de docentes trabajan gratis con la aspiración de tener un cargo futuro y ser incluidos en el sistema, en el caso de los docentes universitarios para ser incluidos en algunos proyectos de investigación. Todas luces de colores que no alumbran.

Para implementar las medidas esperan aplacar la resistencia y vuelven a intentar hasta lograrlo. Así sucede con la acreditación de instituciones, la de las carreras universitarias se están evaluando y acreditando para ver su funcionamiento, y lo mismo sucede con el nivel terciario. Neuquén, que se negó a incorporarse a la Ley Federal, si ahora no responde a los lineamientos impuestos, los institutos de formación docente de la provincia no podrán otorgar títulos nacionales y sólo tendrán validez provincial. Una vez más el Estado y el Ministerio de Educación tienen

asignado un papel de control, más allá de que no destinan ni un peso a ninguna escuela y que el Ministerio se considera simplemente un organismo técnico.

La eliminación de carreras, la obligatoriedad para que muchas se especialicen y diversifiquen la oferta educativa son todas exigencias del Estado nacional que atenta contra sus propios postulados de autonomía y descentralización, con los que pretenden desentenderse de la educación desde el punto de vista presupuestario pero no ideológico. Ésta sería la trampa.

*La Marea* Nº 14, invierno de 1999.

**Guillermo Volkind** es licenciado en Ciencias de la Educación y psicólogo social.



## EL GRAN ENGAÑO: "EL FIN DEL TRABAJO"

IRMA ANTOGNAZZI

Ya se aplacó la impresionante campaña publicitaria que acompañó la presentación del libro *El horror económico*. Sin embargo sus ideas centrales quedaron repiqueteando en boca de políticos, docentes, periodistas. Ya es hora de dar batalla contra las falacias, las mentiras y contra la ignorancia de los que, al negar las teorías por adecuarse a modas, quedan obligados a producir meras descripciones que aunque, como en este caso, puedan reflejar facetas muy dramáticas de la sociedad, no lleguen a dar cuenta de los procesos sociales que las engendran.

El libro contiene una serie de ideas pero la central es que ha terminado el trabajo. Y luego agrega que es necesario que esta situación se conozca, se entienda, se acepte, para evitar que se siga demandando explotación. En suma, la civilización ha devenido en esto que es así y ¡basta!

La lectura de este libro se completa con lo que no dice. Mientras describe con tanto detalle las formas más aberrantes de miseria, como la venta de córneas o de riñones en la India para subsistir, no hace ninguna mención a todas las formas de reacción social, de protestas, de luchas con diversos medios que se dan en todo el mundo, aun en Francia. No menciona ninguna de las luchas de los pueblos por la democracia, por la justicia, por la justa retribución, por el trabajo, contra el deterioro ecológico, por las posibilidades de estudio, etcétera. Todo ese fenómeno, que es distintivo de este momento histórico de la humanidad, no está ni siquiera mencionado y por lo tanto, tampoco la represión en

las diversas formas en que se arbitra desde el poder, para frenar todos los intentos de repeler estas políticas vigentes y dirigidas a construir una sociedad nueva, superando lo que la historia ya muestra como caduco.

El libro anuncia la "gran mutación civilizatoria" que habría dejado atrás al trabajo, sin plantearse siquiera la pregunta de por qué se habría llegado a esta situación. Esto sería tarea de la historiografía, y el libro y todos quienes le hacen la corte, escapan de la historia y de la ciencia de la historia. Lo nuevo no es precisamente el fin del trabajo y los horrores actuales. Lo nuevo son las formidables fuerzas productivas que se han desarrollado en el seno del capitalismo dentro del cual se revuelven para liberarse y continuar desarrollándose. Lo nuevo son las experiencias de los pueblos por hacerse efectivamente dueños de su propia soberanía. Las nuevas formas de democracia, de protagonismo efectivo, una especie aún embrionaria de doble poder como ejercicios, o primeros palotes, de poder popular. Pueblos enteros empiezan conscientemente a meter las narices en este duro trabajo de hacer la historia con sus propias manos, esa dignidad que empiezan a ejercer con fuerza contra lo más decrepito que es la corrupción, la injusticia, la violencia de los poderosos.

El libro se hace eco de quienes afirman el fin de la clase obrera, tratando de ocultar que la riqueza de la que hoy se apropian las grandes empresas transnacionales es la forma de mayor explotación conocida. El grandioso desarrollo de las fuerzas productivas, en las actuales condiciones de ejercicio de las relaciones capitalistas de producción, permite lograr niveles de productividad nunca soñados antes, con menos obreros. La esencia del mecanismo de explotación capitalista, descubierta hace ciento cincuenta años, es la misma: las relaciones capitalistas de producción. El despido masivo de trabajadores crea una aparente lógica: una parte de la humanidad sobra. ¿Sobra para quién?, ¿a quién le conviene y a quién le perjudica esta situación? La "situación de mutación civilizatoria", en realidad, no es más que el momento de mayor decrepitud del imperialismo, porque muestra su incapacidad para resolver los problemas que

la humanidad ha producido en su historia sobre este planeta. Los albores de la "mutación civilizatoria" posible son éstos precisamente, pero no en el sentido que lo piensan estos promotores del freno de la historia, sino que lo nuevo se está expresando en nuevas modalidades de organización, de respeto mutuo a las decisiones colectivas y a las condiciones materiales para una sociedad organizada sobre bases más justas. El libro fue lanzado con el evidente propósito de intentar justificar el "orden" existente como el fin de la historia, admitir ¡por fin! una estación terminal de la historia.

Pero además, intenta hacer un ataque por elevación al marxismo, pretendiendo que el estado de cosas actual verificaría la caducidad de sus planteos teóricos. Elípticamente el libro pretendería dar por sentado el fin de la teoría que explica la esencia de la acumulación capitalista a través de la extracción de la plusvalía. Atribuye el poder económico a mecanismos "virtuales" (mercados virtuales, los dineros electrónicos, compras a futuro). Los mecanismos capitalistas, que por cierto no menciona como tales, habrían dejado de existir en virtud de esta mentada "mutación civilizatoria", y reitera que el trabajo se terminó, y junto con él la base material de la riqueza y de la formación del capital. (!)

Superficialidad para criticar los principios esenciales del marxismo, no sólo el de la lucha de clases, sino las relaciones de producción capitalistas, mecanismos que hoy siguen vigentes más que nunca, acrecentando la tasa de explotación de los obreros de las grandes empresas transnacionales que utilizan las más avanzadas formas de producción.

¿Por qué este libro hoy?, o mejor, ¿por qué tanto empeño en que se metan esas ideas en todos los intersticios de la sociedad?

El poder financiero debe encontrar formas para ganar tiempo, ganar consenso, confundir, desviar la atención, oscurecer la conciencia de diversos sectores excluidos del poder, para imponer las políticas llamadas de "ajuste", que facilitan y encauzan el natural proceso de concentración capitalista en beneficio de los sectores que detentan el poder financiero. Para eso dispone de ideólogos a su servicio. No puede recurrir siempre y todo el

tiempo a la represión física y política. Sabe —han experimentado en carne propia, dentro de sus propias filas y con las del enemigo antagónico de clase— que la lucha de clases existe, y cada vez más encarnizadamente y con un campo de víctimas y potenciales opositores que crece de manera descomunal. Pero la defensa de sus intereses le obliga a negarla y atacar a la teoría que ha descubierto ese fenómeno. De ese modo, tendría el terreno libre y el éxito de la batalla podría resultarle más fácil.

Podría pensarse que este libro es un simple ensayo de una escritora que busca *rating*. Sin embargo, este libro —de una reconocida editorial como es el Fondo de Cultura Económica y precedido de importantes críticas en los principales medios periodísticos, radiales y televisivos— se aproxima más a un operativo de inteligencia instrumentado desde el poder financiero transnacionalizado, embarcado en la guerra ideológica, que a un bienintencionado ensayo para clarificar acerca de la grave situación social.

Pretendería sacar del combate a muchos centenares de miles de jóvenes estudiantes y trabajadores que empiezan a humear en este duro oficio de protagonizar la historia cotidiana, achatando sus pretensiones de cambio social, llevándolos a aceptar la situación como necesaria y única posible. Es un texto que pinta el horror como inevitable, pero mantiene una permanente ambigüedad acerca del qué hacer. Cuando pretende dar alguna propuesta, en realidad es una apelación a “pensar”, a “saber”, a “respetar”.

Este libro describe con una crudeza que ya es frecuente escuchar públicamente, las lacras a que ha llegado el modo de vida capitalista-imperialista actual (aunque sin usar esos términos). Porque, por otra parte, esos fenómenos son inocultables y están a la vista de todos. ¿Dónde está la falacia? Todo es presentado como producto terminado, inevitable y único posible. No como el fin de un modo de vida, el imperialismo, como fase final del capitalismo, punto de vista desde el cual, podría aceptarse lo de “mutación civilizatoria”. Hoy se ha hecho evidente el proceso gigantesco de concentración financiera; los cambios en la forma del Estado (la ruptura de los Estados nacionales por Estados de

las transnacionales); la crisis del poder político en la etapa de cuestionamiento y construcción de las primeras búsquedas de poder popular; el gigantesco desarrollo de las fuerzas productivas que, dominadas por los pueblos en lugar de pequeñas minorías, posibilitarían bases nuevas para una sociedad distinta, nuevos valores, nuevos fenómenos planetarios. Pero todo esto, la verdadera mutación civilizatoria que es posible que la humanidad emprenda, y de varios modos ya ha emprendido, aquí está negado.

*La Marea* Nº 11, otoño de 1998.

**Irma Antognazzi** es historiadora y docente de la Universidad Nacional de Rosario.

## TEORÍA Y PRÁCTICA DEL IMPERIALISMO "BUENO"

RUBÉN LAUFER

Según ideólogos norteamericanos, en el mundo actual hay ciertas potencias "estructurantes", dotadas de "poder de incorporación", capaces de resolver presuntos "problemas globales" si las naciones débiles olvidan la soberanía nacional y aceptan el "derecho" de intervención de las grandes potencias. En defensa de tales "valores globales", la Corte Suprema de los Estados Unidos proclamó el derecho de Washington a allanar el mundo entero, mientras que en la Argentina surgió la teoría del "realismo periférico", según la cual el país debería renunciar a su soberanía (Menem la denominó "soberanía del hambre") para acoplarse al orden jerárquico mundial como tropa de las naciones "líderes". La idea sobre la "globalización" de las relaciones internacionales no son, como se ve, nada desinteresadas. Ni siquiera son nuevas: constituyen apenas una versión actualizada de los argumentos esgrimidos para legitimar la acción intervencionista y la expansión económica y estratégica de las grandes potencias durante el siglo XX.

El advenimiento del llamado "Nuevo Orden Internacional" trajo aparejada la generalización del intervencionismo imperialista. El ataque multinacional contra Irak en 1991 —y antes la ocupación norteamericana de Panamá—, así como los casos de Somalia, el Zaire, Haití y Bosnia, actualizaron el debate político, ideológico e histórico sobre la naturaleza de la acción intervencionista y, más en profundidad, sobre la vigencia o no, en el

mundo "globalizado", del Estado-nación como sujeto central de las relaciones internacionales contemporáneas y de los principios que la lucha nacional y antiimperialista de medio siglo había impuesto en el derecho internacional, como los de soberanía nacional, no intervención, no injerencia y autodeterminación de los pueblos.

Estudiosos y funcionarios argentinos y extranjeros teorizan hoy la necesidad de "flexibilizar" esos principios en aras de la defensa de "valores globales" que se consideran amenazados por estados "transgresores" de la legalidad internacional. En el "nuevo orden", la intervención estaría legitimada por su carácter "colectivo", es decir santificada por el aval de organismos como la ONU o la OEA. La política exterior del gobierno de Menem ha asumido a fondo los postulados del llamado *realismo periférico*, según el cual los países dependientes y oprimidos por el imperialismo deben adaptarse a la estructuración jerárquica del actual orden mundial como "seguidores" de las naciones "líderes". El "derecho de intervención" ocupa un sitio natural entre las normas del nuevo orden jurídico internacional, para poner en vereda a quienes no se amolden a las reglas del "orden" fiscalizado por las grandes potencias.

Con el derrumbe del imperio soviético y el fin de la guerra fría el mundo dejó de ser teatro de la disputa hegemónica de sólo dos superpotencias: la *bipolaridad* dejó paso a un escenario *multipolar*. El fortalecimiento de la Unión Europea y del Japón se mide principalmente, hasta el momento, en términos económicos; los Estados Unidos, por su parte, se ven precisados a compensar los desafíos que en el campo económico, financiero y científico-tecnológico le plantean las nuevas potencias emergentes mediante su superioridad militar.

Al mismo tiempo, la "globalización" se da a través de una acelerada formación de espacios *regionales* orientados hacia la integración económica: Europa, el Área de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA), Japón y su área de influencia en la región Asia-Pacífico. Se trata de un desarrollo por ahora limitado a la formación de megamercados, asociados, cada uno, a uno de los nuevos polos del poder económico mundial, pero por

ello mismo también con evidentes connotaciones políticas y *estratégicas*.

Así, el concepto de *globalización* se ha revelado fundamentalmente un concepto *ideológico*, que unilateraliza el actual desarrollo de la internacionalización productiva, tecnológica, etc., en función de velar la pervivencia del fenómeno imperialista y la desigualdad esencial entre las naciones "centrales" y las "periféricas". Consiguientemente, también se manifiesta *ideológico* el discurso tendiente a desvalorizar la soberanía nacional en el caso de esos países periféricos. La búsqueda de legitimación del intervencionismo bajo el "nuevo orden" recurre a variadas argumentaciones, en la mayor parte de las cuales encontramos la huella de la vieja ideología imperialista.

### **"Seguidores" o "africanizados": un chantaje**

A medida que la competencia y la rivalidad interimperialista se hacen más visibles, van perdiendo fuerza las teorizaciones en boga hasta hace poco acerca de una tendencia hacia la formación de un orden global supraestatal basado en la ONU y adquiere renovado impulso el *nacionalismo* de las grandes potencias. Según el norteamericano J. Nye, la necesaria estructuración del nuevo orden deviene del papel rector de ciertas potencias "estructurantes", dotadas de "mayor poder de incorporación". Nye, claro, habla de los Estados Unidos.

Correlativamente en la Argentina, el punto de vista del *realismo periférico* de Carlos Escudé sostiene la necesidad de insertar a nuestro país en la jerarquía vigente de naciones "líderes" y naciones "seguidoras". Según Escudé nuestro país, debido a su escaso poder, se ve constreñido a encolumnarse detrás de las grandes potencias occidentales, "cuya visión global comparte".<sup>1</sup> Una versión igualmente explícita de la tesitura de los "segu-

---

<sup>1</sup> Escudé, Carlos: "La redefinición del estado-nación. Comentarios sobre el trabajo del almirante Molina Pico". Actualización Política Nº 17, Buenos Aires, diciembre 1993, pág. 75.



dores" es la que expresa el pensamiento de Menem: *"Argentina se ha animado a romper con los tabúes de su política exterior. Estuvimos presentes en la coalición que se enfrentó a la demencia belicista de Saddam Hussein, no porque pensáramos en un mezquino rédito inmediato, sino porque la nueva dirección de la política exterior transforma a la Argentina en un actor plenamente integrado a un mundo que no permite ya el aislamiento... Los beneficios del Nuevo Orden Internacional en ciernes también nos alcanzarán en la medida que entendamos que el peor de los males que puede aquejarnos en esta década es el aislamiento de la fabulosa aventura de construir una civilización universal... Nosotros teníamos que estar en el Golfo. En la búsqueda de nuestro propio beneficio, porque de esa manera mejoramos decisivamente nuestra posición estratégica internacional, en una intensidad infinitamente superior a lo que hubiéramos logrado con miles de declaraciones públicas correctas e irreprochables".*<sup>2</sup>

Así, el país que no consienta en alinearse tras la "visión global" de la o las grandes potencias, se condena a quedar "aislado", es decir, al margen de los supuestos beneficios que se atribuyen al nuevo "orden" globalizado. La clara connotación imperialista que guardan estas interpretaciones se condensa en el neologismo de *africanización* con que los teóricos del "nuevo orden" aluden a los riesgos que —desde la perspectiva imperialista— depara la tal "desconexión": *"Si Sendero Luminoso tomara el poder en el Perú... simplemente romperíamos relaciones con el Perú... Lo mismo con Brasil: si quiere tomar una posición aislacionista, no*

---

<sup>2</sup> Baizán, Mario: "Del aislamiento a la conexión. Conversaciones con Carlos Saúl Menem". *Actualización Política* Nº 5, Buenos Aires, abril-mayo 1992, págs. 4-10, y Baizán, Mario: "Aliados para construir un mundo más justo. Conversaciones con Carlos Saúl Menem". *Actualización Política* Nº 17, Buenos Aires, diciembre 1993, págs. 4-10. Es fácil comprender que semejante concepción acerca de la conveniencia del "seguidismo" (incluso si éste no es "correcto" e "irreprochable") puede derivar en una suerte de "intervencionismo periférico", funcional a los requerimientos estratégicos de las potencias "estructurantes". De hecho es lo que sucedió en el caso de muchos de los países que —como la Argentina— participaron en la coalición multinacional contra Irak.

romperíamos relaciones con este país, pero simplemente podría convertirse en nación africana, por así decirlo. El punto es que ahora podemos darnos el lujo de despedir países enteros... y el proceso se puede dar más orgánicamente, en términos de cuáles son las sociedades nacionales viables y cuáles no..."<sup>3</sup> Una vez más toma la palabra en igual sentido el realismo periférico de C. Escudé, quien rotula de reaccionarios a quienes se oponen a las intervenciones "en defensa de la democracia" en Latinoamérica: "¿Cuál sería la consecuencia del triunfo de la reacción? Expresado crudamente, la africanización del continente. África ya se ha 'caído' de la historia mundial. No cuenta".<sup>4</sup>

Vistas así las cosas, el atraso del mundo "periférico" —es decir de la inmensa mayoría de la población del planeta— no sería el producto histórico de la opresión colonialista e imperialista sino, por el contrario, resultado de la lucha de las naciones coloniales y dependientes por su independencia y del "ejercicio irrestricto de la soberanía nacional" por parte de las naciones "periféricas", actitud que Menem descalifica con el mote de "soberanía del hambre": "No quieren darse cuenta de que el general Perón jamás aceptó para su patria la soberanía del hambre, de la miseria y de la marginación que adoptaron como propia esos países del llamado Tercer Mundo".<sup>5</sup>

---

<sup>3</sup> Falcoff, Mark: "Argentina es uno de los países claves de América latina". *Actualización Política* N° 5, Buenos Aires, abril-mayo 1992, pág. 112.

<sup>4</sup> Escudé, Carlos: "La utopía que nos faltaba". *Actualización Política* N° 5, Buenos Aires, abril-mayo 1992, pág. 84.

<sup>5</sup> Balzán, Mario: "Del aislamiento a la conexión. Conversaciones con Carlos Saúl Menem", pág. 9. Hasta qué punto estas ideas coinciden con las posiciones de ciertos pensadores de los países dominantes puede verse al compararlas con aseveraciones recientes de John K. Galbraith: "No siempre... la independencia trajo estabilidad política ni bienestar económico. Con frecuencia la liberación del imperialismo trajo lo contrario". Ahora, "enterrado el imperialismo", debemos afrontar "las consecuencias para las gentes pobres que se vieron liberadas del imperialismo hacia la pobreza... En muchos de los estados recientemente independizados la soberanía protege una triste situación inhumana, una situación de pobreza". (Galbraith, John K.: Conferencia en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires, 27/6/95).

## “Problemas globales”

Una cantidad de “problemas globales” han sido esgrimidos como motivo y medio de legitimación del intervencionismo por parte de las que Nye denomina potencias “estructurantes”. La experiencia reciente, así como la histórica, demuestra que detrás de esa argumentación radican siempre las prioridades estratégicas de esas potencias, en resguardo de las cuales se suelen invocar los principios de la “seguridad internacional” o de la “legalidad internacional”.

Las argumentaciones en favor de “flexibilizar” el principio de no intervención como vía para la supuesta resolución de esos “problemas globales”, constituyen la resurrección más o menos “aggiornada” de aquéllas que legitimaron la acción intervencionista de las grandes potencias a lo largo de todo el “viejo orden” imperialista de nuestro siglo.

Por ejemplo, la justificación *jurídica* de la intervención multinacional en el Golfo —defensa de la “ley internacional” contra la violación de la soberanía kuwaití por parte de Irak— dejó crudamente paso a la simple motivación *estratégica* de las potencias, una de cuyas claves es el control de las reservas petroleras del Medio Oriente. Henry Kissinger, ex secretario de Estado norteamericano, reconocía cínicamente: “Reducir el poderío militar de Saddam es esencial para recuperar el equilibrio político en el Oriente Medio... Esta oportunidad debe ser utilizada para restaurar la capacidad ofensiva [de los Estados Unidos] en el área”.<sup>6</sup>

La cuestión *ecológica* —originada en la irracionalidad propia de la producción capitalista motorizada por el beneficio privado— se ha agravado en el mundo “desarrollado” en la misma medida en que se extrema la competencia monopolista. Los países centrales encaran ciertos efectos nocivos del presente estadio de la producción industrial mediante el simple recurso de derivarlos hacia los países “periféricos”, como se ha probado en reiterados

---

<sup>6</sup> *Clarín*, 25/10/90.

intentos de "exportación" de desechos industriales, nucleares y, en el caso de Argentina, incluso cloacales.

En cuanto al *narcotráfico*, su ilegalidad teórica o jurídica va en todo el mundo de la mano de su real legalidad económica: por la enormidad de los capitales involucrados y por la intimidad de su imbricación con diversos ámbitos de la esfera estatal —política, militar, etc.— tanto en los países centrales como en los del tercer mundo, el tráfico de drogas no puede considerarse un fenómeno de "corrupción", sino uno más de los campos de inversión y rivalidad del capital monopolista y financiero internacional.

Tras el fin de la guerra fría, la "guerra" contra el narcotráfico desplazó a la lucha contra el comunismo dentro de la óptica estratégica norteamericana. La nueva estrategia de seguridad de Washington desde mediados de la década anterior dio pasos concretos en dirección al objetivo de consolidar la penetración militar estadounidense (en América latina particularmente a través de la Drug Enforcement Agency, DEA), entre los que se destacan la implantación de la base militar de Santa Lucía en el valle peruano del Alto Huallaga, los acuerdos de "cooperación militar" *in situ* entre diversos ejércitos latinoamericanos (Bolivia, Perú, Colombia, Paraguay) y fuerzas especiales norteamericanas, y el impulso a la formación de un cuerpo militar interamericano para el combate al narcotráfico.

Parte de esta nueva estrategia de seguridad ha sido la proclamación por parte de la Corte Suprema de Justicia de Estados Unidos, en febrero de 1990, del derecho del gobierno norteamericano a allanar el mundo, es decir, de llevar a cabo acciones represivas dondequiera se produzcan situaciones que ese país considere lesivas para sus intereses. En ejercicio de esta autoatribución, fuerzas militares o paramilitares estadounidenses han practicado la persecución, detención y entrega a la justicia norteamericana de supuestos o reales narcotraficantes, entre ellos el médico Álvarez Machaín —en territorio mexicano— y el propio presidente panameño Manuel Antonio Noriega, en clara violación a la soberanía de esos países.

En otros campos —*comercio internacional, deuda externa*— la

política exterior norteamericana ha querido imponer el criterio de extraterritorialidad de la legislación estadounidense y consagrar la supremacía del interés *nacional* de esa potencia por sobre la "ley internacional". Tal lo sucedido con la sanción de la ley Helms-Burton, destinada a acentuar los efectos del bloqueo económico norteamericano a Cuba aplicando sanciones comerciales a empresas de terceros países que efectúen intercambios con la isla. Nuestro país ha sido también directamente afectado en sus derechos soberanos por una similar pretensión de extraterritorialidad: el 12 de junio de 1992, la Corte Suprema de los Estados Unidos ratificó la jurisdicción de la Corte del distrito de Nueva York en el caso *República Argentina vs. Weltover Inc.*, negando al Estado argentino inmunidad soberana para reprogramar el pago de bonos de su deuda externa pública.

Pero es tal vez la *cuestión nuclear* la que evidencia la "doble medida" que —en el "nuevo orden" como en el viejo— impera en las relaciones internacionales. Porque el Tratado de No Proliferación, entrado en vigor en 1970, ha sancionado una desigualdad legitimada legalmente: ni siquiera existe en este caso la igualdad ante la ley encubriendo la desigualdad real. El TNP tuvo como objetivo declarado prohibir la producción y difusión del armamento atómico a aquellos países que no fueran ya miembros del "club nuclear", consagrando en el derecho internacional el monopolio nuclear de las grandes potencias: Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y Rusia. El hecho de que países como la India y China poseyeran algunas armas atómicas no altera esta situación. El TNP fue prorrogado por tiempo ilimitado en la Conferencia mundial de mayo de 1995 convocada por la ONU: allí, las potencias del "club atómico" lograron prolongar el monopolio que los países imperialistas se han atribuido en materia nuclear.

La reciente realización de pruebas atómicas en las posesiones coloniales francesas del Pacífico sur, a la vez que subraya la vigencia de la perspectiva político-estratégica en la óptica de las grandes potencias mundiales bajo el imperio del "Nuevo Orden Internacional", obliga a comparar la tibieza en la reacción de las grandes capitales del mundo frente a los ensayos de Francia, con

la dureza, acompañada de directa amenaza militar, con que los Estados Unidos se propusieron obligar a Corea del Norte a detener sus planes de desarrollo atómico.

La ONU avaló las presiones de Washington sobre Norcorea. Ya antes, tras la finalización de la Guerra del Golfo Pérsico, el organismo internacional había impuesto a Irak, mediante la Resolución 707, la obligación de interrumpir todas sus actividades nucleares (no sólo las relacionadas con fines militares), pese a que no existe ninguna norma de derecho internacional que obligue a los estados a renunciar a las armas de destrucción masiva. Y pese, fundamentalmente, al hecho conocido de que son precisamente las grandes potencias las que poseen los mayores arsenales de la tierra en armamento atómico, químico y biológico (y las únicas que han hecho uso efectivo de él, en el caso de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial y luego en Vietnam).

### **Hacia un nuevo tipo de universalismo**

Funcionarios imperialistas y de organismos mundiales han teorizado la vigencia no sólo de un "derecho de intervención", sino incluso de un "deber de injerencia". La intencionalidad de esta argumentación ha sido puesta en claro hace ya muchos años: *"Una práctica inveterada de siglos ha llevado a las grandes potencias a intervenir sistemáticamente en los asuntos de las pequeñas, invocando un supuesto derecho, cuando no un deber, de intervención".*<sup>7</sup> *"A la larga, toda intervención se escuda en el derecho nacional. El interventor, cuyo triunfo se descarta por razones de superioridad bélica y económica, la expone como un deber y le confiere carácter de obligación impuesta por una necesidad indistinguible".*<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup> Lucio M. Moreno Quintana y Carlos M. Bollini Shaw: *Derecho internacional público*, Buenos Aires, 1950, pág. 89.

<sup>8</sup> Juan Antonio Madrazo, *Valoración jurídica del principio de no-intervención*, Buenos Aires, c. 1955. Facultad de Derecho, UBA, pág. 24.

El "nuevo" discurso intervencionista ha retomado argumentos que fueron frecuentes en el lenguaje de las grandes potencias durante el período álgido de la competencia colonialista, entre ellos el de "proteger a los ciudadanos" residentes en naciones periféricas alteradas por "disturbios" y movimientos revolucionarios, o el de la "defensa de la democracia" o la "protección de los derechos humanos".

El proceso denominado de "globalización" constituye una etapa particular en la internacionalización del capital monopolista. Persiste, bajo viejas y nuevas formas, la rivalidad entre grandes potencias, y persisten la dependencia, el atraso y la opresión económica y política de los países dependientes.

El paradigma intervencionista del "nuevo orden mundial" refleja cabalmente esta realidad contradictoria: la intención de legitimar la intervención externa en naciones del mundo "periférico" en nombre de supuestos "valores globales" pretende velar tras ellos las prioridades políticas y estratégicas de las grandes potencias imperialistas que rivalizan por la hegemonía del "nuevo orden". El recurso a organismos multilaterales, la invocación a las "amenazas globales" del narcotráfico y la proliferación nuclear, y la fundamentación "humanitaria" y "democrática" constituyen una versión apenas actualizada de los argumentos con que se intentó legitimar la acción intervencionista y los objetivos estratégicos de las grandes potencias durante todo el siglo XX.

El imperialismo, por su propia naturaleza, sigue motivando la existencia de países dominantes y países oprimidos, y si han podido relativamente imponerse los planteos dirigidos a "flexibilizar" los principios vinculados a la defensa de la soberanía nacional, ello es signo de la actual correlación de fuerzas desfavorable al mundo "periférico", y no de la pretendida extinción de ese antagonismo.

Esta misma realidad es la que, en sentido contrario, genera la base objetiva de variadas formas de resistencia nacional al intervencionismo de las grandes potencias, independientemente de las formas específicas que éste asuma y de la envoltura ideológica con que se lo fundamente. Y constituye asimismo el punto

de partida de un nuevo tipo de universalismo que, fundado en el pleno ejercicio de las soberanías nacionales y de la autodeterminación de los pueblos, sienta las bases para la efectiva eliminación de toda opresión nacional.

*La Marea* Nº 7, primavera de 1996.

## ANEXO

### Setiembre de 2000

Los cinco años transcurridos desde la publicación de nuestro artículo han aportado mayores —y terribles— comprobaciones sobre la verdadera naturaleza de los llamados “nuevos problemas globales”, y de su instrumentación en beneficio del interés estratégico de las potencias en pugna por el predominio en el escenario internacional de la postguerra fría.

Promediando agosto de 1999, el Alto Comisionado de la ONU para los Refugiados (ACNUR) denunciaba una nueva “limpieza étnica” en la provincia yugoslava de Kosovo. Pero esta vez ya no de las milicias serbias contra los civiles albaneses, sino de milicianos de etnia albanesa contra la población serbia y gitana. Una “brutal y repugnante” oleada de asesinatos y expulsiones que el funcionario equiparaba a la que los serbios habían llevado a cabo contra la etnia albanesa en febrero y marzo de aquel año, bajo los furiosos bombardeos de la OTAN a Yugoslavia. Sólo que ahora sucedía bajo la ocupación militar de la provincia por las tropas norteamericanas, inglesas, francesas, alemanas, italianas y rusas.

### **“Humanitarismo” armado**

La “protección” a los albanokosovares fue el argumento “humanitario” que los Estados Unidos y las otras potencias esgrimieron como pretexto para desatar en marzo la bestial guerra de agresión contra Yugoslavia. En marzo del '99, noche



y día durante casi tres meses, la OTAN descargó sobre la población yugoslava 21.000 toneladas de bombas, equivalentes a cuatro veces el poder de la bomba atómica lanzada por los Estados Unidos sobre Hiroshima en 1945. Hospitales, fábricas, rutas, ferrocarriles, refinerías, estaciones de radio y de TV, fueron reducidos a escombros. La acción de la multinacional imperialista catalizó el sentimiento nacional de los serbios en defensa de la integridad territorial y soberanía nacional yugoslavas.

La intervención "humanitaria" norteamericana incluyó bombas de racimo, bombas de uranio empobrecido y otras prohibidas por las normas internacionales como las de pulso electromagnético y las de grafito. Más tarde se sumaría el argumento "democrático": el "deber de injerencia" se sustentaba en la "necesidad" de "liberar" a los yugoslavos de la dictadura de Milosevic. Otra vez los matones mundiales esgrimiendo la espada de la "justicia global": la "democracia" de los misiles imperialistas contra la "dictadura" nacionalista de un pequeño país.

La continua intervención de la OTAN en los Balcanes por lo menos desde 1994 agravó hasta lo indecible la opresión nacional y los odios nacionales y étnicos, acumulados en varios siglos de dominación colonial: primero, atizando las enemistades nacionales de serbios, bosnios, croatas y eslovenos y estimulando el "estallido" de la Federación yugoslava. Luego, pretextando el odio étnico de serbios y albaneses para promover la imposición de un "protectorado internacional" y justificar el reparto de la provincia de Kosovo en "zonas de influencia" de las grandes potencias.

A comienzos de la década, la agresión multinacional a Irak había necesitado todavía legitimarse con la bandera de la "comunidad internacional".

En cambio, el cónclave celebratorio del cincuentenario de la OTAN —realizado en Washington a mediados de abril, sobre el telón de fondo de los masivos bombardeos a Yugoslavia y Kosovo— amplió los estatutos de la organización, antaño sólo "defensivos", arrogándose el derecho de intervenir militar-

mente en cualquier parte del mundo, dentro o fuera del Atlántico Norte.

Se echó descaradamente a un lado el antifaz de las Naciones Unidas: bajo la batuta estadounidense, la organización atlántica se vistió abiertamente el uniforme de gendarme del "nuevo orden" imperial. Advertencia sin máscara: la determinación de los poderosos del mundo de intervenir en cualquier lugar de la tierra donde necesiten proteger o promover sus intereses imperialistas ya ha sido tomada.

La guerra de agresión contra Yugoslavia significó, por eso, un cambio cualitativo en la situación mundial. Tiñó con nubarrones de guerra los cielos del nuevo mapamundi.

## **Rediseñando el mapa**

En esta oportunidad, el disfraz "humanitario" fue apenas un arlequín de andrajos, incapaz de ocultar los objetivos de largo plazo que abraza la Casa Blanca. Si bien fracasaron en su intento de reducir a toda Yugoslavia a un mero "protectorado", otra vez se evidenció que, al igual que anteriormente al Golfo, sus soldados y tanques fueron a los Balcanes para quedarse.

La guerra volvió a mostrar, en el marco multipolar del "nuevo orden" y tras la hipócrita hoja de parra de la intervención "humanitaria", la carrera de las grandes potencias en la conquista de posiciones con vistas al escenario mundial del siglo XXI.

La ofensiva en los Balcanes siguió a la expansión de la OTAN a Polonia, la República Checa y Hungría, que ubicó la frontera oriental de la organización en pleno vientre del oso ruso, aprovechando la coyuntural debilidad relativa de éste. El desemboque de la intervención instaló las tropas norteamericanas en la península balcánica, un área con proyecciones estratégicas hacia el Medio Oriente, el Golfo Pérsico y el "flanco sur" europeo: un dispositivo de cerco y de potencial amenaza al corazón petrolero regional (el Mar Caspio), que desde el inicio preocupó a Moscú y que está en el trasfondo de la bárbara guerra rusa de exterminio contra Chechenia.

Kosovo fue convertido en un protectorado "internacional" —es decir de las grandes potencias— bajo la "cobertura" de la ONU. De hecho Albania quedó bajo control norteamericano y, en buena medida, también Macedonia. Con el pretexto de "mantener el orden", "luchar contra las mafias" y reconstruir su economía, ambos Estados balcánicos fueron reducidos a una condición absolutamente dependiente de la ayuda "internacional" masiva, en la que asumieron un papel preponderante los imperialismos europeos regidos mayoritariamente por gobiernos socialdemócratas.

La sorpresiva ocupación del aeropuerto de Pristina (Kosovo) por las tropas de Moscú, sacándoles la delantera a los ingleses, lo mismo que antes la dura respuesta china al bombardeo yanqui a su embajada en Belgrado, develaron a los ojos del mundo lo que para las grandes potencias era el "caso" yugoslavo: un mero tablero donde se jugaba el siniestro ajedrez de sus aspiraciones hegemónicas y sus relaciones de fuerzas a nivel regional y mundial. También puso sobre el tapete que, pese a ser hoy los Estados Unidos el único país que merece el nombre de superpotencia global, pasaron los tiempos en que podían hacer y deshacer en el mundo a su antojo.

En el curso del conflicto se perfilaron los lineamientos de las nuevas alianzas del futuro próximo: los que unen a Londres y Washington alrededor del petróleo, los que confrontan a los Estados Unidos con la ascendente "asociación estratégica" ruso-china, y los que dentro de la OTAN dividen aguas entre EE.UU. y un potencial eje franco-alemán con aspiraciones de autonomía militar.

### **"Africanizar" a África**

En mayo del 2000, el escenario intervencionista desplazó su epicentro al continente africano.

Con el remanido pretexto de defender a sus connacionales y proteger a un gobierno "amigo" del "caos" —para el caso, del movimiento rebelde del Frente Revolucionario Unido—, e invo-

cando luego la urgencia de salvar a los "casco azules" prisioneros del FRU, varias grandes potencias metieron la mano a fondo en la situación de Sierra Leona, en la costa atlántica del continente. Tropas "de paz" de las Naciones Unidas, y flotas de guerra de Inglaterra y de Estados Unidos se alistaron en territorio de ese país y frente a las costas del vecino Senegal. Hasta los jefes rusos —humeantes todavía las ruinas de la carnicería sobre la nación chechena— enarbolaron una pretendida vocación "humanitaria", dispuestos a sumarse a la intervención. Desde Londres se dejaron oír voces de preocupación por el control del grupo rebelde sobre las regiones diamantíferas, dejando ver las uñas de su propio interés colonialista.

El "humanitarismo" armado de las potencias gestó así el clima propicio para una intervención militar —velada o no bajo la máscara "multilateral" de la ONU—, creando con ello las condiciones de un verdadero polvorín en pleno corazón del continente africano.

Por esos mismos días, los imperialistas ingleses levantaron una gritería "democrática" contra las ocupaciones de granjas de propietarios blancos por campesinos negros en Zimbabwe, alentadas desde el gobierno de Robert Mugabe. En la ex-Rhodesia, tras 20 años de independencia de la dominación colonialista británica, 4.000 terratenientes blancos descendientes de los viejos colonialistas de origen inglés y de otros países europeos —menos del 0,5 por ciento de la población de Zimbabwe— siguen siendo dueños de 12 millones de hectáreas de tierras cultivables. Las grandes cadenas internacionales de prensa contribuyeron a crear clima para justificar una nueva intervención armada.

Así, la descarada injerencia de las potencias imperialistas, sumada a la herencia aún vigente de la antigua opresión colonialista, sigue "africanizando" a Africa: tal es el término con el que cínicamente aluden los imperialistas —ocultando su propia responsabilidad histórica— a la supuesta "inviabilidad" a que las asimetrías de un nuevo orden neocolonial condena a esos países.

## **"Plan Colombia": ¿plan América latina?**

Clinton lanzó oficialmente en Cartagena el "Plan Colombia". Ahora, la sombra del intervencionismo imperialista sobrevuela tierra latinoamericana. Un plan que bajo el pretexto de la "lucha contra el narcotráfico" querrá imponer una paz fundada en la represión al movimiento campesino y popular y a la guerrilla mediante una descomunal inyección de dólares, "asesores" de la CIA y helicópteros de combate.

La "ayuda" yanqui apenas disimula el objetivo de "colombianizar" y "regionalizar" el conflicto interno, haciendo que el Ejército nacional, más la policía, más los paramilitares de las "Autodefensas Unidas de Colombia" organizadas por los propios mandos castrenses, con el potencial apoyo de gobiernos sudamericanos proclives a la genuflexión, lleven a cabo la ofensiva general contra los narcos que rivalizan con las bandas propias que controla la DEA norteamericana, y contra las bases militares de las FARC. *"El pretexto es la guerra contra las drogas, pero... los paramilitares, al igual que los militares, están metidos hasta las narices en el narcotráfico, y la guerra no se dirige contra ellos"*, subrayó el célebre intelectual norteamericano Noam Chomsky (*La Jornada*, México, 3/9/2000).

El presidente venezolano Chávez advirtió sobre el peligro de que la escalada bélica provoque la "vietnamización" de toda la región. Las bases norteamericanas instaladas en Ecuador, Perú y la propia Colombia, y la reticencia de las fuerzas y gobiernos próximos a Europa y a Moscú a avalar la cruzada colombiana, instalan en nuestro subcontinente el cuadro dramático de la rivalidad interimperialista.

Un nuevo reparto mundial está en marcha. Tras la máscara de la "justicia global" los poderosos del planeta recortan con cuchillo y tenedor los trozos del mapa a los que aspiran. La "justicia" que se arrojan el derecho de administrar a los países y pueblos oprimidos no es más que la reedición del viejo "Gran garrote". Muy distinta de la que coinciden en reservarse a sí mismos para enmarcar sus circunstanciales acuerdos y zanjar sus disputas hegemónicas.

Sólo con el cese de toda intervención —incluida la que tras la máscara “humanitaria” o “democrática” disfraza los intereses inmediatos o mediatos de las grandes potencias—, sólo con plena soberanía nacional y autodeterminación de los pueblos, podrán éstos acercar el definitivo ocaso del imperialismo, y construir así las bases de un futuro conjunto y fraterno.

**Rubén Laufer** es historiador y docente de la Universidad de Buenos Aires.

## OCUPACIÓN Y ACUMULACIÓN

SERGIO SALVATORE

*Donde la propiedad está suficientemente protegida, sería más fácil vivir sin dinero que sin pobres, porque, ¿quién haría el trabajo?*

Bernard de Mandeville (1728)

### **Reproducción del capital y población obrera**

El salario, el empleo y la desocupación son categorías inherentes al capitalismo, modo de producción basado en el trabajo asalariado.

El surgimiento de una "superpoblación obrera" o de una masa de proletarios que excede las necesidades de acumulación de capital ha tenido distintas facetas a lo largo de la historia.

El capitalismo sólo podía desarrollarse sobre la base de una población "redundante", desposeída de todo medio para ganarse la vida. La expulsión de campesinos que derivó de las nuevas tendencias de la producción agropecuaria, el cercado de las propiedades, la disolución de los ejércitos que acompañó la progresiva desaparición del feudalismo, la ruina de los talleres artesanales, que sucumbieron ante la necesidad de nuevas relaciones productivas que promovía el pujante mercado mundial, fueron generando una masa de potenciales productores de mercancías que, por primera vez en la historia, estaban se-

parados de los medios de producción. Ni estaban encadenados a las herramientas como los esclavos, ni sujetos a la tierra como los campesinos. Eran, en el moderno uso burgués de la palabra, personas libres, ya que se habían liberado de las cadenas de la opresión esclavista y feudal. Eran las únicas opresiones reconocidas y anatematizadas por la pujante burguesía.

La nueva forma de propiedad que el capitalismo genera es la envoltura de una nueva relación social básica: la del capital y el trabajo. En la sociedad mercantil, capital y trabajo aparecen como dos "factores" cuyas "tasas naturales" o "precios" son la ganancia y el salario, respectivamente. El contrato entre el capital y el trabajo estipula una prestación, el trabajo, y fija un precio: el salario. A primera vista, nos encontramos con un intercambio equivalente, condición necesaria para que pueda funcionar el mercado en general; y **lo es**, aunque lo que el obrero entrega en el intercambio no es ya, como sí lo era en el caso del siervo tributario, el **producto** de su trabajo, trabajo plasmado. Este producto ha dejado de pertenecerle; el hecho de **trabajar** es el acto de consumo de una mercancía que **ya es propiedad del empresario capitalista**. Lo que el obrero está vendiendo es su capacidad de trabajo, su fuerza laboral, sus habilidades y energías que lo hacen apto para producir mercancías. Esta capacidad de producir que el obrero vende goza de una ventaja exclusiva en el mundo de las mercancías: al ser utilizada, es decir trabajando, genera valor, más valor que lo que ella misma cuesta, un plusvalor, es decir, transforma las mercancías en **capital**. Así como el esclavo enriquecía a su amo y el campesino al terrateniente feudal, el obrero enriquece al capitalista, sólo que la pretérita desigualdad se convierte en un contrato entre iguales. Ambos aportan lo que poseen y ambos reciben a cambio la retribución adecuada a su participación en la producción.

El teórico que así describe esta relación omite dos cosas: la primera, que este estado de cosas proviene de una expropiación en masa de millones de personas, que quedan desprovistas de toda propiedad, a la par que un heterogéneo grupo de mercaderes, propietarios de tierras y arrendatarios ricos, antiguos je-



fes de talleres artesanales que se han convertido en talleres manufactureros, se han apropiado —a través de una compleja trama de transacciones, expropiaciones violentas, revoluciones, piratería, guerras continentales y genocidios— de los medios de producción, de las nuevas vías mundiales de comunicación, de las nuevas herramientas y otros instrumentos de producción y han comenzado a utilizarlos agrupando a grandes masas de personas en una sola empresa, han roto con la dispersión feudal y han socializado, por así decirlo, la producción de mercancías. La segunda omisión es que, a diferencia de los anteriores modos de producción, el capitalismo es **intrínsecamente despótico**, porque sin necesidad de una coacción extraeconómica, reproduce por su mero desarrollo esta relación expropiatoria: el obrero sale de la producción tal como entró; el capitalista, en cambio, se encuentra con que su “retribución” incrementa el capital preexistente con un plusvalor, es decir, **acumula**.

El obrero es pues, funcional al capital y su trabajo será productivo en la medida en que contribuya a valorizar el capital. No hay salario “justo” que pueda rebasar la frontera de la acumulación. El mecanismo de funcionamiento del capitalismo tiende a producir el antídoto contra los salarios altos. Por eso David Ricardo, uno de los grandes fundadores y quizás el máximo exponente de la economía política clásica, proclamaba la necesidad de dejar actuar al mercado; esto significaba derogar las leyes que protegían a los pobres para que los obreros aprendieran a consumir austeramente y su retribución no sobrepasara la mera subsistencia. Eran las antiguas épocas de la ley de hierro del salario, que hoy llamamos “flexibilización laboral”: consumo austero y tendencia a eliminar la protección estatal en todos sus aspectos, es decir, privatización (mercantilización) de la salud y la educación, disminución (con vistas a su desaparición) de los aportes patronales jubilatorios y de obras sociales, embestida frontal contra la indemnización por despido, etcétera.

En aquellas épocas —es decir, a principios del siglo XIX— Ricardo estaba obsesionado por dos amenazas: por un lado, los

terratenientes que aún no habían perdido su poder, y por otro lado, una masa creciente de obreros que aumentaba como producto de la acumulación de capital y que, al hacerlo, consumían crecientemente alimentos cuyo precio tendía a aumentar a causa de su escasez.

Esta doble opresión encarecía la renta terrateniente y el salario, y tendía por lo tanto a comprimir la ganancia. La mirada pesimista de Ricardo estaba alimentada por el bloqueo continental de los ejércitos napoleónicos sobre Inglaterra y el aún incipiente desarrollo de las nuevas tecnologías que traía aparejado el capitalismo. La derrota de Napoleón y el pleno desarrollo de la revolución industrial se encargaron de abrir el mundo al capital. (Paradójicamente, Napoleón había abierto el camino despedazando los ejércitos de las potencias feudales e irradiando las relaciones burguesas al continente europeo). La expansión del capital ya no tenía la forma manufacturera que le había dado origen y dejó de estar basada predominantemente en la incorporación de obreros, sino más bien en modernos medios de producción que incrementaban extraordinariamente la productividad del trabajo.

El capital no sólo se concentraba, sino que se centralizaba a través de la unión de empresas preexistentes y el descubrimiento de nuevas ramas de producción masiva que se instrumentaban a través de poderosas sociedades por acciones. Si bien las nuevas técnicas de producción incorporaban a grandes zonas del planeta al capitalismo, y con ello crecía la ocupación de obreros, se necesitaban proporcionalmente menos obreros ocupados por unidad de inversión. El mismo mecanismo que expandía el capital tendía a generar una población obrera excedente. Enormes masas de personas eran expulsadas de la producción en los períodos de abarrotamiento de los mercados, y nuevamente absorbidas en el auge. No era, como creía Ricardo, la acumulación un producto del desarrollo de la población obrera, sino al revés: la ocupación es una variable dependiente de la acumulación de capital.

## El capital monopolista y la cuestión del empleo

El llamado capitalismo "de libre competencia" se convirtió con el tiempo —y esta es la tendencia inevitable del mercado basado, por definición, en la propiedad privada— en capitalismo monopolista. Lejos de aminorar las contradicciones de la competencia, el surgimiento de los monopolios exacerbó sus mecanismos. La lucha económica por el mercado mundial se transformó en guerra. Dos conflictos devastadores condujeron a la muerte a decenas de millones de trabajadores y a sucesivos repartos del mundo entre las asociaciones monopolistas que representaban las grandes potencias. Paradójicamente, cuanto más centralizado está el capital, más cristalinamente se revela su fragilidad interna, producto de la contradicción que se produce entre la creciente socialización de la producción y el carácter cada vez más selecto de la apropiación de la riqueza. Este antagonismo, sumado al que genera el carácter desigual del desarrollo de los capitales individuales, conduce al capitalismo en forma recurrente a crisis que aparecen bajo la forma de superproducción general de mercancías, pero cuya contrapartida no es una satisfacción desmesurada de las necesidades sociales sino su contrario, el infraconsumo de las grandes masas de la población, un ejército de desocupados y una caída vertical de los salarios. Crisis, guerra, desocupación y miseria de grandes masas han sido —siguen siendo— fenómenos recurrentes que regulan la acumulación de capital a lo largo de todo este convulsionado siglo XX.

En el período de entreguerras, y a la luz de la experiencia de la gran crisis, los economistas teóricos no podían dejar de observar estas contradicciones, más aún teniendo en cuenta que era necesario reactivar rápidamente la producción y satisfacer mínimamente el consumo de la población obrera, frente a la amenaza que representaba su creciente combatividad, alentada por la presencia de la Rusia soviética. Las conclusiones obvias eran que la oferta y la demanda no se equilibraban en forma automática, que la plena ocupación no era el único punto de equilibrio del sistema, sino que éste tendía a equilibrarse mejor con cierto grado de desocupación que funcionara como reserva

de la acumulación —o ejército industrial de reserva, como ya había dicho Marx casi un siglo antes— y que debían instrumentarse desde el Estado determinados mecanismos que se encargaran de atenuar las crisis con políticas contracíclicas: aumento de la inversión pública, disminución de la tasa de interés y reducción de la presión impositiva en la recesión, aumento de los impuestos y de la tasa de interés en el auge. Así nació la macroeconomía keynesiana, que contribuyó a sustentar el enorme desarrollo del capitalismo en la segunda postguerra. El modelo keynesiano que se aplicó en los países capitalistas desarrollados, fue contemporáneo de la política sustitutiva de importaciones con fuerte participación estatal en algunos países dependientes importantes, como el caso de la Argentina. Fue un crecimiento con bajos niveles de desocupación, gran expansión de la producción, altas tasas de ganancias y, a consecuencia de las grandes luchas que desplegaban los obreros en todo el mundo, un incremento de los salarios de los obreros industriales, aunque persistían, sin duda, millones de obreros rurales, trabajadores no calificados y campesinos en los países del Tercer Mundo, que padecían una miserable situación. La década de los '70 marcó el límite del modelo de acumulación keynesiano, que había producido altas tasas de inflación en todo el mundo capitalista, y en especial en los Estados Unidos y en los países dependientes, enormes déficits en los presupuestos de los Estados y una tendencia declinante en la tasa de acumulación de capital.

El neoliberalismo retomó con gran fuerza las viejas ideas ricardianas. El thatcherismo en el Reino Unido y el reaganismo en EE.UU. marcaron el fin del keynesianismo (aunque no, por supuesto, la formulación de políticas macroeconómicas estatales y supraestatales) y el comienzo de una gran ofensiva del capital contra el trabajo, ofensiva que reforzó un nuevo salto tecnológico en la producción, que multiplicó en una escala sin precedentes la productividad del trabajo. La derrota de las huelgas mineras en Gran Bretaña, la ofensiva republicana en EE.UU., la imposición de dictaduras genocidas en América latina, condujeron a eliminar progresivamente la legislación protectora de los trabajadores en todos los ámbitos: laboral, de la salud y de la

educación. El desmoronamiento de los países socialistas contribuyó a ampliar las ondas de esta ofensiva, que incorporó a la más abierta y "tradicional" explotación capitalista a más de mil quinientos millones de personas. La nueva forma de acumulación basada en una nueva revolución tecnológica arroja a la calle a millones de trabajadores en todo el mundo capitalista. La particularidad de esta nueva forma de acumulación es que se produce "a la Marx", es decir, generando por su propio desarrollo un inmenso ejército industrial de reserva.

Este nuevo tipo de acumulación "globalizada", no tanto por su contenido —el capital tiende a la globalización por definición, ya que el comercio mundial es uno de sus supuestos y se convierte en una necesidad impuesta por la competencia— sino por la forma que adquiere hoy su propagación, dada la revolución en los transportes y las comunicaciones y la progresiva eliminación de las trabas a la circulación internacional del capital y el trabajo, posee en los países del Tercer Mundo características propias de los países dependientes, muchos de ellos fuertemente endeudados con las grandes potencias y sus instituciones internacionales de crédito. El Fondo Monetario Internacional que se ha convertido en un auditor internacional de los países dependientes, violenta groseramente su soberanía económica, fiscal y monetaria e impone sus propios planes, en consonancia con los modos de reproducción del capital de las potencias y asociaciones monopolistas.

## **La desocupación en la Argentina**

En este marco el gobierno argentino implementó su plan de ajuste cuyos cuatro aspectos principales fueron: 1) La privatización de las empresas del estado y su entrega a los grandes monopolios internacionales en asociación con algunos nacionales; 2) La "apertura" económica, que ha conducido a una violenta desnacionalización de la producción industrial, del comercio, de la propiedad rural y urbana y de las finanzas; 3) La convertibilidad peso - dólar, o la entrega de la soberanía monetaria; 4) La

anulación de las conquistas obreras plasmadas en la Ley de Contrato de Trabajo y la reimplantación de normas de contratación y, en general, de regulación de las relaciones entre el capital y el trabajo, que han conducido a un salto en la productividad del trabajo cuyos componentes más importantes han sido el descenso de los salarios reales, y en muchos casos de los nominales (por ejemplo, el despido de miles de trabajadores y la contratación de nuevas camadas con contratos temporarios, de menor remuneración y con la eliminación de aportes patronales e indemnizaciones), y en especial una estructura productiva expulsora de obreros.

La explicación que brindan los funcionarios neoliberales sobre la creciente desocupación responsabiliza a la evolución de la población obrera, y no a la forma de acumulación.

Así, Cavallo y otros economistas del "ajuste estructural" atribuyen la desocupación a que millones de personas se incor-

GRÁFICO 1  
Obreros ocupados y producción industrial  
Índices base 1986-90 = 100

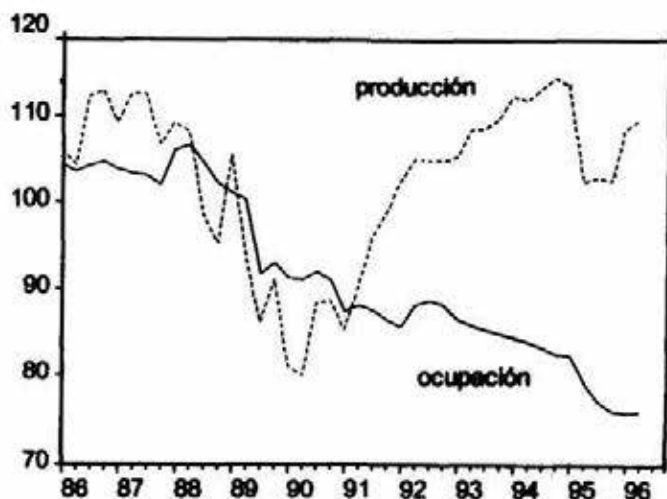
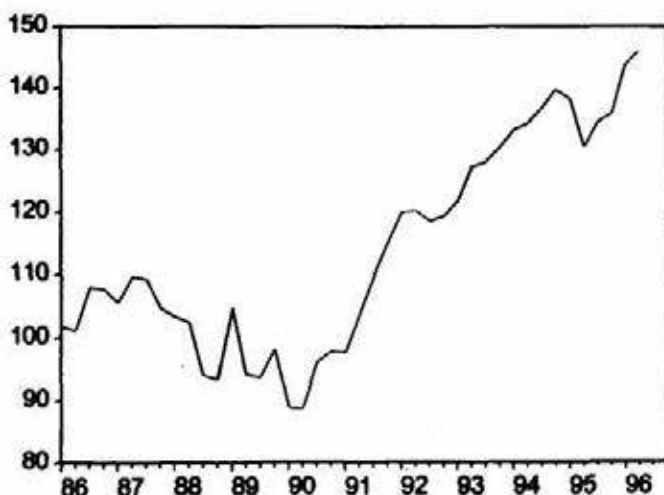


GRÁFICO 2  
Productividad por obrero  
Índices base 1986-90 = 100



poran entusiastas al mercado de trabajo porque prefieren trabajar a no hacerlo. El problema que no alcanza a descifrar Cavallo es que la nueva Argentina del crecimiento sostenido no sólo no genera empleo sino que, al revés, produce desempleo, en niveles no igualados desde la depresión de los '30.

Un reciente trabajo de investigación revela que: *"En síntesis, la encuesta de hogares muestra que la caída del empleo se verifica principalmente en la industria. En menor medida, se contrajo también el empleo en el comercio y la construcción. La reducción de puestos de trabajo involucró principalmente a hombres y jefes de familia. Por otro lado, aumentaron los puestos de trabajo en transporte y comunicaciones, servicios financieros y electricidad, gas y agua. En consecuencia, más que por las privatizaciones y reforma del sector público, la reducción de empleos urbanos parece haber sido principalmente consecuencia de la reestructuración y concentración de las actividades de*

*producción y distribución que tuvieron lugar en los años noventa, particularmente en el sector industrial.*"<sup>1</sup>

Los mismos autores señalan que entre 1990 y 1996 la productividad por obrero aumentó 47,3% y construyen un cuadro que revela elocuentemente la evolución inversa de la ocupación y la producción en la industria durante dicho período (ver Gráficos 1 y 2).<sup>2</sup>

## **¿Un mundo sin trabajo?**

Esta estructura que tiende a expulsar trabajadores pareciera indicar una tendencia a la "muerte del trabajo". Nuevamente, las leyes de acumulación de capital aparecen bajo la forma de un exceso de población obrera. ¿Deberíamos preguntarnos acaso, si como consecuencia del progreso tecnológico, el futuro nos depara un mundo sin trabajo?

El mundo que conocemos es producto del trabajo. La humanidad se plantea para el próximo milenio la conquista del universo. El trabajo creador no tiene fronteras. Sí las tiene la forma actual de apropiación y distribución del trabajo social. Lo que revela su historicidad es una sociedad basada en la acumulación de trabajo impago, construida en base a la explotación de miles de millones de personas por un puñado de grandes propietarios. No es el trabajo en general el que tiende a desaparecer. Es el trabajo asalariado como fuente de acumulación de riqueza por los capitalistas lo que comienza a plantearse como un anacronismo, al igual que la forma de propiedad que lo reproduce.

*La Marea* Nº 11, otoño de 1998.

**Sergio Salvatore es economista.**

---

<sup>1</sup> Roberto Frenkel y Martín González Rozada. *Apertura, productividad y empleo. Argentina en los años 90*. Borrador Preliminar. Buenos Aires, noviembre de 1997. Págs. 10-11

<sup>2</sup> Idem, págs. 16-17.



## ***Cultura e identidad***

## EL HUEVO DE LA SERPIENTE

ADOLFO COLOMBRES

En lo que podría llamarse el testamento político de Guillermo Bonfil Batalla (pues murió días después), expresado en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, en junio de 1991, estaba ya la severa advertencia de que pesaba sobre América latina el riesgo de un fracaso aun mayor que el que signara hasta entonces su historia, y que podía esta vez resultar definitivo: el nuevo orden mundial que se estaba conformando volvía a colocarnos en un papel subalterno, si no de simples mendigos, ya que tanto las reglas del juego como las metas se fijaban sin nuestra participación.

Para Darcy Ribeiro, presente en dicho simposio, se trataba de una nueva colonización, más sutil que la anterior pero no menos eficaz, pues se avanzaba ahora con mayores resultados hacia el aplanamiento de nuestra diversidad cultural y la pérdida de los restos de soberanía. Señaló también que tanto las clases dirigentes como los intelectuales de la región pensaban más en incrementar su poder y sus prebendas, lucrando con este proceso, que en salirle al encuentro con un proyecto civilizatorio propio.

Tal cuadro, lejos de mejorar, no hizo más que agravarse en el lustro que pasó desde entonces, pues las tecnologías de punta se manipulan cada vez más como feroces espejitos de colores que demuelen sin misericordia los universos simbólicos que han logrado, preservar su coherencia y seguir funcionando como matrices aún capaces de reelaborar en términos propios los

préstamos culturales y adueñarse de tecnologías para ponerlas en función de sus proyectos.

O sea, lo moderno se potencia otra vez como un proyecto inconciliable con las tradiciones y los valores culturales propios, como si la modernidad fuera una (la dominante) y no múltiple (el derecho y deber de cada pueblo de definir su propia modernidad, a partir de su cultura y su racionalidad). Bajo tal perspectiva, las tecnologías de punta siguen operando como caballos de Troya que abren en la sombra su vientre para corromper con sus pobres fetiches y esquemas la identidad (o el proceso de identificación) de los pueblos, barriendo con sus más nobles tradiciones y el legado de su historia. Su objetivo no es otro que el de uniformar gustos y asegurar así la rentabilidad de las inversiones de las empresas transnacionales, en cuyo patio trasero se alimenta el Estado como un perro acostumbrado a las sobras de los amos. El mismo Estado que distrae sus recursos genuinos en engordar a una clase política cada vez más corrupta y cómplice de dicha descivilización, que se presenta no obstante como civilizatoria y racional.

Desde ya, el mayor peligro para este proyecto, exacerbado hoy por el neoliberalismo, son esas matrices simbólicas que aún siguen funcionando con cierta autonomía en nuestra región, pues sólo en ellas se puede cimentar una emergencia civilizatoria, una alternativa a la globalización capaz de encauzar la suma de nuestras culturas en un lecho a la vez único y plural, para así ganar fuerza y reclamar en el nuevo milenio un rol protagónico, es decir, un papel digno, de gente con destino propio que debe ser escuchada siempre que se delibere sobre un nuevo orden internacional.

## **La muerte de la cultura**

Es preciso reivindicar en esta coyuntura el postulado romántico de Herder (compartido por Vico), para quien hablar de una sola cultura era hablar de la muerte de la cultura. Para él el cosmopolitismo era algo vacío, pues las personas sólo pueden

desarrollarse en la medida en que participan de una cultura específica. La globalización, entendida como la imposición de una civilización planetaria con gustos unificados y sustentada en la pobre filosofía del *Homo consumens*, no es otra cosa que el regreso (¿triumfal?) de la barbarie, dispuesta a barrer no sólo con los universos simbólicos diferentes, sino también con la mejor herencia de la misma cultura occidental, traicionando los principios fundadores de la modernidad, que ponían a la razón al servicio de la libertad, la igualdad y la justicia. Una razón arrojada hoy ante los fetiches de la publicidad y el consumo y que deifica la rentabilidad hasta el punto de privar a las mayorías hasta de la esperanza en un mundo mejor, sólo en virtud de un perverso mecanismo puede aún pretenderse racional.

Dicha quiebra dio pie en Europa al surgimiento de un pensamiento postmoderno, que recoge algunas demandas de la periferia en un *mea culpa* tal vez no hipócrita, pero que en definitiva no hace más que revitalizar una posición hegemónica y cerrar así el camino a las alternativas genuinas de la periferia, cuya pereza intelectual la lleva en muchos casos a plegarse a ese debate ajeno, postergando el trazado de su propia senda. Nuestros países se vuelven así, a veces sin saberlo ni desearlo expresamente, cómplices de lo que Gilles Lipovetsky llamó "la era del vacío" y también "el imperio de lo efímero", que culmina en "el crepúsculo del deber" (título de su última obra). Para G. Steiner, lo que se vacía es la misma palabra, y habla por eso de una era de la no-palabra, por la dilución de los sentidos.

Pero la palabra resiste, a menudo en bastiones tan frágiles y aislados como las selvas de Chiapas, donde se ha mostrado más eficaz que las armas, y denuncia la retirada del Estado como una ruptura de su contrato con la sociedad, único sustento legítimo de su poder. También nos dicen esas voces que el mundo de las identidades está antes que el del mercado y las tecnologías, como sujetos históricos que reclaman un derecho a regir los mismos y no ser un barco a la deriva de esas fuerzas "ineluctables".

Porque lo cierto es que hace mucho el desarrollo, como señalaba Edgar Morin, perdió la dimensión de los problemas humanos. Se volvió autista y se complace en sí mismo, fuera de toda

consideración ética y de otro tipo, lo que genera, junto con un creciente desempleo, descontento, desmoralización y rebelión. Es que no es posible ya engañarse: las nuevas tecnologías son esencialmente minoritarias. Los indios, los negros, todos los condenados de la tierra, están aún lejos, salvo raras excepciones, del hombre cibernético, y el consumo no pasa para ellos de ser un sueño del que muchos han desertado, como quien huye de una trampa. Abrumados por la realidad real, poco les interesa la realidad virtual, y ni siquiera comprenden que alguien pueda entusiasmarse con tales masturbaciones. Es que descubren con orgullo su pertenencia a una cultura comunitarista, y recelan de la cultura individualista de la que se nutre el proceso de globalización, el que, al igual que la cultura de masas de la que forma parte, aísla más de lo que une.

Nuestros pueblos, no obstante, no se cierran a la ciencia ni la tecnología, sino que, por el contrario, las reclaman para ponerlas al servicio de sus proyectos, apropiarse de ellas y alcanzar así su modernidad. Guy Sorman identifica el sistema liberal con la modernidad, lo que implicaría que una cultura comunitarista no podría acceder a la misma, despropósito ya sugerido por autores de otros espectros políticos. Se trata, en definitiva, de un pensamiento tributario del viejo culturalismo norteamericano, que negaba a los pueblos dominados, a las comunidades, potencias endógenas de cambio, por lo que toda transformación de las mismas debía llegar desde afuera, por un proceso aculturativo, y no por la vía de una autogestión evolutiva.

### **¿Dónde se incuba el huevo de la serpiente?**

Cabe preguntarse ahora dónde se incuba el huevo de la serpiente en lo que hace a la globalización, y también si hay una sola forma de globalización cultural.

En relación al primer punto, diría que la cuestión pasa por una acelerada hibridación, bendecida y hasta exaltada por varios de nuestros intelectuales, que confunden el reconocimiento de los procesos de mestizaje cultural que se dieron en nuestra

historia (a menudo con fecundos resultados) con la apología de las manipulaciones que se hacen desde la cultura de masas y los sectores dominantes para forzar "sincretismos" que no son otra cosa que una corrupción disfrazada de dos o más sistemas simbólicos, para quitarles toda coherencia y dignidad, y sobre todo para esterilizarlos, pues se sabe que lo híbrido no se reproduce ni da frutos. Se observa en este sentido una tendencia a soslayar la violencia que subyace siempre, o casi siempre, en los procesos sincréticos, que son un enmascaramiento de lo propio que hace un oprimido para eludir la represión, o bien una manipulación de un opresor para imponer a otro pueblo sus valores, inventando convergencias y consustanciaciones para desviar de su legítimo cauce una creencia. Si restringimos el vocablo "sincretismo" a la esfera de lo religioso, cabe añadir que la ideología que propicia la hibridación actúa también en los otros segmentos de la cultura con similares mecanismos, e incluso también en lo político: los indígenas definieron ya como "mestizaje" (y condenaron) la corriente indigenista que fuerza el mestizaje para demoler las etnias y la diversidad, en las que se llegó a ver la causa principal de los males que los aquejan y del retraso de nuestros países.

Al elogio de lo híbrido se suman autores de la talla de García Canclini, quien ve como algo pragmático y no dramático la entrada y salida de los pobres de la modernidad, como una saludable estrategia del hambre, sin reparar en el costo que debe pagar por ello su conciencia y la devaluación que apareja de sus sistemas simbólicos. Si cuestionamos la actitud postmoderna en las capas intelectuales de América latina, no podemos convalidarla para los sectores subalternos. No se debe confundir tal travestismo con la apropiación de elementos de otras culturas, mediante una adopción selectiva y una adaptación para resemantizarlos y refuncionalizarlos. O sea, no se trata de defender una pureza (que pocas veces existe) sino la dignidad, profundidad y coherencia de un orden simbólico. Tal delirio connivente con la abolición de las especificidades lleva a García Canclini a mirar con sorna e incluso proclamar la caducidad de categorías tales como centro/periferia, dominante/dominado, opresor/oprimido, las

que se verían eclipsadas por el resplandor de dinámicas que —curioso resulta constatarlo— no dejan a su paso ninguna marca en la conciencia, ningún mojón, como si también las ciencias sociales devinieran un juego postmoderno, libre de todo compromiso, vaciado de ética y hasta de épica, y sobre todo de esa dialéctica entre lo propio y lo ajeno sin la cual ninguna concientización es posible. Embriagado por su despliegue interpretativo, no se pregunta ya en ningún momento hacia dónde conducen tales elaboraciones, las miserias de esas nuevas filosofías. Los capitanes de la globalización pueden estar tranquilos: las salvas de artillería no están destinadas a su campo, y en definitiva no son más que fuegos de artificio, un estilizado ballet de la inteligencia burguesa, un jarabe lleno de fintas que no se baila en las selvas de Chiapas.

Pero los gracejos de un ser híbrido no pueden abolir los fuegos transformadores, ese deber ser que postula la conciencia desde las torres de la esperanza. Miserable resulta una ciencia social que ignora su anclaje en la realidad, que no aspira a producir un cambio en las situaciones estudiadas y se muestra connivente con la dilución de los sujetos sociales, y por lo tanto de toda identidad.

La segunda pregunta lleva a pensar que así como no es hoy lícito oponer modernidad e identidad (lo que funcionó durante mucho tiempo en nuestra cultura), podría no serlo tampoco oponer sin más globalización e identidad. Para que esta oposición se convierta en una complementación habría que plantear la globalización de lo propio, es decir, un proceso selectivo que lleve a utilizar las nuevas tecnologías para potenciar una emergencia civilizatoria de la región. O sea, no se trata aquí de plejarse a una cultura hegemónica y *light* ni al *kitsch* de los medios, sino de oponer a la misma un discurso no aislado, unidireccional, sino consensuado, como una nueva racionalidad regional y un anclaje cierto en una identidad. Dicha globalización regional puede incluso permitirse zonas francas con otros procesos globalizadores, como una nueva forma de construir, esta vez desde abajo hacia arriba, una razón verdaderamente universal. Pero fuera de este campo de lo experimental, las culturas específicas y que

ya alimentan las raíces de esa civilización latinoamericana podrán seguir cultivando y reelaborando sus tradiciones y sistemas simbólicos, como quien defiende el derecho a la vida privada.

En México, lingüistas indígenas utilizan las computadoras para resolver los problemas de sus lenguas y asegurar así su permanencia, del mismo modo en que varios grupos de la selva brasileña usan el video y otras tecnologías de avanzada para detonar y ahondar los procesos de la conciencia. Mientras destruyan a tiempo los huevos de la serpiente, podrán lograr esa gran síntesis que no los dejará (o no nos dejará) fuera del mundo como pueblos "prescindibles" o "inviabiles", y los librárá un día de seguir siendo un pueblo oprimido, un pueblo para otros y no para sí.

*La Marea* Nº 7, primavera de 1996.

**Adolfo Colombres** es novelista y ensayista en temas antropológicos.



## UNA NACIÓN JOVEN CON UNA HISTORIA MILENARIA

JOSEFINA RACEDO

La cuestión de si existe o no una identidad nacional que caracterice el modo de ser argentino es un tema crucial, que suscita debates de todo tipo en el terreno político-cultural y para el cual nosotros proponemos la idea de *identidad en lucha*. La propuesta apunta a abrir un camino diferente tanto de quienes sacralizan al Estado como único y todopoderoso forjador de naciones e identidades, como quienes lo ignoran o se subordinan a la ideología y las creencias que efectivamente se imponen desde el control del aparato estatal y desde el conjunto de intereses hegemónicos en la sociedad. Las clases sociales dominantes instalan sus propios valores y buscan "naturalizarlos" como si fueran indiscutibles e inherentes a todos.

Se habla, por ejemplo, de los argentinos como producto de un "crisol de razas", con lo cual se quiere decir que somos una confusa mezcla de españoles, italianos y alguna otra porción de mundo. Semejante idea fue reforzada con aquella otra, difundida en chistes, canciones o sesudos estudios académicos, según la cual los argentinos "descendemos de los barcos". En definitiva, se nos niega identidad propia, o si se admite alguna se la caracteriza desde aspectos aislados, superficiales, vinculados a imágenes tales como el gaucho, el mate o el tango. Estos elementos son en sí mismos incapaces de conformar un complejo integrado que permita reconocer una verdadera identidad nacional en la cual se incluya a todos los argentinos con sus connotaciones psicológi-

cas y sociales, individuales y colectivas. Se oscurece así la noción de que en un largo y contradictorio proceso histórico se ha ido configurando una identidad nacional —estructurada en base a la unidad de lo diverso— con hegemonía de los elementos impuestos por las clases dominantes.

Fuertes elementos identitarios que superan las ricas y múltiples diferencias regionales y provinciales, permiten reconocernos y que nos reconozcan como argentinos. Lejos de generar un collage invertebrado, un híbrido, tales elementos se asimilaron en un sustrato nacional fuerte, al punto tal que la primera generación de hijos de árabes, japoneses, coreanos o italianos mostraron y muestran rasgos nítidos de una "argentinidad" que los distingue de sus padres. Elementos culturales y hasta gestuales suponen la presencia de una multiplicidad de aspectos y aportes configuradores de una identidad propia que hunde sus raíces mucho más allá de los casi doscientos años de existencia de la nación argentina. Así el "che", una de las expresiones del habla que identifica a los argentinos en el mundo, es una voz de origen mapuche para designar "gente". Podríamos encontrar muchos otros ejemplos que demuestran algo crucial: somos una joven nación con una historia milenaria.

Esta identidad no es un sustrato metafísico, homogéneo, forjado de una vez para siempre, que se explicaría por un mítico y telúrico "ser nacional". Es, por el contrario, el resultado de un proceso de construcción continua, durante el cual diversos elementos contradictorios no sólo se unen sino que se mantienen en tensión y lucha. En este proceso hay cambio y continuidad. Y se va conformando tanto en cada individuo como en lo colectivo una totalidad de elementos que le permiten, a la comunidad y a cada uno de sus miembros, identificarse a la vez que diferenciarse.

Se trata de la continuidad histórica de una comunidad relativamente estable, que a lo largo del tiempo gesta un complejo de cultura, de lengua, de psicología, que adquiere conciencia de sí y de los otros como diferentes y semejantes. Señala Ana Quiroga que al hablar de identidad están presentes dos sentidos, íntimamente articulados: *Uno nos habla de identidad —dice—*

*en tanto encuentro, entrelazamiento, identificación en y con otros; es ese entrelazamiento el que da apoyatura a la identidad, entendida ya como integración y continuidad del "sí mismo", en una dialéctica de interdependencia y autonomía.*<sup>1</sup> Para acercarnos a la comprensión de esa complejidad que constituye nuestra identidad, tendremos que bucear en este conjunto de elementos objetivos y subjetivos, formado con ideas, sentimientos, prácticas materiales y simbólicas, costumbres, creencias y representaciones, y el proceso dialéctico en el que se incluyen y que les da sentido.

### **Una sociedad contradictoria**

La identidad nacional refleja una sociedad contradictoria, en la que lo diverso se ha unificado, sí, pero unificado en un proceso signado por la hegemonía de una clase social concreta: la oligarquía terrateniente

Los señores de la tierra lograron unir a la nación tras años de guerras civiles. Y lo hicieron, por mencionar un solo ejemplo, expurgando la versión original del Himno Nacional de todos los elementos que nos permitieran reconocernos como latinoamericanos, en el origen común indígena. No fue por ínfulas literarias que en 1900, Julio A. Roca, uno de los principales fundadores del Estado oligárquico, suprimió, entre otras, la parte del Himno que comienza: *"se conmueven del inca las tumbas / y en sus huesos revive el ardor / lo que ve renovando a sus hijos / de la Patria el antiguo esplendor..."*. También eliminó el orgullo insolente de la "nueva y gloriosa nación" con sus sienas coronadas de laureles. Y el "ibérico, altivo león" rendido ante un nuevo país cuyo "antiguo esplendor" arrancaba de los incas, no sólo fue eliminado de la letra de la canción nacional sino que, en los hechos, el viejo imperio colonial se transfiguró en una angelical y comprensiva "madre patria".

---

<sup>1</sup> Ana Quiroga. Presentación del libro *Alfabetos sociales de la identidad*, de J. Racedo, I. Requejo y M. S. Taboada. Editado por CERPACU, Tucumán, 1994.

No debemos olvidar —y esto impregna nuestra identidad— que la cohesión apuntalada con éstos y otros múltiples elementos ideológicos, pudo lograrse a través de la coerción y el genocidio de nacionalidades que quedaron subordinadas y oprimidas bajo la hegemonía de las clases dominantes. Éstas gestaron una identidad dependiente, como el país. Pese a ello, en el seno de esa identidad se han mantenido en lucha otros elementos que, aunque subordinados, emergen en forma permanente y que son, a nuestro entender, la base para amasar una nueva identidad.

Por eso, preguntarnos qué y quiénes somos los argentinos es no sólo registrar lo que domina en nuestra propia autoimagen —modelada socialmente desde lo hegemónico— sino bucear, rastrear en lo oculto, enmudecido, reprimido durante siglos.

La lucha que nos permitió romper el yugo colonial fue hegemonizada por la oligarquía terrateniente de la pampa húmeda y los grandes comerciantes del puerto de la ciudad de Buenos Aires. La oligarquía logró imponer su proyecto de país con centro en el puerto bonaerense, frente a otros proyectos en pugna liderados por distintos sectores de terratenientes y caudillos del interior.

Subordinados a los sectores dominantes, los caudillos tuvieron, sin embargo, contradicciones con ellos. Tales contradicciones se expresarían no sólo en el terreno económico y político, sino también en elementos ideológicos que aparecieron en pugna con los dominantes. Es bueno reconocerlos para no confundir el nacionalismo oligárquico de los terratenientes —quienes en el norte y otras zonas del país lucen sus galas gauchescas en los desfiles de las fechas patrias, mientras tratan a los peones de sus estancias peor que a los animales— con los elementos nacionales de contenido popular que estuvieron en resistencia y lucha en la formación de nuestra identidad.

La identidad nacional gestada bajo la hegemonía de los latifundistas ganaderos de la pampa húmeda fue impuesta a través de la represión, la coerción y también —como ocurrió con la población negra e indígena— el genocidio. La masacre republicana, por así llamarla, fue continuidad de la iniciada en territorio americano con la conquista española de 1492. La conquista

no fue, como muchos pretenden, un descubrimiento que habría permitido un idílico "encuentro" de dos culturas. Para sostenerse e imponer sus propósitos, el conquistador trató de liquidar todo vestigio de la cultura y de la historia anterior. Implantó una historia escrita que se planteaba como continuidad de la española y europea. Salvo excepciones, no se permitió conservar, conocer o continuar la riqueza cultural de los pueblos indígenas. Más aún, hacerlo era peligroso, se corría peligro de muerte: hablar lengua propia era peligroso (en territorio argentino, los españoles impusieron primero el quechua y luego el español),<sup>2</sup> lo mismo que practicar la religión, mantener costumbres, cultivar granos o criar animales propios. Todo aquello que confería identidad ajena al conquistador fue destruido o prohibido.

¿Qué pasó con la identidad de los vencidos? ¿Desapareció? Como consecuencia de su derrota en 1669, los quilmes, indómitos habitantes de los Valles Calchaquíes, fueron trasladados a más de mil kilómetros de distancia. ¿Es pensable que de ellos sólo nos quede el nombre de una cerveza elaborada en la localidad bonaerense a la que fueron extrañados? ¿Y qué ocurrió con la identidad de los indios pampas, tehuelches y mapuches (estos últimos eran los araucanos del otro lado de la cordillera), famosos por su valentía y arrogancia, considerados irreductibles por los españoles y sometidos recién en 1879 con los remington de Roca, ese tucumano servidor de la oligarquía porteña? ¿La fuerte identidad nacional de esos pueblos quedó sólo refugiada en las pequeñas comunidades aborígenes, significativamente llamadas desde el poder "reducciones"? Pensamos que no. Las nacionalidades que habitaron en lo que es hoy el territorio argentino, la mayoría de las cuales reclaman cada vez con más fuerza sus derechos nacionales, han aportado con múltiples elementos a nuestra identidad. Elementos subordinados, reprimidos, en lucha

---

<sup>2</sup> Al respecto ver: M. I. Requejo, "Sistema de legitimación de la conquista española" en *Alfabetos sociales de la identidad*. Pág. 72 y subsiguientes. Requejo cita la afirmación de Nebrija hecha en 1492 según la cual "la lengua siempre fue compañera del imperio" y agrega: "Efectivamente, en América, la lengua fue instrumento esencial de la conquista territorial y espiritual".

con los dominantes, pero que son parte indisoluble de nuestra idiosincracia de argentinos. (Francisco Ramos Mejía dice que "ya éramos argentinos aun bajo el imperio de los monarcas españoles", refiriéndose sólo a los españoles argentinizados en las tierras del Plata, sin advertir, como bien señala Liborio Justo, que tal cosa sólo fue posible por el fuerte aporte de los indígenas).<sup>3</sup>

## La desvalorización de lo propio

Los terratenientes bonaerenses, bajo cuya hegemonía se organizó el país, afianzaron el control económico, político y cultural basándose, por un lado, en la "herencia" dejada por la colonia española y, por el otro, ligándose servilmente a distintas potencias imperialistas. Esta característica impregnó nuestra identidad con ideas y sentimientos de desvalorización de lo propio y enaltecimiento de lo de afuera (más precisamente de los dominadores de afuera). Fue de ese modo que asumió ese carácter de identidad dependiente que señalamos, enfrentado y en lucha con otros rasgos identitarios de orgullo y altivez que lograron sobrevivir a la descalificación sistemática. La oligarquía terrateniente necesitó que lo "nuestro" siguiera caracterizándose como salvaje, bárbaro, ignorante, atrasado, sin historia ni cultura. Tales atributos fueron sucesiva o simultáneamente adjudicados al indio, al gaucho, al negro, al gringo inmigrante. Hoy caen sobre las espaldas de los "cabecitas negras", o simplemente "negritos", que robustos patovicas impiden ingresar a las discos, donde son evaluados con las mismas pautas discriminatorias que en América rigen desde fines del siglo XV.<sup>4</sup> A la vez, lo de afuera fue ungido con valores positivos: blanco, bello, poderoso, sabio, inteligente. Allí era donde debíamos mirarnos, pero a sabiendas de que nunca esa meta podría ser alcanzada. Sólo la elite

---

<sup>3</sup> Liborio Justo. *Pampas y lanzas*. Editorial Palestra, Buenos Aires, pág. 38.

<sup>4</sup> Ricardo Cámara. "La globalización color de rosa y el morocho subrepticio", en este volumen.

dominante podía pretender asemejarse al modelo externo: así se puso en escena el grotesco mimético de esta oligarquía que llegó a trasladar arquitectos y paisajistas junto con todos los materiales de construcción para hacer copias de palacetes franceses o ingleses en plena pampa. Decimos "pretender" porque para su congéneres europeos los señores del lejano sur nunca dejaron de ser semibárbaros perfumados con el olor a bosta de sus vacas.

El Estado oligárquico fue el instrumento de dominio y hegemonía de los terratenientes y las potencias imperiales. Usaron la fuerza y el terror. El gaucho —típico hijo de estas tierras, nacido de la unión de españoles con indias o negras— fue condenado a vagabundear por el latifundio que le impedía acceder a la tierra. Cuando se acabó el ganado cimarrón, fue perseguido y obligado a servir en la estancia o el fortín. Para disciplinarlo, las mismas clases que en épocas posteriores lo elevarían a "símbolo de la nacionalidad" no escatimaron cepeo ni torturas. Y cuando ya lo creyeron domado lo transformaron en el mítico "señor de las pampas" con el que hoy no puede identificarse ningún peón rural (heredero del gaucho desheredado de estas tierras) que recorre las estancias buscando conchabo. Mucho menos nuestros jóvenes, que reciben permanentemente mensajes contradictorios que a un mismo tiempo desvalorizan e idealizan al criollo.

Para castigo y consumo de los trabajadores de la caña de azúcar, los dueños de ingenios tucumanos esgrimieron el látigo de los capataces y "ofrecieron" durante décadas la leyenda de El Familiar: ese negro, gigantesco perro que arrastraba cadenas, vivía en las "zabaleras" de los ingenios y hacía desaparecer a los obreros rebeldes. Ese método feroz de imponer el terror y la desaparición de personas se materializó luego a escala gigantesca durante la dictadura militar que sugestivamente en Tucumán usó —en Santa Lucía, por ejemplo— los mismos sótanos en los que vivía El Familiar.

Los trabajadores urdieron varias "contra-leyendas" en las cuales se narraba de qué manera un tucumano o santiagueño valiente lograba hundir un puñal de plata en el corazón del gigantesco perro. Cuánto de revancha hay en el fervor con que

los sectores más oprimidos esgrimen el nombre del "Perro" Santillán sabiendo que despierta miedo entre los patrones (no sólo en el Norte: en otras provincias, como Córdoba, en medio de una lucha se amenaza que "va a venir el Perro" y la propia lucha parece potenciarse).

Las clases dominantes no sólo usaron y usan la represión y el terror para imponer su identidad. También emplean otros instrumentos que facilitan la aceptación de sus valores por el conjunto de la sociedad. Desde luego, la religión y la educación sistemática según ciertos patrones cumplieron en este terreno un papel fundamental. El papel de esta última como configuradora de aspectos identitarios de los argentinos merece una reflexión particular que excede las posibilidades de este trabajo. Los contenidos de la enseñanza seleccionados hace ya más de cien años por quienes organizaron la nación argentina y los cambios que actualmente propone la llamada "transformación" educativa sirven al mismo objetivo de sostener la identidad dependiente, contenidos ahora actualizados para adecuarlos a la llamada "globalización".

Hemos incorporado a través de las aulas versiones acomodadas de los hechos históricos. Sirvieron para que despreciemos al "indio salvaje que llegaba en malones a llevarse a las blancas cautivas". Y para que desde las ciudades miremos con conmiseración la vida campesina, visión que a la vez carece de todo sentido para los protagonistas de la vida rural. Lo mismo podríamos decir de la imagen de la mujer o del negro, que se nos incorporó junto con las primeras letras. Pero esa imagen que aprendimos en la escuela modeló y modela nuestra propia autoimagen, la que las clases dominantes quieren forjar (este papel se refuerza enormemente en la actualidad a través de los medios de comunicación de masas).

Pero también la escuela es escenario de tensiones y lucha de clases que se despliegan en toda la sociedad. Volvemos a la cuestión de que junto a la identidad dominante —que nos convence de nuestra minusvalía e incapacidad— existen en resistencia y lucha aquellos elementos que nos afirman en lo que valemos como individuos, como pueblo y como nación.



## La identidad sumergida

La identidad es un proceso mucho más complejo que el que se gesta desde arriba, como sostienen aquellos que en la identidad nacional sólo reconocen los signos del dominador.<sup>6</sup> Se trata de una construcción compleja y contradictoria que reconoce como esencial la aceptación como propios de los valores del dominador, pero al mismo tiempo y en lucha con éstos viven esas hilachitas de la identidad sometida de indígenas, criollos e inmigrantes. La identidad nacional —y más aun en un país dependiente como el nuestro— no es un espacio homogéneo, sino que también es el terreno en el que se ha librado y se sigue librando la lucha entre las distintas clases que componen la Nación. Sólo teniendo en cuenta los aspectos de resistencia y lucha podremos “deconstruir” los aspectos negativos de la identidad impuesta y afianzar aquellos elementos que permitan edificar una identidad independiente, orgullosa de lo propio, apoyada en aquellas características identificatorias de lo argentino escondidas o devaluadas por los valores dominantes.

Esa identidad sumergida, guardada celosamente en la memoria social e histórica, emerge con fuerza cada vez que condiciones concretas lo permiten. Con motivo de la recuperación de las Islas Malvinas, brotaron fuertes sentimientos de orgullo patriótico y de valorización de lo propio, que dado el carácter antiimperialista que alcanzaron, en los hechos amenazaron con romper el chaleco de fuerza entonces imperante con la dictadura. El régimen dictatorial pudo haber sido desbordado si esa enorme

---

<sup>6</sup> Corrientes historiográficas, predominantes hoy, han atribuido la identidad nacional a la exclusiva imposición de las elites oligárquicas. Según estas corrientes, que asumen como punto de partida el mundo de las ideas y desde allí abordan la realidad, habría sido el Estado de 1880 el que “construyó” la sociedad, y por ende la nación, y no al revés. Esta visión unilateral niega las prácticas y representaciones de las clases oprimidas, que en su desarrollo sientan las bases de una cultura popular argentina. Se desemboca así en planteos apologéticos del supuesto carácter modernizante, nacional, de la oligarquía argentina o en postulaciones críticas que niegan todo carácter nacional a los elementos populares, descalificando sus reivindicaciones nacionales.

energía popular —en cuya base estaban, precisamente, los elementos identitarios oprimidos— no hubiera sido desviada luego de la derrota (usando de determinada manera la derrota, diríamos) hacia otros cauces políticos.

Se trata de la misma identidad que recordamos “arruinando” tantas reuniones sociales convocadas por los patrones en las que un peón u obrero con algunas copas encima armaba un zafarrancho con un “viva Perón, carajo”, que era un verdadero grito de guerra. Allí terminaba la confraternización y el paternalismo cedía paso a un profundo desprecio hacia “estos negros de mierda que nunca agradecen”. Es que corrientes políticas como el peronismo, si bien débiles (la burguesía nacional sólo pudo acceder fugazmente a resortes de gobierno y poder y lo hizo, además, con todas sus limitaciones a cuestas), revalorizaron elementos importantes de la identidad oprimida, elementos de ruptura con la identidad dependiente forjada por la oligarquía.

Son también esos aspectos oprimidos de la identidad los que se expresan en las coplas de las cantoras y cantores que venciendo todo tipo de dificultades llegan todos los años hasta el encuentro de copleros que se realiza en Purmamarca en enero, y que expresan su resistencia a desaparecer: *Yo soy Patrocinia Chaile / nombre que no se hai perder / y aunque lo tiren al río / sobre la espuma hai volver*. Esta manera social e histórica, que sostiene aspectos de resistencia a la identidad dominante, aflora también en las luchas populares en defensa de las fuentes de trabajo (que en muchas poblaciones como en Cutral-Có, en Neuquén, o La Esperanza, en Jujuy, son a la vez fuente de vida). ¿Cómo supieron los jóvenes y no tan jóvenes que en Tucumán cualquier manifestación que se precie tiene que terminar a los naranjazos contra la policía y la Casa de Gobierno? Con seguridad no se los enseñó el genocida Bussi, a quien muchos de los manifestantes habían votado hacía pocos meses. En un interesante trabajo, Alejandro Islas y Julie Taylor<sup>6</sup> sostienen la tesis,

---

<sup>6</sup> Alejandro Islas y Julie Taylor. “Transformaciones y fragmentación de identidades bajo el terror en el Noroeste argentino”. Trabajo presentado en el VI Seminario de Identidad en los Andes, Jujuy, 1995.

a mi entender equivocada, de que como producto del terror dictatorial los tucumanos habrían cambiado una identidad que los caracterizaba como luchadores y rebeldes por otra sometida y resignada; desde allí se explicaría, según estos autores, el voto de la mitad de los tucumanos a Bussi. Los hechos a que me refiero y muchos otros demuestran que en la identidad y la conducta, no sólo de los tucumanos, hay aspectos contradictorios y que el predominio de unos u otros obedece a causas y circunstancias complejas.

### **Gauchos contra indios, criollos contra inmigrantes**

La estrategia de dominación empleó intensamente el método de enfrentar entre sí a los distintos sectores populares que fueron conformando el país actual: negros contra indios, gauchos contra indios, criollos contra gringos e inmigrantes (podríamos seguir hasta hoy: se nos quiere enfrentar a los argentinos con los bolivianos, paraguayos, chilenos o uruguayos, que serían los responsables de los cuatro millones de desocupados).

Esta división se apoyó, y se apoya, en elementos constitutivos de la identidad dominante, no sólo implantados en nosotros sino en los que llegaron y llegan a nuestra tierra. Distintos contingentes inmigratorios trajeron rasgos distintivos muy diferentes. Muchos de ellos se incorporaron a nuestra identidad, algunos como parte de lo dominante y otros como caudal de lo popular dominado y reprimido. En el siglo pasado, el Preámbulo de la Constitución se dirigió a "todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino". Llegaron miles de campesinos pobres sin tierra, con escasa educación y carentes de derechos civiles, ilusionados con encontrar aquí lo que la vieja Europa les negaba; fundamentalmente querían lo que más amaban y necesitaban: la tierra. Sólo rara vez pudieron alcanzar esa ilusión (no es posible entender la fuerza del Movimiento de Mujeres Agrarias en Lucha sin la comprensión de lo que significó, como ideal sólo alcanzado por muy pocos, la posesión de un

pedazo de tierra). Todos llegaron con fuertes identidades forjadas en cientos de años por los modelos hegemónicos de sus países natales. Identidad con contradicciones que los diseñadores del país agrícola ganadero en que se convirtió la Argentina supieron utilizar en provecho propio. Estimularon los aspectos dominadores, diríamos, de esa identidad para reforzar los prejuicios contra el gaucho o simplemente el criollo transformado en "peón vago y sucio", contrapuesto al "gringo trabajador, progresista y sacrificado". Pero también se incorporó a la bravura de los criollos la experiencia de lucha y organización de los que llegaron a nuestro país. El Grito de Alcorta, la Patagonia Rebelde, la Semana Trágica fueron identificando al pueblo argentino; sus enemigos ayudaban a unir a los sectores populares al reprimirlos por igual, sin que se borrarán por eso las diferencias de origen y experiencias. Y como ya dijimos, sus hijos comenzaron a tener los rasgos característicos de los argentinos. Vale la pena insistir: en esa identidad —construida socialmente en resistencia y lucha— coexisten elementos forjados por el dominador y que hemos incorporado como propios con otros que expresan la lucha contra ellos.

El debate acerca de quiénes somos los argentinos pasó a un primer plano en el período previo a cumplirse los quinientos años de la conquista de América. Hoy esta discusión se replantea, agudizada, cuando desde el poder, en medio de la proclamada "globalización", se legisla sobre la desaparición de las naciones (o su pronta extinción). Está suficientemente esclarecido el carácter ideológico de este planteo, ya que en función de intereses imperiales plantean el carácter anacrónico de las economías, culturas e identidades nacionales, menos de la suya. Se pretende suplantar las identidades nacionales, supuestamente "en crisis", por otras identidades raciales, sexuales, deportivas, tribales. O sea, se busca acentuar la fragmentación social y nacional para imponer los intereses externos. Los medios de comunicación de masas —éstos sí verdaderamente "globalizados" por satélites y multimedios absolutamente centralizados— contribuyen en forma alarmante a este verdadero vaciamiento al que son sometidas nuestras culturas y nuestra identidad.

Corresponde a quienes trabajamos en el campo de la cultura un papel activo, protagónico, que no se limite solamente a la crítica de la cultura y la identidad hegemónica.<sup>7</sup> Esta crítica, por justa que sea, resulta estéril si no va unida a una práctica concreta que aporte a la construcción de la identidad fuerte, aguerrida, en lucha con los opresores de adentro y de afuera. Planteamos al principio de estos apuntes la complejidad del tema. Las propuestas y enfoques que hemos expuesto mantienen abierto el desafío de ahondar en otros aspectos y puntos de partida. La multiplicidad de causas y variables que intervienen en la construcción social de la identidad —tanto la de cada uno como la que nos sostiene como pueblo— requiere también del trabajo conjunto en disciplinas que elaboren sus hipótesis a partir de nuestra realidad y desde nuestras condiciones concretas de existencia. No es tarea fácil cuando las ideas y conceptos dominantes en las ciencias sociales aún contienen la ideología del dominador, puesto que fueron gestadas desde quienes ejercen la opresión. Como siempre, el desafío está planteado ante quienes nos sentimos comprometidos con nuestra historia y nuestras necesidades aún no resueltas y pretendemos liberarnos de los modelos hegemónicos mediante una posición y acción claras, ofreciendo, además, el campo de debate e investigación a los jóvenes.

*La Marea* Nº 9, otoño de 1997.

**Josefina Racedo** es psicóloga, psicóloga social y Directora de la Revista *La Marea*.

---

<sup>7</sup> Un ejemplo de la posición que postula para los intelectuales un mero papel de "críticos" es sostenida por Beatriz Sarlo. En *Escenas de la vida posmoderna*, Editorial Ariel, Buenos Aires, 1995, refiriéndose a los intelectuales de la década del '70, dice: "Pensaron que estaban a la vanguardia de la sociedad; que eran la voz de los que no tenían voz" (pág. 173). Según Sarlo, para superar este "error" deben recuperar la verdadera identidad de intelectuales asumiendo su rol de críticos. Sin embargo, concluye su libro asegurando que: "el pensamiento crítico no es una solución a este nudo. Es solamente una perspectiva: la puerta *todavía* no se ha cerrado" (subrayado de J. R.). Como se ve, no logra desprenderse del profundo escepticismo que trasunta su enfoque.

## IDENTIDAD E HISTORIA EN LOS TIEMPOS DE LA "GLOBALIZACIÓN"

JORGE H. CARRIZO

*"El patrimonio es lo que cada quien tiene como suyo, heredado de sus padres y enriquecido con su esfuerzo; la soberanía es la capacidad de disponer de él. Perdimos la soberanía pero el patrimonio está todavía allí, ...todavía es recuperable. La soberanía es prisionera de nuestra conciencia y de quienes asumen nuestros proyectos. (...) En los albores del tercer milenio, ...la enorme riqueza potencial de nuestro patrimonio y el descongelamiento de los procesos de dominio de nuestras circunstancias son las únicas ventanas abiertas al futuro".*

Luis G. Lumbreras.<sup>1</sup>

A través de su pretensión de disolver los conceptos de imperialismo, centro-periferia, dependencia, la moda "globalizadora" actualmente en curso procura desacreditar la postulación, implícita o explícita, de la viabilidad de cualquier acción concebida en términos de la defensa de intereses "nacionales". Supone el derrumbe de las fronteras actualmente vigentes entre los países, para reemplazarlas —paradojalmente— por otras, basadas no ya en el equilibrio temporal de fuerzas o en la relativa homogeneización legalizados hasta hoy en el marco de los estados-

---

<sup>1</sup> Lumbreras, L. G., "Cultura, tecnología y modelos alternativos de desarrollo", en *Comercio Exterior*, vol. 42, núm. 3, México, marzo de 1992, págs. 199-205.

nación, sino en una mayor segmentación, edificada sobre la base de criterios étnicos, de raza, género, religiosos, etc., erigiendo como opuesta a la "globalización" la tendencia a la "tribalización".<sup>2</sup>

Soslayada de tal modo la cuestión central del imperialismo y la dependencia, la discusión de la identidad y las identidades —reabierta principalmente por ciertas variantes de la sociología liberal— vigente en los países centrales para justificar, en realidad, el mantenimiento de relaciones sociales desiguales a través de la legitimación de las diferencias étnicas, religiosas, etc. (como acontece con la ideología del multiculturalismo en los Estados Unidos)—, pretende ser empleada nuevamente en los países periféricos no como un reconocimiento verdadero de su diversidad, sino como un elemento de distorsión y devaluación de las identidades colectivas de sus pueblos.

No es ocioso recordar que los conceptos de "tribu" y "raza" como categoría social aparecieron con el colonialismo, sirvieron eficazmente para administrar el control y fueron dos de las representaciones a través de las cuales las potencias coloniales reconstruyeron la realidad de las sociedades que dominaron, enmascarando tanto el pasado colonial y la configuración que éste dio a las relaciones sociales como la actual situación de desigualdad.<sup>3</sup>

Su consideración como entes aislados hizo perder de vista el carácter dependiente que juegan la etnicidad, la religión, etcétera, dentro de las formaciones sociales de los países periféricos, como fenómeno histórico, subordinado a las contradicciones de clase

---

<sup>2</sup> "Nuestra globalización actual... va acompañada de una crisis de las naciones y del surgimiento de diversas tribus, cuyos sujetos no se identifican por su pertenencia a la nación o a una clase sino por sus identidades sexuales, raciales, religiosas, musicales, etc. [...] La globalización y la tribalización son correlativas, van juntas. Pareciera que cuando se generaliza, se universaliza un elemento, por el otro lado aparece algo así como una unidad mínima". Ludmer, J., Suplemento cultural de *Página 12*, 8/1/1996, citado en Carrizo, J., "El fondo del problema es que 'el otro' se metió adentro", en *La Marea*, Año III, Nº 7, agosto 1996, pág. 22.

<sup>3</sup> Esto es extensamente analizado en la importante obra del recordado Darcy Ribeiro, *Las Américas y la civilización. Proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos* (1968), CEAL, Buenos Aires, 1985.

nacionales y a las existentes entre centro y periferia, y como elemento activo operador en la dialéctica cultura hegemónica / cultura contrahegemónica.<sup>4</sup>

Ninguno de esos elementos constituye un sujeto autónomo, ni referentes causales históricos, como lo presenta la sociología liberal. Por el contrario, deben ser entendidos como procesos que evolucionan en la dimensión temporal de una sociedad, en la cual se recrean sus estilos y se formulan las identidades colectivas. Es esa dimensión témporo-social la que otorga a éstas los contenidos que se viven cotidianamente y les confiere eventualmente legitimidad, en la medida que en esa práctica se desarrollan —valiéndose de tradiciones, formas de pensamiento y de acción— las formulaciones sobre lo que esa comunidad es o debe ser, adscriptas a su estilo específico.<sup>5</sup>

Esos “modos de ser” étnicos o nacionales que se desarrollan en la larga duración temporal, se expresan en la vida cotidiana a través de las diferentes maneras en las que los diversos sectores sociales comparten y usan formas y códigos de comunicación, elementos culturales, modos de reproducción y consumo social, un pasado y, eventualmente, un territorio. Y convergen, a través del interjuego de representaciones, en la legitimación de la comunidad, en la cual se establece la diferencia entre lo constante y lo contingente. La evolución del ser histórico de una sociedad —expresada, como síntesis, en ese “estilo” étnico o nacional— no puede ser disociada de la realidad objetiva de las contradicciones sociales ni de los conflictos de clase, siendo por consiguiente vivido y expresado por las diferentes clases y sectores sociales de manera diferente.<sup>6</sup>

---

<sup>4</sup> Cfr. Williams, R., *Marxismo y literatura*, Barcelona, 1982.

<sup>5</sup> La cuestión de la legitimidad como “invento” o “imaginación” —apegada a una concepción estatista de la nación—, enfatizando lo arbitrario y relativizando la constancia de los elementos que en el curso del tiempo proporcionan también el material sobre el que se formula y reformula una identidad histórico-cultural, puede hallarse en B. Anderson, *Comunidades imaginadas*, México, 1984 y Hobsbawm-Ranger, *The invention of tradition*, Nueva York, 1992.

<sup>6</sup> Valiosos aportes desde esta perspectiva pueden hallarse en S. Devalle, (comp.), *La diversidad prohibida, resistencia étnica y poder de Estado*, México, 1989.



Lo que experimentan los sujetos de carne y hueso de los sectores oprimidos en los países dependientes son realidades concretas como el desempleo, el despojo de tierras, el endeudamiento rural, la "flexibilización" laboral en aras del incremento de la productividad y múltiples formas concretas de discriminación y violencia hacia su ser colectivo y de distorsión, despojo o negación de sus códigos culturales y de su historia.

Al mismo tiempo, y como contracara de esa agresión, es desde esos campos donde emerge la resistencia, y se recrean y desarrollan las estrategias de supervivencia y de acción política. Al apelar a su identidad histórico-cultural colectiva desde una perspectiva totalizadora que abarca lo social, lo económico y lo cultural, los sectores populares afirman su voluntad de luchar, combatiendo esta realidad de dependencia y opresión e intentando forjar proyectos alternativos.

"La nación que emergió del cambio de las pampas producido en la última parte del siglo XIX y de la amalgama en las ciudades costeras era sin embargo un país dividido e indeciso. [...] La Argentina, ¿qué era? ¿Era la elite educada y progresista que administraba la nación como su patrimonio desde el recinto del Congreso o de la Bolsa o mientras tomaba un brandy de sobremesa en el Jockey Club, el Club del Progreso o el Círculo de Armas? ¿O era la floreciente clase media de los europeos de segunda generación tan conspicua como almaceneros, empleados de oficina, gerentes y capataces en las ciudades costeras? ¿O era el indio que trabajaba en las plantaciones de caña de azúcar en Tucumán o en los quebrachales del Chaco, el mediero italiano en su rancho de las pampas, el pastor irlandés en la Patagonia o el peón de estancia en Buenos Aires? ¿O era el proletariado urbano, esa masa en rápida expansión y con aspiraciones crecientes que vivía en los puertos, el cocinero mestizo de Santiago del Estero, el trabajador vasco del matadero o del frigorífico, el portero de Galicia o el vendedor ambulante italiano? No puede resultar extraño que después de un siglo de independencia los argentinos aún estaban buscando una identidad, que los complejos de superioridad e inferioridad asaltaban alternativamente a los altaneros porteños y que la nación presentaba todos los

matices de prosperidad, pobreza, progreso y reacción, erudición y analfabetismo.” La certera percepción de J. Scobie —en un texto ya clásico—<sup>7</sup> sobre la línea de demarcación social que mediaba para la definición de una identidad argentina en el Centenario podría retomarse hoy, en momentos en que la apertura indiscriminada al mercado mundial, la reprimarización de la economía, la convertibilidad y el desmantelamiento de la intervención estatal, preconizadas de manera virtualmente irrestricta tras el derrumbe de los “países del Este” en nombre de la “globalización”, parecieran retrotraer al país a los momentos más acabados de su inserción como país dependiente en el sistema imperialista mundial en su momento inaugural.

Efectivamente, el cierre del proceso de constitución del Estado argentino en 1880 abrió al mismo tiempo el campo para la cristalización de un concepto de la identidad nacional fuertemente excluyente que se impuso finalmente, no sin resistencia, sobre el conjunto de la sociedad y del que no siempre da cuenta cabal la polarización “liberalismo-nacionalismo” o “totalitarismo-democracia”.<sup>8</sup>

No existía una “nación hispanoamericana” previa a la independencia de España de las diferentes regiones del continente, ni lo era el extenso territorio colocado bajo la jurisdicción del Río de la Plata, del cual se desprendería con posterioridad la República Argentina. La hegemonía de los terratenientes y grandes comerciantes criollos en la revolución de independencia, a principios del siglo XIX, frustró largo tiempo la construcción de la nación, al mantener la dispersión económico-social interna, y trajo aparejadas, entre otras consecuencias, muchas décadas de divisiones y guerras civiles en cuyo transcurso se diluyeron la vida y las expectativas democráticas de indios, negros, gauchos

---

<sup>7</sup> Scobie, J., “Una revolución agrícola en la Argentina”, en *Desarrollo económico*, Buenos Aires, 1963.

<sup>8</sup> La fuerte tendencia a la exclusión en la historia política y cultural argentina es resaltada en la reciente obra de N. Shumway, *The invention of Argentina*, California, 1991.

y otros sectores populares, dilapidadas en disputas cuyo centro estuvo, por años, en el problema del puerto único y la Aduana en manos de Buenos Aires y el exclusivismo ganadero de los grandes terratenientes. La derrota de propuestas sobre la unidad de las provincias como las planteadas por el correntino P. Ferré hacia la década de 1830 —en las que subyace la concepción romántica de nación de la época— tuvo como base la fragilidad económico-social de los sectores que hubieran podido sostenerla. “No existía un grupo nacional portador que pudiese representar la idea de la nación a nivel sobrerregional”.<sup>9</sup> Y en tal sentido el fracaso de la propuesta de Ferré de una verdadera unión confederal pospuesta por la firma del Pacto Federal en 1831, fue análogo al de los anteriores proyectos federales de Moreno o de Artigas, donde la nación aparecía entendida como una comunidad primordialmente política, asentada en un concepto de ciudadanía relativamente amplio o en el de la “patria americana”. Ambos conceptos variarían hacia la década de 1820: el de “ciudadano”, para ir adoptando crecientemente un sentido restrictivo, elitista; y el de “patria”, para asimilarse a la defensa de intereses provinciales especiales, siendo en tal sentido rápidamente incorporado por la elite bonaerense para defender sus privilegios, entendidos como intereses “naturales”.<sup>10</sup> El término “provinciano” pasaría así a ser aplicado en Buenos Aires en la década siguiente —como se encarga de resaltar Ferré— “a todo aquel natural de nuestra República que no ha nacido en Buenos Aires, que no da a esta ciudad el título de la gran capital y que se opone a que lo sea.

---

<sup>9</sup> Riekenberg, M., “El concepto de la nación en la región del Plata”, en *Entrepasados*, Buenos Aires, 1993.

<sup>10</sup> “Los federalistas quieren en grande lo que los demócratas jacobinos en pequeño. El perezoso quiere tener iguales riquezas que el hombre industrioso, el que no sabe leer optar a los mismos empleos que los que se han formado estudiando, el vicioso disfrutar el mismo aprecio que los hombres honrados y hasta el de cierta estatura, que no se eleva más sobre la tierra que el que la tiene mayor, una perfecta igualdad.” Este comentario, extraído de un editorial de *La Gaceta* del 15 de diciembre de 1819, ilustra el criterio hegemónico exclusivista de la oligarquía bonaerense, aún no finalizada la guerra por la independencia.

De poco tiempo a esta parte he observado que los naturales de Buenos Aires se llaman exclusivamente argentinos".<sup>11</sup>

El concepto de "unidad" nacional pudo entonces abrirse paso en la medida en que una elite ganadera poderosa asentada en el monopolio restrictivo de la tierra y orientada hacia la expansión de sus recursos llegó a la conclusión de que esto sólo era viable en el marco de una organización "nacional" de la región. Y la naturaleza social de esa elite ayuda también a comprender las frustraciones de los proyectos de inmigración, colonización e industrialización "modernizadores" que diferentes sectores de la elite —como los englobados en la denominada "generación del 37"— creyeron posible realizar bajo su dirección.

En ese sentido, la guerra contra el Paraguay, las expediciones punitivas al interior que aniquilaron las últimas resistencias federales al mitrismo y el exterminio de los indios de la Patagonia y del Chaco, constituyen la secuencia no sólo de la culminación del proceso de unificación del escenario político y económico que tendrá por último acto la federalización de Buenos Aires, sino también, y fundamentalmente, del proceso de exclusión social señalado que, concluidas las luchas por la independencia, fue prescindiendo del negro y sólo reservó a los gauchos e indios que sobrevivieran la condición de peón semi-servil en las estancias.

Asentada en la preservación del latifundio, que posibilitaba el vínculo con una burguesía internacional en expansión, y en la concentración del poder político en manos de los terratenientes y grandes comerciantes intermediarios, se constituyó en 1880 la república oligárquica, aristocratizante y liberal. La inmediatez de su "éxito" —al menos medido en términos del engrandecimiento económico y político de esa elite— fue inverso a la restricción de las posibilidades mediatas de un pueblo en el que

---

<sup>11</sup> Salazar, Roberto, *El brigadier Ferré y el unitarismo porteño*, Buenos Aires, 1965. Para una discusión más amplia del tema ver Chiaramonte, J. C., *Formas de identidad en el Rto de la Plata luego de 1810*, BIHAA, Buenos Aires, 1989 y *Mercaderes del Litoral. Economía y sociedad en la provincia de Corrientes*, Buenos Aires, 1991. También Riekenberg, M., op. cit.

ahora coexistían nativos e inmigrantes, marginados como “gringos”, identificados socialmente como los “guarangos”, término acuñado —en el lenguaje de Ramos Mejía (llamado el “padre de la psiquiatría argentina”)— para significar lo vulgar, chabacano, ignorante, en suma, lo inmejorable de la Argentina.<sup>12</sup>

Su legitimación requirió la elaboración de un mensaje que reorganizara el pasado, utilizado no sólo como herencia sino fundamentalmente como aval. Porque si en algo fue lúcido el roquismo fue en el reconocimiento de que para validar su etapa y su perfil necesitaba reconocer las otras y conectarlas de manera edificante con la propia. “Desde el Río Negro, cuatrocientos años de historia nos contemplan.” Pero ese discurso —homogéneo en su concepción cosmopolita, europeizante y racista—, impuesto a través de los múltiples resortes del Estado, que procuró en su movimiento englobador producir un único enunciado canónico y ejemplar, borrando o atenuando los rastros no deseados o urticantes del pasado y disimulando las disputas sectoriales o coyunturales de la elite, debió apelar, paradójicamente, para ello al ejercicio permanente del doble mensaje, reforzando la fragmentación de nuestra identidad.<sup>13</sup>

Pocas veces se mostró un país con la sensación de creer más en sí mismo que en el Centenario. La predestinación a la grandeza, la creencia en el “crisol de razas”, la exaltación del terruño. Sin embargo, todas esas postulaciones arrastraban potencialmente un elemento peligroso, la xenofobia, y exacerbaban una serie de tensiones condicionadas en el período anterior, exhibiendo la contracara del programa liberal y el punto de partida de su escepticismo posterior, producto de la verificación de sus imposibilidades y conflictos. Límite que podemos ver para-

---

<sup>12</sup> “Pero es notorio que mantenemos innecesariamente dos causas de producir desorden: a) el latifundio que por ahora abarata la producción, pero no es fórmula de democracia; b) el derecho que la ley acuerda a los propietarios de explotar sus campos con entera abstracción de las necesidades de la colectividad, [...]” (en alusión a la precaria situación de los arrendatarios). Álvarez, J., *Las guerras civiles argentinas* (1912), Buenos Aires, 1966.

<sup>13</sup> Viñas, D., *Indio, ejército y frontera*, Buenos Aires, 1982. Ofrece un lúcido análisis de los afluentes de la concepción del roquismo.

dojalmente expresado, entre otros, en los resquemores de Joaquín V. González —uno de los representantes más lúcidos del roquismo, innovador frente a lo “tradicional”— sobre la “irrupción informe y turbia de todo género de ideas, utopías y credos filosóficos, económicos y políticos que no sólo tienden a destruir y borrar los últimos vestigios de la educación tradicional hispano-argentina, sino que llenando los vacíos de ésta, se han infiltrado en la conciencia de la multitud de las grandes ciudades”, en una inversión implícita de la dicotomía de Sarmiento acerca de lo tradicional y lo ciudadano.<sup>14</sup> Siempre se encontró el motivo para que indios, negros, gauchos y “gringos” se despreciaran entre sí. El doble mensaje fue resignificado cada vez que los sectores dominantes temieron por sus proyectos en marcha. Y el fingido elogio al inmigrante, alabado en los textos escolares, no pudo ocultar el desprecio verdadero en los considerandos de la Ley de Residencia.<sup>15</sup>

La distorsión del federalismo, la escasa integración social nacional, la dependencia externa, operadas con el consentimiento y la cooperación de la oligarquía argentina, no podían dejar de crear resentimientos en sectores desplazados o antiguos de la elite, en quienes se propició la xenofobia, constituyendo una de las variantes del “nacionalismo”. Pero además, el nacionalismo emergió de la crisis reveladora de una estructura social en la que se habían alterado las viejas relaciones entre sociedad rural y urbana, lo que podía apreciarse a través de la urbanización, el ascenso del proletariado y las nuevas clases medias y el proceso de industrialización, asumiendo, fundamentalmente, otras formas de reacción política y cultural contra las restricciones de la oligarquía y la dependencia exterior.<sup>16</sup>

---

<sup>14</sup> Joaquín V. González, *El juicio del siglo* (1910), Buenos Aires, 1979, pág. 118.

<sup>15</sup> En 1902, el Congreso argentino aprobó la Ley 4.144, llamada “de residencia”, que autorizaba al Poder Ejecutivo a expulsar del país, en el plazo de tres días y sin necesidad de proceso legal, a “todo extranjero cuya conducta comprometiera la seguridad nacional o turbara el orden político”.

<sup>16</sup> Rama, C., *Nacionalismo e historiografía en América latina*, Madrid, 1981.

Culminado el apogeo de la oligarquía, vendría el yrigoyenismo, y ya Ortega y Gasset formularía "la esencia de la inseguridad argentina". Y este germen pesimista, ahondado tras la crisis de 1930, tendría proyecciones que alcanzarían hasta "el hombre que está solo y espera" de Scalabrini Ortiz, o los personajes de Roberto Arlt o el Martínez Estrada de *Radiografía de la Pampa*.<sup>17</sup>

Y si bien es cierto que el pasaje del "modelo" agroexportador al de la industrialización sustitutiva de importaciones fue más el resultado de la renovada adaptación —en otro nivel— de las clases dirigentes a los cambios mundiales de entonces que imposición de algún sector del campo popular, también es cierto que la sociedad se modificó de una manera indeseable para los intereses de esa oligarquía, posibilitando el desarrollo de nuevas corrientes políticas, económicas y sociales de las cuales el peronismo resultó expresión paradigmática.<sup>18</sup>

Las migraciones internas de las décadas del 30, 40 y posteriores promovieron la interrelación constante de los "cabecitas negras" (de ascendencia mayoritariamente indígena o hispano-indígena) con la población de las grandes ciudades (criolla y de extranjeros —fundamentalmente españoles e italianos— y sus descendientes), generándose una dinámica interna que —sumada al aporte de la inmigración de los países limítrofes con la más reciente del sudeste asiático; la persistencia de comunidades aborígenes que rescatan formas de vida tradicionales; la existencia de "núcleos cerrados" de colonias extranjeras en distintos puntos del país (como los galeses en el sur)— autorizaría a hablar

---

<sup>17</sup> Un análisis de los diferentes discursos sobre la americanidad y la argentinidad y su relación con la sustentación social del poder puede hallarse en Biagini, H., *Filosofía americana e identidad, el conflictivo caso argentino*, Buenos Aires, 1989.

<sup>18</sup> La crisis del esquema tradicional, los límites de la industrialización que lo sustituyó y su incidencia en la evaluación de los diferentes "nacionalismos" de la época aparece sugerentemente planteada en Ciafardini, H., "La Argentina en el mercado mundial contemporáneo", en *Inflación, desindustrialización y crisis en la Argentina dependiente*, Editorial Agora, Buenos Aires, 1990.

de la heterogeneidad y movilidad de una cultura en la Argentina, la conciencia de cuya existencia crece, a la vez que es principalmente obturada —no sin ambigüedades y contradicciones— por la posición de un modelo homogeneizador permanentemente reciclado, asentado en estereotipos y prejuicios, cuya función consiste en racionalizar la imagen de los sectores dominantes acerca de lo que ellos suponen es el “carácter nacional”.

*La Marea* Nº 9, otoño de 1997.

**Jorge Carrizo** es sociólogo y docente de la Universidad de Buenos Aires.



## LA CULTURA FRENTE A LA "GLOBALIZACIÓN"

CLAUDIO SPIGUEL

Cuanto más florecen en la actualidad las apologías intelectuales al pluralismo, la diversidad y el "multiculturalismo", que encontrarían en la democracia liberal burguesa de fines del siglo XX el marco propicio para su desarrollo y perfectibilidad, más se hace evidente el despotismo al que se nos somete en el plano cultural a través de los poderosos medios de comunicación "globales". Representaciones, ideales de vida, formas culturales, discursos y recetas económicas objeto de consumo arrasan así con variadas y ricas formas de expresión y costumbres particulares y, más aún, con las vivencias cotidianas, desconfirmando la propia experiencia de la inmensa mayoría de los pueblos del mundo. Una fuerza omnímoda, totalitaria, que penetra hasta los rincones más alejados a través del satélite y el cable, presuntamente homogeneizante, proveedora de valores culturales "nuevos" que estarían modelando a las nuevas generaciones, de Nueva York a Moscú, de Buenos Aires a La Quiaca, de París a Bombay, convirtiendo al mundo en la aldea de MacLuhan donde "el medio es el mensaje". Es la cultura MacDonald, la cultura "light". Es, en suma, la "globalización" cultural.

## ¿“Globalización” cultural?

A poco de examinar el concepto y contrastarlo con los fenómenos de los que pretende dar cuenta, aquél se nos presenta tan engañoso e ideológico como en los planos de la economía, la política y las relaciones internacionales —donde incluso en el terreno de la letra viene a reemplazar a “internacionalización”. Ideológico en la caracterización del proceso mundial, que desde los albores del siglo que está terminando ha estado signado por la expansión del capitalismo monopolista, del imperialismo moderno y de las contradicciones que ese sistema mundial conlleva. Un sistema cuya vigencia es tanto más manifiesta cuanto más se proscribe el uso del concepto “imperialismo” en los ambientes académicos y culturales de los diversos “establishment”.

En primer lugar, la “globalización” cultural es engañosa por su pretensión de novedad, siendo que la expansión de aquel sistema ha generado permanentemente a lo largo del siglo modalidades de dominación ideológica y cultural de alcance mundial, que el salto tecnológico actual no hace sino acentuar.

En segundo lugar, el concepto es encubridor porque sugiere un proceso de unificación, de universalización. Pero se trata de la imposición de un universo cultural particular, al que se presenta como universal; se trata de una hegemonía. Especialmente de la hegemonía de representaciones, postulados ideológicos y formas culturales de un universo social acotado, restringido, cual es el de la base nacional de la oligarquía financiera norteamericana. Como le recomendara recientemente Alberto Gore, vicepresidente de los Estados Unidos, esta oligarquía busca capitalizar en el terreno cultural la ventaja de la superioridad de su monopolio comunicacional, junto con su supremacía militar, en la competencia monopolista y la disputa por esferas de influencia con potencias y bloques rivales en un mundo, pese a sus deseos y representaciones, ya multipolar. Hegemonía, imposición, universalización de lo particular entonces, no globalización.

La “globalización” es un concepto encubridor también, porque no es una sola. Frente a esa voluntad hegemónica, se alzan otros

poderes imperiales para defender su propio campo, que abarca a centenares de millones de habitantes ajenos a MacDonald, y proyectar sus formas culturales (e intereses). "Cabe esperar que las industrias japonesas dirijan sus miradas con renovado interés hacia el confucianismo, el budismo y otros elementos, comunes a la cultura del este asiático y los utilizarán para sacar ventaja a los poderes de Occidente en la batalla por conquistar una posición en China y otros países de este continente (Nobuo, Noda, "El peligroso ascenso del asianismo", en *Cuadernos del Japón*, vol. VIII, Nº 2, 1995, pp. 9-10). Es conocida la preocupación francesa (y europea) respecto de la avasalladora expansión cultural norteamericana, de Disney a la Internet, y los llamados a la defensa y proyección de la cultura "europea", en los que se articulan intereses culturales y otros más mercantiles y estatégicos, ligados al control de las redes de información.<sup>1</sup> Del mismo modo nuevos ideólogos de Rusia, que reivindican su pasado zarista, están dispuestos a hacer valer en la disputa interimperialista la "superioridad" de su "civilización euroasiática", dotada de supuestos valores cooperativos, frente al individualismo "exacerbado" de los anglosajones.

Concepto encubridor, sobre todo, porque continúan existiendo y alimentándose las culturas particulares, nacionales, regionales, ligadas a la sociedad dividida en clases y a su conflicto. No sólo como realidades previas, preexistentes, residuos "tribales", sino como producto y/o contracara de la hegemonía cultural del "globalismo" imperialista.

Así se alimentan y autopresentan en las propias clases dominantes de las grandes potencias, porque la ilusión "globalista" proyectada hacia los otros es inseparable de la asunción de la superioridad de lo propio, incita al nacionalismo imperialista. Así, a poco de andar, el aburrido, homogéneo y liberal "mundo global" presentado por un funcionario del Departamento de Estado deja el paso al augurio del "choque de civilizaciones" de un Huntington, llamando a Europa a cerrar files con EE.UU.

---

<sup>1</sup> Ver Manières de Voir, Nº 27, *Médias et contrôle des esprits*, Le Monde Diplomatique, París, 1995.

en la defensa de los valores "occidentales" frente a la ajenidad irreductible de la cultura del Islam y los pueblos asiáticos. Ya que no existirían más contradicciones económicas e ideológicas en el mundo actual, nos asegura este ideólogo, las diferencias y choques serán ahora *culturales*. Un taparrabos que no alcanza a disfrazar el intento de legitimar las posiciones norteamericanas en la disputa mundial (económica, militar, cultural) pero cuyo núcleo teórico es común a una profusión de analistas de diversos signos ideológicos que se obstinan en interpretar las resistencias, luchas y conflictos nacionales y sociales como fenómenos culturales sin base económica social y política. Las interpretaciones sobre el conflicto cultural coexisten así mansamente con una visión unívoca del funcionamiento de la economía, al que se identifica con la versión que de él predicán los nuevos ideólogos del mundo actual: los "economistas" vulgares, neoliberales o de matriz socialdemócrata.

Así ha sido y es la lógica del "universalismo" imperialista, ese Jano bifronte: del "internacionalismo" al nacionalismo, del liberalismo al fascismo, de la defensa de la cultura humana y la Razón (burguesa) al etnocentrismo y el racismo (hacia los pueblos ajenos o "propios").

Pero también continúan existiendo, no sólo como "tradiciones" sino como exigencia viva y resultado diario de las contradicciones del sistema, las representaciones y formas culturales de las clases explotadas y de los pueblos y naciones oprimidos. Porque la "globalización" en el plano cultural sólo puede encarnar precariamente y como alienación en clases y pueblos mayoritarios cuyas condiciones de existencia y prácticas no se corresponden con los contenidos, formas y valores que se les imponen (y que sólo se conjugan con la vida de pequeñas minorías cosmopolitas, "globalizadas"). Y así como la opresión económica, social, política y militar engendra su respuesta material inevitable, de México a Ushuaia, de Palestina a Filipinas y Chechenia, de París a Los Ángeles, así también se alimentan y desarrollan una y otra vez las representaciones y formas, los productos culturales correspondientes a esas condiciones y prácticas, en el proceso zigzagueante y multifacético de la lucha contra la opresión nacional y social.

Por último, de ese proceso emerge el otro fenómeno, tampoco nuevo, que el concepto de "globalización" cultural encubre: la existencia de contracorrientes también "globales". Frente a la homogeneización mutiladora del "globalismo" imperialista, el desarrollo progresivo, siempre en conflicto, de las propias y particulares formas de cada pueblo se articula, hoy como ayer, con el encuentro necesario y posible determinado por la identidad de intereses y objetivos entre los pueblos y naciones oprimidos y los explotados por el capitalismo. De allí la renovada vigencia de aquella convocatoria de José Martí a la formación de las culturas latinoamericanas injertando el mundo en el tronco vivo de nuestras repúblicas.

La "globalización" cultural, en suma, como en los otros planos del quehacer humano, es metáfora en el mejor de los casos. En el peor, legitimación de la dominación imperialista y encubrimiento de sus contradicciones.

### **La cultura, ¿refugio o campo de lucha?**

La crítica del "globalismo" cultural reclama entonces la crítica del imperialismo. La crítica de las formas, los usos, los efectos e impacto de los medios "globales" reclama la de los contenidos. Frente a un ensayismo postmoderno que constata y consagra el triunfo de la instantaneidad y la fragmentación, del aislamiento, la levedad y el espectáculo, es preciso reponer lo escamoteado: las raíces y factores determinantes de esos usos y efectos, trascendiendo el reduccionismo "tecnológico" hacia el conflicto en el plano cultural y, sobre todo, a las relaciones de aquél con las condiciones de existencia y práctica de individuos, clases sociales y pueblos.

Sería ilusorio —verdaderamente utópico— postular que, aceptando las recetas "globalistas" en el plano económico y político, podrán los pueblos latinoamericanos edificar una respuesta cultural propia, que suponga la floración de sus prácticas culturales hoy oprimidas.

Son ejemplares en este sentido algunos gestos publicitarios

del gobierno menemista, pregonando el rescate de tradiciones culturales caras a nuestro pueblo. Las invocaciones a la cultura nacional e incluso al enriquecimiento mutuo con las de los pueblos hermanos, se convierten allí en cinismo cuando convalidan un proceso de sometimiento nacional y despojo de nuestro patrimonio asemejable al de la década infame, cuando se devasta la educación y la ciencia argentina, cuando se hunde a regiones enteras "inviabiles" del país y se condena al hambre, la desocupación y el analfabetismo al protagonista decisivo de la cultura nacional.

También resultan estériles las pretensiones de críticos de la cultura "light" y el "globalismo", de colocar a la cultura como un refugio en el que se depositan las esperanzas de mayor autonomía nacional, frente a un rumbo económico al que se considera inevitable o a lo sumo pasible de algunas correcciones. Se erige así un contraglobalismo confinado a lo cultural, recayendo, a veces involuntariamente, en la reducción del conflicto a ese plano —a lo Huntington— negando sus dimensiones económico-sociales, nacionales e históricas.

Estas concepciones se reflejan en forma particular en las ilusiones depositadas en el Mercosur como iniciativa que propendería al desarrollo de nuestra fuerza común y culturas particulares enriquecidas en el intercambio recíproco, en los marcos de una mejor "inserción" o posicionamiento de nuestras naciones en el mundo "global", a riesgo de quedar "excluidos" de sus presuntos beneficios.

En el discurso oficial las proclamas no alcanzan a disimular el verdadero carácter de esa presunta "integración" en marcha. Ésta, lejos de los planteos de unidad latinoamericana de tantos patriotas y revolucionarios de nuestro continente a lo largo de dos siglos, está hecha a medida de las ambiciones "globalistas" de captura y disputa de un mercado ampliado cautivo para las "multinacionales" de diverso origen imperial. El Mercosur no es un bloque de naciones dueñas de su destino, no es un mercado sujeto sino objeto. Por eso cuanto más avanza esta "integración", más se desarticulan los mercados internos de los países miembros, desde el noreste brasileño a la Patagonia argentina, más

ajuste y despojo del patrimonio común, más retroceso social, más penetración imperialista, también en el plano cultural.

No se trata de que el Mercosur falle por su enfoque "económico", imponiendo la necesidad de correlatos integradores en lo político y cultural. Se trata de cuáles son las determinaciones económicas y políticas que hoy lo promueven y articulan y que resultan contradictorias con las necesidades de nuestros pueblos y naciones, entre ellas la de una auténtica "integración" y unidad basada en la independencia y la soberanía. El "globalismo" imperialista acompaña como la sombra al cuerpo a este regionalismo "globalizado", y sin cuestionar este último no se podrá promover la defensa y desarrollo de los contenidos populares, y formas nacionales de las culturas de nuestros países ni nuestra fuerza común.

Sin duda, el logro de aquellos objetivos requiere de la unidad de nuestros pueblos y naciones, pero esa unidad recorre ya otro camino, que convoca a los trabajadores de la cultura. Es ese "otro Mercosur" de los Sin Tierra brasileños, de los campesinos paraguayos, de las puebladas argentinas. Son esas prácticas convergentes las que reclaman el fomento y desarrollo de instrumentos culturales que la reflejen y estimulen y, recíprocamente, es en ellas que están depositadas hoy las perspectivas de nuestras culturas y de su unidad. Cultura no entonces para la convalidación de lo existente ni como valor-refugio, sino un campo de lucha en el que los contenidos populares y antiimperialistas y sus productores pueden convertirse en arma y brazos de la crítica de nuestras condiciones de existencia y de las causas de nuestra opresión (no sólo cultural) y en brasa para alimentar el fuego de nuestra rebelión necesaria y posible.

*La Marea* Nº 7, primavera de 1996.

**Claudio Spiguel** es historiador y docente de la Universidad de Buenos Aires.

## LAS PUEBLADAS ARGENTINAS: TRADICIÓN HISTÓRICA Y FORMAS ACTUALES\*

RUBÉN LAUFER Y CLAUDIO SPIGUEL

Para comprender el fenómeno particular de las últimas "puebladas", rebeliones urbanas producidas en el interior del país a partir del Santiagueño (diciembre de 1993), algunas de alcance provincial como la de Libertador (Jujuy, 1997), éste debe ser enfocado como parte de un movimiento sociopolítico más amplio, que tiene diversos afluentes sociales, contenidos y formas de lucha, e incluye movimientos barriales, de desocupados, contra los abusos en los servicios privatizados, contra la impunidad de los genocidas de la última dictadura, por justicia frente a la violencia policial y de sectores vinculados al poder político-económico, marchas sindicales, reclamos salariales, paros y "trastorazos" agrarios.

Las puebladas, analizadas en este contexto, expresan un patrón de movilización y lucha con raíces en la historia y en la estructura social argentina. Ponen en crisis dirigencias y prácticas políticas tradicionales, y perfilan la búsqueda de nuevos caminos de participación y protagonismo en pos de cambios profundos del esquema económico, social y político vigente.

Estas rebeliones emergieron en regiones en las que se han

---

\* Una versión más amplia de este trabajo fue presentada en un simposio universitario sobre protestas populares latinoamericanas en la ciudad de Caracas, Venezuela.



agudizado al máximo las contradicciones sociales como efecto de la política gubernamental. Las puebladas no surgen en forma súbita y puramente espontánea. Estuvieron prologadas por movilizaciones protagonizadas principalmente, durante meses, por empleados estatales, municipales, docentes, etcétera. En los casos de Cutral-Có (Neuquén, 1996 y 1997) y General Mosconi (Salta, 1997), los obreros petroleros habían desarrollado huelgas y movilizaciones contra la privatización de YPF y sus efectos. Estos estallidos populares han influido unos sobre otros, en un proceso de aprendizaje social multifacético.

Las prácticas desplegadas y las representaciones sociales de sus protagonistas recuperan tradiciones históricas de lucha del movimiento popular argentino, particularmente del movimiento obrero. Desde la Semana Trágica de 1919, cuando los trabajadores de Buenos Aires mantuvieron ocupadas zonas enteras de la ciudad desbordando la represión policial, lo que obligó a la intervención del Ejército, hasta el Cordobazo de mayo de 1969, protagonizado por los obreros industriales, los estudiantes y amplios sectores populares, así como en otras rebeliones de fines de los años '60 y principios de los '70, la forma más elevada del conflicto social se ha expresado en la Argentina bajo la forma de masivas rebeliones urbanas, de carácter amplio y con fuerte peso de la clase obrera industrial. Incluso la huelga, forma típica de la lucha obrera, ha sido adoptada como vía de expresión de reclamos por otros sectores populares, como los pequeños y medianos productores del campo y de la ciudad. Esta tendencia se ha verificado aun en localidades de actividad agropecuaria.

En la Argentina, el 80% de la población vive en ciudades, grandes o pequeñas, característica estructural que constituye la base fundamental de esta tradición histórica. Las puebladas no quedaron confinadas a sus propias regiones, como "bolsones" aislados. Por el contrario, han influido de modo determinante sobre todo el movimiento sindical y político nacional, contribuyendo a la convergencia en la acción de muy amplios sectores sociales, sindicales y políticos contra la política oficial. El primer Cutralcazo, en 1996, fue el prólogo de una gran concentración obrera frente a la Casa de Gobierno en el mes de mayo, de la

crisis política que desembocó en la renuncia del ministro de Economía Domingo Cavallo, del fortalecimiento de las corrientes sindicales opositoras y combativas, y de los paros nacionales de agosto y setiembre, en los que irrumpieron masivamente en la escena política los obreros del cordón industrial de las grandes ciudades. Lo mismo ocurrió en ocasión de las puebladas de 1997, que se articularían con la realización de la segunda Marcha Federal y con el paro nacional con cortes de ruta llevado a cabo en agosto. La protesta emergente en las puebladas impregna el crecimiento del activismo sindical en las grandes plantas industriales, con nuevas oleadas de luchas salariales y contra los despidos, así como el desarrollo de nuevas formas de lucha de los desocupados y organizaciones barriales y del inédito movimiento combativo de jubilados.

En las puebladas convergió la lucha de los tres sectores del movimiento obrero (activos, desempleados y jubilados). Los protagonistas de las múltiples puebladas no fueron en su inmensa mayoría "marginales" (categoría que pretende tipificar lo que se conoce como "desclasados" o "lumpenes"), sino obreros petroleros, ferroviarios, azucareros, de la construcción, etcétera, despedidos por el ajuste menemista. Además, en esas puebladas se perfiló un conjunto de sectores sociales cuyos reclamos programáticos y cuyos métodos trascendieron la oposición al llamado "modelo" y sus efectos "excluyentes", para atacar las bases mismas del "sistema".

Por eso, las puebladas no pueden ser explicadas en base a la lógica de "excluidos-incluidos", correspondiente a teorías hoy en boga que conciben la llamada "marginalidad" como origen de "nuevos sujetos" en los movimientos sociales del presente. La práctica y formas de conciencia de sus protagonistas, y la base material de la cual emergen, resultan convergentes con el conjunto del movimiento social. Si en el último período se había verificado un mermado protagonismo del proletariado industrial respecto de otros sectores de trabajadores —desocupados, estatales, jubilados—, ello no se debió a una pretendida desaparición o "extinción" de la clase obrera y del trabajo en general (o incluso a la "integración" de dicha clase al "sistema"), sino a la doble

*tenaza impuesta por la amenaza del desempleo y el compromiso de la cúpula de la dirigencia sindical con la política del menemismo. En realidad —con formas particulares condicionadas por los niveles inéditos de desocupación, hambre, superexplotación obrera y pauperización, destrucción de fuerzas productivas y ahogo de regiones enteras—, en los movimientos populares argentinos de la década se expresa, agudizada, la contradicción fundamental de la estructura social de la Argentina dependiente, con su desarrollo capitalista deformado y trabado por la dependencia al imperialismo y por el latifundio. Como sucedió a lo largo del siglo, y refutando en la práctica las teorizaciones que buscan “nuevos sujetos sociales”, las luchas actuales encuentran a la clase obrera argentina —con sus diversos componentes— como protagonista decisiva, aglutinadora del vasto campo popular en hechos reveladores, tanto de su papel histórico en la sociedad moderna, como del peso específico que le cabe en la sociedad argentina.*

### **Cortes de ruta, piqueteros, asambleas populares: democracia y poder**

La mayor parte de las puebladas se inició y desarrolló utilizando como instrumento central los cortes de ruta, que luego se extenderían a los movimientos de desocupados y jubilados en el Gran Buenos Aires, al movimiento agrario en la pampa húmeda, y al activismo sindical del Gran Rosario y otras provincias. En los cortes confluyeron multitudes con diferentes niveles de organización. Contaron con núcleos más activos, oscilando entre un centenar y 500 pobladores en los momentos iniciales, varios miles en los momentos decisivos, y más de 20.000 en las asambleas y en los festejos posteriores a los triunfos parciales (retirada de la Gendarmería, logros en las negociaciones impuestas a los gobiernos, etcétera).

Así, los cortes de ruta se constituyeron en escenario de confluencia y articulación de diversos sectores sociales. La denominación de “piquete”, utilizada por primera vez en Cutral-Có

para designar al núcleo a cargo de cada corte (allí y en Mosconi hubo varios cortes simultáneos a lo largo de la ruta) posee una larga tradición en la historia de las luchas obreras en el país, unida al concepto de organización para la lucha: piquete de huelga, grupo organizado de activistas, etcétera. Los piquetes (y sus integrantes los piqueteros, en particular sus representantes electos en asamblea, con mandato imperativo de la misma y revocable por ella) jugaron el doble papel de organizaciones para la lucha y centros de decisiones políticas, con la participación principal de los desocupados y la presencia activa de mujeres, jóvenes y adolescentes.

En el curso del conflicto se sumaron a los piquetes amplios sectores populares: trabajadores municipales, docentes, pequeños comerciantes y productores, columnas de los barrios y organizaciones vecinales, centros de jubilados, estudiantes, profesionales, familias enteras. También se esbozó una incipiente participación de obreros rurales y campesinos, con particularidades según los lugares. En Tartagal-Mosconi se sumaron en caravana siete comunidades aborígenes demandantes de tierra y fuentes de trabajo. La posible proyección del estallido hacia la zona rural selvática, el grado de organización alcanzado por los petroleros sin trabajo y por los obreros de la construcción, tanto como su ubicación junto a las plantas petroleras y a un importante gasoducto, pueden haber influido para que la Gendarmería se abstuviera de reprimir allí.

La incipiente articulación con la población rural es significativa en un país predominantemente urbano aunque con gran peso del latifundio. En algunas regiones, tienen un peso significativo los campesinos pobres, especialmente en el Noroeste y el Noreste, donde ha habido algunas experiencias recientes de ocupaciones de tierras y movimientos aborígenes de reivindicación de las mismas. Se trata de regiones conectadas con países vecinos en las que existe un influjo de las grandes ocupaciones de Brasil y Paraguay.

Los piquetes eligieron representantes con mandato y revocables que operaron como voceros y como dirección en la lucha, estableciendo instancias más generales de coordinación y de

negociación con los gobiernos (por ejemplo: Coordinadora de representantes de los cortes de ruta de Jujuy). Se reprodujo así una forma de organización para la lucha y de democracia directa que ha caracterizado al movimiento obrero argentino durante décadas (cuerpos de delegados de sección, etcétera) como organización de base de la estructura sindical y ha jugado un papel destacado en el proceso anterior a 1976, impregnando con su modalidad a otros sectores populares: movimiento estudiantil, barrial, etcétera. Finalmente, en base a esta forma de organización y decisión, operaban fuerzas organizadas (comisiones de desocupados, representantes de gremios, militantes políticos). Radios "abiertas" a la vera de la ruta, radios FM y TV locales jugaron importante papel en la información del conflicto, e incluso, en ciertos casos, de coordinación y convocatoria a las asambleas, abriendo sus micrófonos a piqueteros y representantes.

Los piquetes llegaron a desarrollar importantes grados de organización: grupos de enlace y de reserva, puestos sanitarios, de prensa, de inscripción de desocupados, de donaciones y solidaridad. La instalación de "ollas populares" hacía posible el nucleamiento de la gente más pauperizada y alimentar a los piqueteros sin que tuvieran que abandonar la ruta. Su funcionamiento se aseguraba por las donaciones de los comerciantes, productores agrarios y capas medias locales, y con el trabajo de cocina de jubilados y amas de casa. Las rutas fueron cortadas en lugares que afectaban decisivamente la actividad económica y aseguraban la difusión en los grandes medios de comunicación. A la vez se ubicaban a la vera de barriadas populares, lo que permitía el repliegue ante los embates de las fuerzas represivas. Cuando éstas entraron en los barrios, tanto en Libertador como en el segundo Cutralcazo, donde la confrontación violenta se desarrolló en más alto grado, generaron gran indignación y la respuesta masiva de decenas de miles de habitantes que en ambos casos obligó a la retirada de la Gendarmería luego de días de enfrentamiento.

Las fuerzas represivas (entre 300 y 2.000 efectivos) operaron con camiones hidrantes, gases lacrimógenos y vomitivos, armas con balas de goma. La autodefensa de los cortes utilizó en forma

masiva piedras y hondas con proyectiles de piedra y metal. Los pobladores utilizaron pañuelos embebidos en jugo de limón para resistir los gases y elementos para volverlos a arrojar contra las fuerzas represivas. Se construyeron barricadas "escalonadas" a lo largo de la ruta y se utilizaron parcialmente bombas molotov. Los habitantes de Libertador celebraron la derrota de la Gendarmería el 25 de Mayo, aniversario de la revolución de 1810 que dio origen a la lucha emancipadora en la Argentina, con un desfile popular en el que homenajearon a contingentes de "piedreros", "honderos" y "balderos" (niños y mujeres que con baldes de agua neutralizaban los gases).

Es interesante cómo se reflejaron los acontecimientos en las representaciones sociales. Los protagonistas los vincularon no sólo con la experiencia de lucha de años o décadas anteriores, sino incluso con el proceso de la emancipación americana en el siglo pasado. Así lo mostraron diversos hechos: los festejos ya señalados, en una región (el NOA) donde aquel proceso tuvo la más elevada participación popular y perdura en la memoria histórica como componente de las tradiciones populares más allá de las celebraciones oficiales; la identificación de las asambleas populares con las deliberaciones del Congreso de 1816 que declaró la Independencia; la apropiación simbólica de la bandera nacional en la confrontación con el poder estatal; la utilización de pasamontañas y pañuelos tanto para protección frente a los gases lacrimógenos como para preservar el anonimato y que evocaban la difundida imagen zapatista. También, los trabajos posteriores de docentes y alumnos de Cutral-Có, expuestos al público, donde "el bueno y el malo de la historia han cambiado de lugar: los héroes son los piqueteros y los villanos son los gendarmes".<sup>1</sup>

Los cortes de ruta se articularon con huelgas generales o parciales que contribuyeron a generalizar el conflicto. La extensión de las puebladas con cortes de ruta hacia sectores populares

---

<sup>1</sup> Sánchez, Pilar. *El Cutralcazo, la pueblada de Cutral-Có y Plaza Huincul*. Editorial Ágora, Bs. As., 1998.

más amplios, se materializó en nuevas formas organizativas de las mayorías: las llamadas "multisectoriales", formas de coordinación en las que intervienen desde organizaciones sindicales opositoras, campesinas y estudiantiles, hasta asociaciones de comercio o de pequeños y medianos empresarios provinciales, personalidades eclesiásticas, organismos de derechos humanos, partidos de izquierda y alas de partidos tradicionales. El protagonismo adquirido por las multisectoriales reflejó la incapacidad de las instituciones y representantes parlamentarios para expresar políticamente al movimiento social; tendieron a convertirse en organismos de acción unitaria y en instrumento de consecución de las demandas populares durante los procesos de lucha. También fueron escenario de agudas disputas políticas entre quienes buscaban profundizar la confrontación hasta arrancar triunfos y aislar a los gobernantes, y aquellos que ponían el acento en la conciliación y la pacificación una vez logradas ciertas reivindicaciones sectoriales.

Las puebladas generalizaron las asambleas populares, gestadas en torno a los cortes de ruta. Convocados varias veces por día, participaban en ellas de miles a decenas de miles de pobladores en los momentos culminantes. Fueron instancia de deliberación y decisión (sobre resistir o no la represión y la forma de hacerlo, sobre el curso y los resultados de las negociaciones, programáticas, etcétera). En su seno fue intensa la discusión en torno a dos posiciones: sostener su carácter soberano o, por el contrario, delegar las decisiones en representantes —o "mediadores"— de determinados organismos o en personas ligadas al poder local, políticas o religiosas. Como dijimos, las asambleas elegían representantes con mandato, responsables ante ellas y revocables, que planteaban las exigencias a las autoridades oficiales. Frente a la norma constitucional argentina, según la cual "el pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus representantes", las asambleas se erigieron en un embrión de poder paralelo que desbordó, neutralizó o enfrentó a las autoridades e hizo efectivas sus propias decisiones en el transcurso mismo de la lucha.

Las puebladas estallaron a partir de urgencias reivindicati-

vas. No se propusieron derrocar a los intendentes o gobernadores ni tomar el poder. Sin embargo, llevaron a una situación de "acefalía". Durante días, las asambleas populares fueron el centro de decisión, único poder reconocido por la población que lo avaló con su presencia multitudinaria y lo respaldó frente a las autoridades y la represión. En Cutral-Có, por ejemplo, participaron hasta 35.000 pobladores sobre una totalidad de 58.000. Un periodista escribió: "Esto ya parece la Comuna de París, dijo uno de los más lúcidos representantes intelectuales del 'gabinete en la sombra' que tiene [el gobernador] Felipe Sapag".<sup>2</sup> "Si venía uno que era autoridad, ¡chau, fuiste!", graficaba un piquetero en Cutral-Có. Todos eran escuchados, con una sola excepción: "Te dabas cuenta cuando alguien quería mandonear o versear: lo echabas [...] No tenemos instituciones, y las tenemos que crear nosotros. Asumir otro rol, otra responsabilidad [...] Ahora cada noche hay que pensar como si cada uno fuera intendente, cada uno concejal".<sup>3</sup>

## Final abierto

El ejercicio de la soberanía popular contra el poder oficial evidenció y profundizó la "crisis de credibilidad" de las autoridades y de las dirigencias tradicionales, expresada en los hechos y en el repudio a "los políticos". Se fue revelando una escisión profunda entre las necesidades del movimiento popular y lo que habitualmente se considera esfera de "la política".

Tal escisión remite a dos fenómenos. Uno, la subordinación de las instituciones republicanas a un poder económico-político concentrado en extremo, que impone márgenes programáticos y mecanismos de acción política cada vez más contrapuestos a las demandas populares. Otro, el programa económico impuesto por

---

<sup>2</sup> *La Mañana del Sur*, 30/6/96, artículo de R. Boggi.

<sup>3</sup> Sánchez, Pilar. *El Cutralcazo, la pueblada de Cutral-Có y Plaza Huincul*. Editorial Agora, Bs. As., 1998.



ese poder y defendido por el gobierno no es cuestionado en sus fundamentos por la Alianza opositora, ni por el nuevo candidato del partido gobernante enfrentado al menemismo. Ambos coinciden en sostener la "governabilidad" hasta las elecciones presidenciales, prometiendo mantener los "logros" del "modelo". A ello se suman los recurrentes planes de perpetuación anticonstitucional del menemismo y de "fujimorización". Todo lo cual configura perspectivas contrapuestas a las necesidades de cambios económicos y sociales profundos, que los reclamos del movimiento social evidencian. Esa contradicción constituye el terreno de la creciente desconfianza en el camino electoral como medio para satisfacer aquellas necesidades.

La actividad y lucha política han atravesado del principio al fin todos los procesos descriptos. La mayor parte de los estallidos sociales surgieron facilitados o alentados por la disputa política entre diversos sectores del poder municipal o nacional, o a partir de la búsqueda de rédito electoral por parte de fuerzas opositoras. El movimiento popular desbordó esos objetivos. Las fuerzas que habían avalado el inicio de los conflictos, se opusieron luego a las puebladas y a sus proyecciones. Las protestas tuvieron una inmediata y decisiva proyección política, favoreciendo el aglutinamiento opositor —expresado en diversas instancias de coordinación de corrientes sindicales, organizaciones sociales y partidos políticos— y las marchas federales y paros nacionales, que se convirtieron en iniciativas convocantes de un amplísimo y heterogéneo espectro de sectores sociales y políticos. Las perspectivas del proceso socio-político argentino dependerán de cómo se resuelvan las contradicciones económicas y sociales que la política menemista ha agudizado al extremo. Al compás de la crisis económica mundial iniciada en Asia en 1997, y en particular desde el desencadenamiento de su capítulo brasileño, la Argentina se encuentra en el ojo del huracán de una crisis catastrófica, descargada sobre las grandes mayorías por una política que ahoga la producción nacional y saquea sus recursos. En los años recientes la protesta popular se ha generalizado: los fuegos encendidos por las puebladas se expandieron, como el hambre, a lo largo y ancho del país, sostenidos por los combates de cre-

cientes contingentes de trabajadores desocupados y del movimiento de jubilados, cuya organización se extiende como una mancha de aceite que rodea el Gran Buenos Aires y penetra en la Capital Federal. Una lucha que no cesa, como la de los estatales de Jujuy y tantas otras provincias, detona en la rebelión agraria, en grandes manifestaciones estudiantiles contra el recorte presupuestario, y va caldeando la de los obreros ocupados, que desbordando dirigencias sindicales cómplices enfrentan despidos y flexibilizaciones esclavistas con ocupaciones de fábricas, cortes de rutas y movilizaciones. A contracorriente de la "governabilidad" procurada por el gobierno y las oposiciones electorales, la generalización nacional de la protesta popular es determinante en la gestación de caminos que abran paso a cambios profundos. Contribuyen a esa búsqueda las nuevas experiencias de movilización social y política en América del Sur, como los movimientos de campesinos sin tierra en Brasil y Paraguay o las gigantescas movilizaciones del pueblo ecuatoriano contra el plan "neoliberal" de ajuste y privatizaciones, en una nueva oleada popular que recorre América latina.

Ante la acrecentada brecha entre las necesidades sociales y las políticas ofrecidas como las únicas posibles, las puebladas argentinas desde 1993 a la fecha reflejan la creciente disposición popular a convertir en posible aquello que es, cada vez más, imperiosamente necesario.

*La Marea* Nº 14, invierno de 1999.

## ÍNDICE

Presentación .....	7
--------------------	---

### Identidad y subjetividad

La globalización color de rosa y el Morocho Subrepticio / Ricardo Cámara .....	15
Un horizonte de amenazas / Ana P. de Quiroga .....	41
Subjetividad en el fin de siglo / Lucila Edelman, Diana Kordon "El hombre tiene hoy terror de inexistencia". Reportaje a Ana P. de Quiroga por Ricardo Cámara .....	53
	67

### Trabajo y "globalización"

¿Fin del trabajo o crisis capitalista? / Mabel Cardello, M. del C. Llano, Carmelo Cortese .....	89
¿Excluidos o superexplotados? / Cristina Mateu .....	101
El fin del trabajo: falacia y resignación / Ana P. de Quiroga .....	113
Educación y trabajo: una relación política / Guillermo Volkind .....	127
El gran engaño: "el fin del trabajo" / Irma Antognazzi .....	139
Teoría y práctica del imperialismo "bueno" / Rubén Laufer .....	145
Ocupación y acumulación / Sergio Salvatore .....	163

### Cultura e identidad

El huevo de la serpiente / Adolfo Colombres .....	175
Una nación joven con una historia milenaria / Josefina Racedo .....	183
Identidad e historia en los tiempos de la "globalización" / Jorge Carrizo .....	197
La cultura frente a la "globalización" / Claudio Spiguel .....	209
Las puebladas argentinas: tradición histórica y formas actuales / Rubén Laufer y Claudio Spiguel .....	217

**L**a globalización, se dijo, "es el único mundo posible". Ya a fines de los años 80, producida la caída del Muro de Berlín y la derrota del socialismo, distintos teóricos anunciaron desde los centros de poder mundial el advenimiento ineluctable del "Mundo Uno", proclamando el fin de la historia, de las ideologías, de las naciones, del trabajo, del arte y de las diferencias culturales y sociales.

Las tesis que presentaron a la globalización como un paraíso próspero de crecimiento continuo, de igualdad, participación, consumo irrestricto y fin de las fronteras nacionales, ideológicas y discriminatorias, encuentran hoy su refutación en la realidad misma y en diversos cuestionamientos prácticos y teóricos.

Este libro reúne diversos ensayos sobre identidad cultural, subjetividad y trabajo desde perspectivas críticas a las tesis globalizadoras. Los autores analizan los efectos de la desocupación y de la "flexibilización laboral" en la subjetividad, las nuevas formas de alienación, los mensajes adaptacionistas, los rasgos de la crisis actual y las estrategias imperialistas, así como las respuestas de resistencia y solidaridad presentes en las luchas sociales y las reservas identitarias que el pueblo atesora y que le permiten enfrentar las imposiciones de la globalización.

Los textos incluidos fueron publicados originalmente en distintos números de **La Marea**, revista argentina de cultura, arte e ideas.